MORI ŌGAI
El ganso salvaje

Traducción de
Sachiko Ishikawa

Introducción de
Margarita Adobes



La bella Otama se ve obligada a convertirse en la mantenida de un prestamista para proporcionar sustento a su anciano padre. La monotonía y resignación con que la muchacha deja pasar los días se ve rota por el cortés saludo que con su sombrero le dedica el apuesto Okada en sus habituales paseos… hasta que un insospechado incidente propicia que entre ambos se intercambien las primeras palabras.

Ōgai Mori

El ganso salvaje

Título original: *雁*
Ōgai Mori, 1913
Traducción: Sachiko Ishikawa
Diseño de cubierta: David González García

INTRODUCCIÓN

Cuando a mediados del siglo XIX el comodoro norteamericano Perry ancló frente a la bahía de Edo los buques de guerra bajo su mando —a los que se dio en llamar «barcos negros»— se hizo evidente que el sogunado Tokugawa[1] se vería forzado a llegar a un punto de inflexión que inexorablemente lo conduciría al fin de la política de aislamiento que hasta entonces había preconizado el gobierno feudal (*sakoku*). Efectivamente, los cambios desencadenados a raíz del ultimátum lanzado por el comodoro en nombre de su presidente Filmore no tuvieron marcha atrás, implantándose en Japón, a un ritmo vertiginoso y a todos los niveles, reformas socioeconómicas y políticas sin precedentes que abarcaron desde la apertura comercial y la educación, hasta la promulgación de una constitución y la abolición de las castas sociales, pasando, como primer paso de esta metamorfosis nacional, por la recuperación del poder político por parte del emperador, hito que inauguraría la nueva era Meiji a partir de 1868, año en que también se trasladaría la capital desde Kioto hasta Edo, ciudad que a partir de ese momento recibiría el nombre de Tokio. La marcha hacia la modernización, por descontado, no se produjo sin tensiones, pues las nuevas leyes y las reformas se imponían antes de que se produjeran los aconsejables cambios en las mentalidades.

Fue en este febril y convulso Japón, sumergido de lleno en la modernización a toda costa y en la imitación —más que en la

asimilación— de Occidente, en el que nació el 19 de enero de 1862 Mori Rintarō, quien más adelante adoptaría el nombre literario de Mori Ōgai. Hijo del médico personal del *daimyō*[2] de Tsuwano, en Iwami (actual prefectura de Shimane), desde muy pequeño recibió una educación acorde a su estatus, basada, además de en el adiestramiento propio de un samurái, en los clásicos chinos y en las doctrinas confucianas. También se familiarizó pronto con el holandés, ya que por entonces era el idioma vehicular para aprender medicina, profesión a la que, siguiendo los pasos de su padre, estaba predestinado.

En 1872, a los diez años de edad, Mori fue enviado a Tokio para ampliar estudios bajo la tutela de Nishi Amane (1829-1897). Nishi, también perteneciente al clan Tsuwano, fue uno de los primeros japoneses en regresar de Europa tras ser enviado por el sogunado a Holanda con el fin de estudiar diversos aspectos de la cultura, ciencia y política occidentales. Tras su regreso del Viejo Continente y un breve período al servicio del moribundo régimen Tokugawa, Nishi se integró en el Departamento de Asuntos Militares de Tokio en 1870, desde el cual desempeñó una labor burocrática y académica de estudio y difusión de la civilización occidental. Cuando Mori pasó a estar bajo la tutela de Nishi, este, además de procurarle una preparación de cara a sus futuros estudios en medicina, se encargó también de enseñarle alemán, que se estaba ya imponiendo como idioma indispensable para esta profesión. Con tan solo quince años, Mori ingresa en la Escuela de Medicina de la Universidad de Tokio, logrando graduarse en 1881, con diecinueve de edad. Al mismo tiempo, se incorpora al ejército con rango de teniente y publica su primer ensayo. Su buen expediente pronto le hizo merecedor de una generosa beca para marchar a Europa durante cuatro años a estudiar higiene pública. Así, Mori partiría de Yokohama en 1884 rumbo a Alemania, país en donde permanecería hasta 1888.

La estancia en Alemania fue crucial para Mori. Además de darle una formación científica que más adelante aplicaría en su carrera profesional militar, supuso una toma de contacto directa con lo

mejor de la literatura y filosofía occidentales de todos los tiempos, y más específicamente, de la Alemania decimonónica contemporánea, pues sentía especial predilección por Goethe, Hartmann y Schopenhauer. Pero no todo fue formación y estudio. Mori se codeó con lo más selecto de la sociedad alemana, visitó grandes capitales —como Munich, Dresde o Leipzig—, asistió a eventos culturales y sociales… y mantuvo una relación amorosa con una joven alemana. Todas sus experiencias europeas fueron cuidadosamente registradas en sus diarios, los cuales emplearía como referencias para sus posteriores creaciones literarias.

Junto con el ascenso de Mori a rango de capitán, llegó también su orden de regreso a Japón. Tras visitar Londres y París, zarpó del puerto de Marsella en junio de 1888, para llegar a Tokio en septiembre. Poco después de su partida, la joven con la que mantuvo un romance en Alemania tuvo el arrojo de seguir a Mori hasta Japón, a pesar de que la familia de este la despediría y enviaría de vuelta a Europa alegando que Mori ya estaba comprometido con una japonesa. El matrimonio había sido concertado por la familia de Mori a través de Nishi Amane. La joven prometida era Akamatsu Toshiko, hija de un colaborador del propio Nishi. Mori, a pesar de sus sentimientos, cedió ante la presión y el sentido del deber. No obstante, el matrimonio fue infeliz y terminó en divorcio en 1890, solo un año después de haberse consumado y a pesar del nacimiento de su primer hijo.

Paralelamente a su regreso a Japón y a su nombramiento como profesor de fisiología en la Escuela de Medicina Militar y de anatomía en la Academia de Tokio de Bellas Artes —cargos recibidos en reconocimiento a sus sobradas capacidades—, comienza Mori su labor como traductor de prosa y poesía europeas, siempre a través del alemán. Es así como ve la luz en 1889 la obra colectiva *Omokage* (*Vestigios*), una selección de poemas de varios autores, como Shakespeare, Heine, Goethe o Byron, traducidos al japonés por una serie de jóvenes escritores, entre los que destacó Mori por su novedosa dicción a la hora de verter a su idioma materno los

poemas de estilo occidental, tan alejados del modelo tradicional nipón establecido para este tipo de composición. Asimismo, también por estas fechas se publica el primer número de la revista literaria *Shiragami zōshi*, que de este modo se convertirá en la primera de las varias publicaciones periódicas, tanto literarias como médicas, que puso en marcha Mori a lo largo de su vida.

Del mismo año de su divorcio, 1890, data la primera obra de ficción de Mori: *Maihime* (*La bailarina*), novela breve en la que parece abogar por la libertad en el amor, algo que a él mismo se le había negado. *Maihime* es la primera de una serie de obras directamente inspiradas en la estancia de Mori en Alemania, clasificables dentro del movimiento romántico japonés y, en cierto modo, deudoras del *Sturm und Drang* alemán. Poco después comenzaría también la concienzuda traducción de *Improvisatoren*, de Hans Christian Andersen, cuya publicación seriada se llevaría a cabo entre 1892 y 1901.

La carrera literaria de Mori se vería momentáneamente interrumpida por el estallido de la guerra Sino-japonesa en 1894, cuando fue enviado al frente en cumplimiento de sus obligaciones militares, si bien a su regreso a Japón al año siguiente, una vez finalizada la contienda, pondría en marcha una segunda revista literaria, titulada *Mezamashigusa*, que proseguiría su andadura hasta 1902, siendo finalmente absorbida por otras publicaciones. No obstante, algunos años antes de la desaparición de la revista, Mori se vio forzado a abandonar todo vínculo con la actividad literaria de la capital, pues fue transferido en 1899 a Kokura, remota localidad de la isla de Kyūshū, la más meridional de las grandes islas de Japón. El «exilio» de Kokura se entendió como un explícito castigo de sus superiores ante los demasiado modernos métodos y opiniones de ejercicio de profesión por los que abogaba Mori, para quien los años de su «exilio» en Kokura, apartado de toda actividad y contacto con los más boyantes círculos intelectuales y científicos del país, supondrían un duro golpe que lo llevaría a una profunda introspección.

En 1902 regresa brevemente a Tokio para casarse de nuevo. La novia, Araki Shige, quien había sido escogida por su futura suegra, Mineko, había sufrido también, como su prometido, un previo e infructuoso matrimonio. No obstante, la convivencia entre los recién casados pronto se hizo difícil. Araki era una mujer joven de gran personalidad y aspiraciones literarias propias que, además, no tardó en chocar con el fuerte carácter de su suegra, por lo que las fricciones fueron frecuentes. Este hecho, sin embargo, no fue óbice para que varios hijos nacieran fruto del matrimonio, hacia los que Mori parece que siempre se comportó como un buen padre.

Tras la boda y el fugaz retorno de la pareja a Kokura, en ese mismo año de 1902, no tardó en llegar el indulto de Mori, y con él, su traslado definitivo a Tokio y su promoción para puestos relevantes, dado que a la altura de 1907 ya había sido ascendido a Cirujano General del Ejército, máximo cargo dentro del cuerpo médico del ejército japonés. Así, en 1902, Mori, a sus cuarenta años de edad, y tras haber establecido contacto, tanto en su estancia de juventud en Alemania, como durante su «exilio» en Kokura, con la obra de los principales escritores europeos, entraba en su etapa de madurez literaria, académica y burocrática. A partir de este momento su actividad será constante y ni siquiera se verá interrumpida entre 1904 y 1905, años en que fue de nuevo enviado al frente durante la guerra Ruso-japonesa, pues, a diferencia de lo que ocurriera en su anterior marcha al frente bélico, ahora compondría una considerable cantidad de poemas durante la contienda.

A partir de 1909 su producción literaria fue excepcional. Su prolífica actividad como traductor de obras de Wilde, Ibsen, Strindberg, Rilke o Hofmannsthal, junto con su vasto bagaje cultural y su propio temperamento, sin duda, contribuyeron a la intensa experimentación que Mori desplegó tanto en su obra poética como teatral, ya que una de sus mayores aportaciones fueron sus intentos de renovación del lenguaje literario japonés, todavía bastante anquilosado. La búsqueda de nuevas fórmulas en el lenguaje

literario para hacerlo más flexible y adaptado al japonés moderno que se hablaba en la calle, así como la introducción del novedoso vocabulario contemporáneo, que se hacía imprescindible para expresar nuevas ideas y conceptos, fue una constante en la obra de Mori, que logró establecer un camino a seguir para futuros escritores. Así, el fiel reflejo de sus esfuerzos es lo que podemos apreciar en la prosa fresca, elegante, masculina y alejada del lenguaje clásico de sus primeras publicaciones que emplea Mori en las obras por él escritas por estos años, cuyo principal exponente, dejando a un lado una pléyade de traducciones y relatos cortos —entre ellos, *Hannichi* (*Medio día*), su primera obra en japonés moderno—, viene representado por *Vita Sexualis*, publicada en 1909. Desde el mismo momento de su aparición, la novela, que relataba las experiencias sexuales del protagonista desde su infancia hasta la edad adulta, fue censurada y tachada de atentado contra la moral pública, si bien no había ninguna intención obscena por parte de su autor, quien únicamente pretendía presentar, incluso con ciertos toques irónicos, este aspecto de la experiencia humana como punto de reflexión y como una velada crítica al Naturalismo imperante en la época, tan alejado de su estilo. Mori, pese a que en numerosas ocasiones encontraba inspiración para sus obras en sus propias experiencias y pese a que, hasta cierto punto, sus creaciones le sirvieron de canalización para expresar sus pensamientos, jamás plasmó directamente su vida personal en sus escritos de ficción, pues mediante ellos tan solo podemos acceder a Mori Ōgai a través de una máscara, que siempre mantuvo como una barrera interpuesta entre la ficción y la realidad.

En su siguiente novela, *Seinen* (*Juventud*, 1910), Mori retoma la reflexión sobre el autoconocimiento artístico a través de las vivencias de Koizumi Junichi, un muchacho de provincias que llega a Tokio con aspiraciones literarias. A pesar de que a la obra, la más extensa de Mori, puede achacársele una deficiente resolución de algunos aspectos de la narración, también puede resultar atractiva por ofrecer un interesante retrato del Tokio de principios del siglo XX al

ofrecer una panorámica intelectual del momento, ya sea a través de las discusiones filosóficas sostenidas a lo largo de la trama, ya sea a través de los retratos de varios prominentes intelectuales existentes en la realidad y bien reconocibles en el relato, aunque sus verdaderas identidades queden disfrazadas en la novela bajo falsos nombres.

No tardó Mori en comenzar la redacción de su siguiente obra de peso, que no es otra que la joya literaria que el lector tiene entre sus manos. *Gan* (*El ganso salvaje*, 1911-1913), cuya primera aparición se realizó en episodios mensuales en la publicación periódica *Subaru*, supone dirigir una mirada al pasado, tal y como afirma el autor en la primera frase con la que abre el relato: «Esta historia sucedió hace mucho tiempo». Los acontecimientos de la narración se sitúan a finales del año de 1880 y uno de los principales protagonistas, el joven y modélico estudiante de Medicina Okada, nos recuerda al propio Mori en su juventud. Encontramos a lo largo de las páginas de esta novela una vívida descripción del Tokio Meiji, cuyas calles, profusamente citadas en la obra, son habitualmente transitadas por los personajes. En sus paseos diarios por estas calles Okada se cruza con la bella Otama, a quien pronto comienza a saludar cortésmente alzando su sombrero. Otama es una mantenida, situación a la que llega tras un primer fraudulento matrimonio con un policía que resulta ser bígamo. La joven, con el fin de asegurar una buena vejez a su anciano padre, se ve obligada, aunque por voluntad propia, a convertirse en la amante de un prestamista, Suezō, quien, pese a tener una profesión despreciable y a ser un tacaño con su esposa e hijos, se muestra tierno y generoso con Otama, de quien se enamora sin remisión, hasta el punto de perder la noción de la realidad, pues en su ceguera, cree que su amor es correspondido por la joven. Otama, no obstante, termina enamorándose de Okada, pero sus indecisiones, sumadas a la pasividad del propio Okada y a la concatenación de varias fatales casualidades, determinarán el desenlace final de la historia.

Sin ánimo de desvelar más detalles de la trama completa de la obra, sí que cabría destacar que a lo largo de su desarrollo no son escasos los elementos cargados de simbolismo, siendo sus máximos exponentes los correspondientes a los momentos álgidos de tensión narrativa: el primero, la serpiente que intenta devorar los pájaros de Otama, los cuales podrían interpretarse como la relación entre la joven y su amo; el otro, la muerte del ganso salvaje por una pedrada de Okada, trasunto indiscutible de la relación entre ambos jóvenes y su resultado final. La complejidad argumental desplegada en *El ganso salvaje*, así como la aguda caracterización de los personajes, muy palpable en el proceso de madurez experimentado por Otama, que pasa de ser una muchacha inocente a una mujer que aprende a manipular a los hombres que quieren utilizarla, junto con la sutileza estilística de la narración, en que muchas veces lo que se silencia o solo se insinúa es tan importante como lo que se materializa explícitamente con palabras, hacen de esta novela, obra de madurez de Mori Ōgai, una de las joyas más brillantes de la literatura universal de todos los tiempos.

Aún no había concluido la publicación por entregas de *El ganso salvaje* cuando el 30 de julio de 1912 falleció el emperador Meiji. La convulsión nacional provocada por su muerte se acrecentó hasta niveles inusitados al venir seguida, en septiembre del mismo año, por el *seppuku* que el general Nogi Maresuke (1849-1912), junto con su esposa, cometió el mismo día del entierro del emperador para seguir a su señor en la muerte. La razón esgrimida por el general en su nota de despedida para cometer este suicidio ritual fue el haberle fallado a su señor al perder el estandarte imperial durante una batalla librada varias décadas atrás, durante la rebelión de Satsuma. Así, el general Nogi y su esposa, con su acción, traían de nuevo a la conciencia de toda una nación abocada a la modernidad el valor de la tradición a través del *junshi*, acto mediante el cual un samurái hacía honor a su lealtad y honor siguiendo a su señor en la muerte.

El suicidio ritual de Nogi también tuvo sus repercusiones literarias. Si para Natsume Sōseki (1867-1916), otro de los grandes

maestros de las letras de este período, el acto del militar significó la constatación del fin de una época, para Mori, que conocía personalmente al general, supuso la apertura de su tercera y última etapa literaria, en la que el escritor tomaría consciencia del valor de la tradición, de la historia y del pasado como pilares básicos para el presente y el futuro. Mori siempre se había mostrado muy favorable a los avances técnicos occidentales, lo que no le impidió cuestionarse por qué Japón no había sido del todo engullido por el todopoderoso Occidente. Halló la respuesta a sus reflexiones en el valor de la historia y las tradiciones y en la filosofía confuciana, que habían constituido los fundamentos morales de la sociedad japonesa con anterioridad a la irrupción de la cultura occidental en el país. Así pues, será a partir de esta su tercera etapa que comienza en 1912 y que se prolongará hasta su muerte cuando Mori centre su atención en el relato histórico, cuyo primer exponente, *Okitsu Yagoemon no Isho*(*El testamento de Okitsu Yagoemon*), será el sentido homenaje que Mori dedique al desaparecido general. El relato es algo excepcional para el estilo de Mori. Escrito bajo forma epistolar (*sōrōbun*) y con un magistral estilo literario propio del anterior período Edo, recoge la última voluntad de Okitsu, samurái que, como Nogi, comete suicidio ritual tras el fallecimiento de su señor con el objeto de reparar una antigua ofensa acaecida muchos años atrás.

La reflexión sobre el pasado, sobre el honor, la entrega, el sacrificio, el deber y sobre este código del honor que poco a poco iba cayendo inexorablemente en la obsolescencia se irá acentuando en sucesivas obras, tales como *Abe Ichizoku* (*La familia Abe*, 1913), *Sakai Jiken (El incidente de Sakai*, 1914) —ambas inspiradas en hechos reales—, o algunos de sus relatos históricos más conocidos, como *Sanshō Dayū* (*El intendente Sanshō*), *Yasui Fujin* (*La señora Yasui*),*Saigo no Ikku* (*La última frase*), o el turbador *Takasebune* (*El barco del río Takase*), todos escritos entre 1914 y 1916. No obstante, en estos años, desde 1912, paralelamente a sus relatos históricos, también verán la luz algunas de las más destacadas

traducciones de Mori, como *Macbeth*, de Shakespeare, o *Fausto*, de Goethe, ambas de 1913, pero también obras de otros escritores, como Schnitzler, Gorki, Rilke y Hofmannsthal.

A partir de 1916, Mori, ignorando las nuevas preferencias de los lectores, da un nuevo giro a su trayectoria literaria al desviarse hacia un género, el biográfico (*shiden*), que conducirá hasta la más refinada sublimación con la publicación de *Izawa Ranken* (1916-1917) y la inacabada *Hōjō Ranken* (1917-1921), pero sobre todo, con la primera de estas biografías: *Shibue Chūsai* (1916). Mori trasciende la mera recopilación de datos históricos —que, por otra parte, realizó con meticulosidad y rigor científicos, y que posiblemente ya fuera iniciada durante su «exilio» en Kokura, pues se trata de personajes reales vinculados a la isla de Kyūshū— para identificarse con Chūsai, médico al servicio del Estado, como él. Sin embargo, a pesar del apasionamiento demostrado hacia su homenajeado, de su simpatía hacia él, Mori, como siempre ha sido una constante en él, mantiene las distancias y no abandona su posición de narrador externo a los hechos, acontecimientos cuyas implicaciones, pese a remontarse al pasado, no dejaban de tener plena vigencia en la sociedad contemporánea en los años en que ya había estallado la Primera Guerra Mundial, conflicto en el que Japón estaba implicado.

A partir de 1915, momento en que se retira de su cargo militar, se avecinaron tiempos difíciles para el escritor. Del mismo año en que se publica *Shibue Chūsai*, 1916, data el *Nakajiriki*, último legado de confesiones de Mori, cuya redacción apenas está separada en el tiempo del fallecimiento de su madre. A pesar de que no llegó a prosperar su carrera política, en 1917 fue nombrado director de la Biblioteca Nacional y del Museo Imperial. No obstante, su salud se resiente progresivamente por una afección renal, falleciendo el 9 de julio de 1922 como un sencillo Mori Rintarō.

Desaparecía así una de las principales figuras de la historia moderna japonesa. Pese a no haber atraído discípulos, este samurái, médico, científico, militar, erudito, traductor, crítico, filósofo, escritor

que trabajó todos los géneros literarios, en definitiva, este personaje único e inigualable de talla excepcional, dejó una huella indeleble en la memoria universal.

Margarita Adobes
Valencia, 23 de abril de 2014

BIBLIOGRAFÍA

KATŌ, S., *A History of Japanese Literature: From the Man'yōshū to Modern Times*, Richmond: Japan Library (Curzon Press Ltd.), 1997.

KEENE, D., *Dawn to the West: Japanese Literature of Modern Era*, New York: Columbia University Press, 1998.

—*Modern Japanese Literature: An Anthology*, New York: Grove Press, 1956.

RIMER, J. T., *Mori Ōgai*, Boston: Twaine Publishers (G.K. Hall & Co.), 1975.

RUBIO, C., *Claves y textos de la literatura japonesa: una introducción*, Madrid: Ediciones Cátedra, 2007.

NOTA AL TEXTO

Para la transcripción de las voces japonesas se ha empleado, por ser el método más extendido internacionalmente, el sistema Hepburn, según el cual, la pronunciación de las consonantes se basa en la fonética inglesa, mientras que las vocales son prácticamente iguales a las españolas, con la salvedad de que algunas de ellas admiten una pronunciación larga, marcada gráficamente con un macrón diacrítico sobre ellas.

En la presente edición se ha respetado la tradicional onomástica japonesa, en la que el apellido precede al nombre propio.

Salvo las notas al pie de página de la introducción, que corresponden a su autora, todas las notas del texto son de la traductora.

I

Esta historia sucedió hace mucho tiempo. Sin embargo, recuerdo claramente que fue durante el 1880, el decimotercer año de reinado de la era Meiji[3]. Lo sé a ciencia cierta porque por aquel entonces me alojaba en una residencia llamada Kamijō, situada enfrente del Portal de Hierro de la Universidad de Tokio, y porque el chico que vivía en la habitación contigua a la mía es el protagonista de esta historia. Yo estuve presente en el incendio que tuvo lugar en esa residencia durante el decimocuarto año de la era Meiji. Y recuerdo que esta historia ocurrió el año anterior a ese incendio.

La mayoría de quienes nos alojábamos en Kamijō éramos alumnos de Medicina, a excepción de algunos pacientes que acudían al Hospital Universitario. En este tipo de residencias siempre hay un inquilino que se hace notar, maneja bien el dinero y es astuto, de los que hablan con la casera cuando cruzan su pasillo y la ven sentada en su brasero cuadrado. A veces, se sienta al otro lado del mismo y chismorrean. En ocasiones, monta tertulias con alcohol y obliga a la casera a prepararles el pescado y cumplir otros recados, pero pese a su egoísmo, siempre se asegura de darle una recompensa por sus molestias. Este tipo de hombres se gana el respeto de los demás y lo ejerce mediante la coacción y la propia buena suerte. No obstante, en Kamijō, mi vecino era un hombre igual de poderoso, pero de otra calaña.

Era un estudiante llamado Okada, un año menor que yo y a punto de graduarse. Para definir a Okada debo hablar de su llamativo físico. Era un joven muy atractivo, aunque no como aquellos que son pálidos y esbeltos. Tenía una complexión sana y atlética. Pocas veces he visto a un hombre con un rostro así. A veces me recordaba a un joven Kawakami Bizan[4], a quien conocí pasados los acontecimientos de esta historia, y quien se hundiría en la miseria y moriría en ella. Ambos se asemejaban un poco. Aunque Okada, campeón de remo, superaba físicamente con creces a Kawakami.

Un rostro atractivo sin duda aportará muchas ventajas, aunque no las suficientes como para ganarse tal reputación en la residencia. Pero dudo mucho que hubiera otro estudiante con el mismo grado de conducta ejemplar y serenidad que Okada. No era de la clase de estudiante que luchaba por alcanzar las mejores notas ni becas a base de estudiar sin pausa. Cumplía con lo que se le pedía, y nunca estaba por debajo de la media de su clase. Cuando descansaba, descansaba del todo. Después de cenar salía a dar un paseo y siempre volvía antes de las diez de la noche. Los domingos salía a remar o a caminar a buen ritmo. El horario de su estancia en la habitación nunca variaba, a excepción del día antes de las competiciones de remo, en las que solía quedarse en casa de sus compañeros en Mukōjima, o cuando volvía a su pueblo a pasar las vacaciones de verano. Cuando a los estudiantes se les olvidaba ajustar los relojes a los disparos de las bengalas, siempre consultaban con él. A veces, incluso se encargaba del reloj que había en la recepción de Kamijō. Cuanto más lo observábamos, más sentíamos que era una persona de fiar. Pese a que nunca halagaba a la casera ni gastaba más dinero de lo necesario, esta lo idolatraba por su carácter responsable. Por supuesto, influía positivamente que pagase su alquiler a tiempo.

—¡Mirad al señor Okada! —nos decía la casera a menudo.

—Yo no soy como él —decían algunos alumnos, anticipando su respuesta.

Y en un abrir y cerrar de ojos, Okada se había convertido en el inquilino modelo.

Okada tenía una ruta fija para sus paseos diarios. Bajaba una solitaria cuesta llamada Muenzaka y continuaba hacia el norte rozando el lago Shinobazu, cuyas aguas, tan negras como dientes[5], provenían del río Aisome, hasta finalmente desembocar en la montaña de Ueno. A continuación, paseaba por la calle principal, llena de restaurantes famosos, cruzaba la estrecha y bulliciosa calle de Naka-chō, entraba en el recinto del templo Yushima y volvía a casa una vez cruzado el tenebroso templo Karatachi. A veces giraba a la derecha en la calle Naka-chō y volvía por Muenzaka. Esta era una de sus rutas.

Otras veces, salía de la Universidad por el Portal Rojo, usado comúnmente por los pacientes, ya que el Portal de Hierro cerraba temprano. Más adelante echaron ese portal abajo, y hoy hay un nuevo Portal Negro que conecta con Haruki-chō. Una vez cruzado el Portal Rojo, caminaba por la calle de Hongō-dōri, pasaba por delante de una tienda de *mochi*[6] donde había espectadores contemplando el aporreo del arroz y, finalmente, entraba en el santuario de Kanda. Tras cruzar el puente Megane, que por aquel entonces aún parecía recién construido, paseaba por el vecindario de Yanagiwara. A continuación, daba media vuelta y regresaba a Onarimichi por las calles estrechas orientadas al oeste hasta que llegaba a la entrada del templo de Karatachi. Este era otro de sus recorridos. Apenas usaba otras rutas.

Cuando daba estos paseos, Okada rara vez hacía más que entrar y curiosear en las librerías de segunda mano. En la actualidad, tanto en la calle principal de Ueno como en Naka-chō, apenas deben de quedar dos o tres de estas librerías. En Onarimichi las tiendas no han cambiado ni un ápice. Yanagiwara ya no existe. La mayoría de las tiendas de Hongō-dōri se han trasladado y ahora tienen otros dueños. Cuando Okada salía por el Portal Rojo, casi nunca giraba a la derecha, ya que las calles de Morigawa eran demasiado estrechas y porque únicamente había una librería de camino.

El motivo por el que a Okada le apasionaban tanto las librerías era su afición por la literatura. Aún no estaban publicadas las novelas y obras teatrales más modernas, y en lírica todavía no se habían creado ni los haikus de Shiki ni los *waka* de Tekkan, por lo que en general se leía revistas como la *Kasetsu Shinshi* o la *Teirin Itsushi*, en las que se publicaban traducciones de novelas occidentales. Kanda Kōhei, por ejemplo, tradujo en forma de diálogo la repentina muerte de un estudiante universitario europeo de camino a casa[7]. Esa fue la primera novela occidental que leí.

La afición por la literatura de Okada consistía, ni más ni menos, en leer historias escritas con un estilo clásico.

Ya que no soy una persona afable ni cordial, no tenía por costumbre saludar a mis compañeros, a quienes veía a menudo por el campus. Rara vez me quitaba el sombrero a modo de cortesía cuando me cruzaba con mis vecinos de residencia. El motivo por el que empecé a socializar con Okada fueron las librerías de segunda mano. El itinerario de mis paseos no era tan rígido como el de Okada y mis piernas eran fuertes, así que en ocasiones llegaba de Hongō-dōri hasta Shitaba, y pasaba por Kanda, donde me detenía en todas esas librerías. En esas ocasiones, me encontraba a Okada.

—Coincidimos a menudo, ¿eh? —No recuerdo quién dijo estas palabras, pero sí que fueron las primeras que intercambiamos.

Por aquel entonces, en la esquina de la cuesta del santuario de Kanda, había una pequeña librería que exponía esta clase de libros. Un día encontré el *Kinpeibai*[8] y, cuando pregunté al dueño por el precio, me dijo que costaba siete yenes. Le ofrecí cinco.

—Antes ha venido Okada y me ha ofrecido seis. Y lo rechacé.

Como llevaba conmigo la cantidad que me pedía, le di el dinero.

Unos días más tarde me encontré con Okada, y me dijo:

—Qué mala persona eres. Yo encontré el *Kinpeibai* antes, pero lo has comprado tú, ¿verdad?

—Sí, el vendedor me dijo que intentaste regatear, pero que no cambió de parecer. Si lo quieres, te lo revendo.

—¿Qué dices? ¡Somos vecinos! Lo tomaré prestado.

De buen humor, asentí. De esta manera, a pesar de haber sido vecinos durante mucho tiempo y aunque nunca hubiéramos mediado palabra, empezamos a visitarnos a menudo a las habitaciones.

II

En esos tiempos, la residencia Iwasaki se encontraba, como a día de hoy, en la zona sur de Muenzaka, aunque no estaba rodeada de un alto muro de barro. La cercaba un muro de piedra del cual sobresalían helechos y equisetos entre las rocas cubiertas de musgo. Ya que nunca entré en la residencia de Iwasaki, nunca he sabido si el terreno más allá del muro era plano o escarpado y aún a día de hoy sigo ignorante y, sin embargo, ya por entonces en la zona crecían y se alzaban una gran variedad de árboles e incluso desde la calle principal podían verse las raíces, en cuyos pies el césped crecía, ya que rara vez lo cortaban.

Al norte de la colina se alineaban varias casas —la más atractiva estaba rodeada por una verja de madera—, unas más pequeñas que otras, y se encontraba también el hogar de un señor que creaba una gran variedad de objetos artesanalmente. La única tienda era una tabaquería. Para los transeúntes que observaban la zona, el edificio más bonito era la casa de una profesora de costura, por cuya ventana de celosía podía verse a varias muchachas trabajando durante el mediodía. Si hacía buen tiempo abrían las ventanas y, cuando los universitarios pasábamos por ahí, hablando todavía, alzaban los ojos y miraban el camino. A continuación, seguían charlando y riendo. La casa vecina también tenía una puerta de celosía bien pulida y el camino a la entrada estaba cubierto con una capa de granito, en ocasiones rociada de agua al anochecer. Cuando

hacía frío, las puertas japonesas de papel estaban cerradas. Cuando hacía calor, las persianas estaban echadas. Y debido a que en la casa de la profesora de costura siempre había tanto bullicio, esa casa era muy silenciosa en comparación.

Durante el mes de septiembre de esta historia, tras regresar de un viaje a su pueblo natal, Okada salió a pasear después de cenar pasando por delante del antiguo edificio que servía como tanatorio y, bajando por la cuesta Muenzaka, se cruzó con una mujer que volvía de los baños públicos a la que vio entrar en el desolado edificio contiguo a la casa de la profesora de costura. Por entonces ya era otoño y apenas nadie salía de casa por el frío, pero Okada siguió andando por el camino desierto y, justo en ese momento, la mujer que intentaba abrir la puerta de esa solitaria casa oyó el ruido de las sandalias de Okada, dejó de forcejear con la puerta, y sus miradas se cruzaron.

A Okada no le causó ninguna impresión verla vestida con un kimono sencillo azul marino ceñido con un *obinegro* y marrón. La mano izquierda sujetaba débilmente una cesta de bambú para el aseo con una toalla y una pastilla de jabón, una lufa de arroz y una esponja; y su mano derecha seguía apoyada contra la puerta. No obstante, sí que se fijó en su peinado clásico con los mechones a cada lado, delicados cual alas de cigarra, la nariz afilada, el rostro ovalado y por algún motivo triste, plano de frente hasta las mejillas. Para Okada, esa impresión no fue más que momentánea, así que para cuando llegó al final de la pendiente, ella había caído por completo en el olvido.

Sin embargo, dos días después, Okada volvió a salir como de costumbre en dirección a Muenzaka y, cuando se acercó a la casa con la puerta de celosía, recordó, como cuando una memoria flota desde las profundidades del subconsciente, a esa chica que regresaba de los baños, y dirigió su mirada a la casa. Había cañas de bambú clavadas en el alféizar de la ventana junto con dos tablas de madera en horizontal, entre las cuales se entretejían enredaderas. La persiana estaba abierta un palmo y medio y podía verse una

maceta de lirios cuyos frutos estaban brotando. Ensimismado como estaba en esos pequeños detalles, caminaba más despacio y tardó algunos segundos más de lo habitual en llegar hasta la entrada de la casa.

Y justo en ese momento, por encima del tiesto con los lirios y donde antes sólo había habido un fondo gris oscuro, apareció un rostro blanco. Y, además, cuando vio a Okada, sonrió.

Desde ese momento, siempre que pasaba por delante de esa casa, rara vez no veía a la joven. Lentamente, esa mujer iba apareciéndosele en sus pensamientos cuando soñaba despierto, y cada vez se hacía más dueña de ellos. Comenzó a plantearse si estaba esperándolo o si miraba por la ventana sin más y sus miradas se cruzaban por casualidad. Empezó a pensar en los días previos a encontrársela, tratando de recordar si había visto antes un rostro en la ventana de esa casa vecina a la más bulliciosa de Muenzaka, pero no recordaba más que pensar en lo limpia que estaba la casa y en lo solitaria que parecía ser. En algún momento se habría planteado qué clase de persona vivía ahí, pero tampoco de eso podía estar seguro. Esa ventana siempre había estado cerrada, con las persianas de bambú echadas y el interior silencioso. Okada llegó a la conclusión de que hacía poco que esa mujer había decidido abrir la ventana para verlo pasar.

Cuando cruzaban la mirada y reflexionaba en estas cosas, Okada pensaba en ella como «la chica de la ventana», como una vieja conocida, y dos semanas después, cuando pasaba por delante de su casa como cada atardecer, inconscientemente se quitó el sombrero a modo de saludo. En ese momento, la tez pálida de la joven enrojeció y su rostro melancólico se iluminó con una sonrisa alegre. A partir de ese momento, Okada decidió saludar siempre al pasar.

III

A Okada le gustaban los clásicos románticos chinos, hasta el punto de poder recitar de memoria el *Daitettsuiden*[9], su relato preferido. Por ese motivo le apasionaban las artes marciales, aunque nunca tuvo la oportunidad de practicarlas. Cuando comenzó a remar le dedicó todo su empeño y se convirtió en un campeón entre sus compañeros. Así era como manifestaba su pasión por las artes marciales.

De entre los clásicos chinos, hay una historia que le gustaba especialmente a Okada. Según la leyenda, existía una mujer cuyo único objetivo en la vida era el de ser bella y obligó al Ángel de la Muerte a esperarla en el umbral de su puerta mientras se acicalaba. Ese era el ideal de mujer para Okada. Según él, las mujeres debían ser siempre bonitas y amadas, sin importar las circunstancias o la economía. Su deber era mantener su belleza y ser queridas. Probablemente pensaba así debido a la lírica clásica china que leía habitualmente y a la prosa, tanto *sentimental* como *fantastique*, de los supuestos sabios de las dinastías Ming y Ch'ing.

Pese a que hacía tiempo que saludaba a la mujer de la ventana, no hizo intentos por llegar a conocer su vida privada. Imaginaba, por la casa y por su aspecto físico, que era la amante de alguien. Eso no le disgustó. Pese a que no sabía su nombre, tampoco intentó descubrirlo. Aunque sabía que podría averiguarlo leyendo la placa de la entrada de su casa, siempre se contenía cuando la veía en la

ventana. Cuando no, tampoco se acercaba por los vecinos u otros transeúntes. Por eso nunca supo el nombre que estaba escrito en la pequeña placa de madera ensombrecida por el alero.

IV

Pese a que los eventos de esta historia cuyo protagonista es Okada ocurrieron antes de conocer yo la historia personal de la mujer, por motivos de claridad, hablaré de ella a continuación.

La historia comienza cuando la Facultad de Medicina aún estaba situada en Shitaya. Con las tejas grises de mortero, las paredes a veces cruzadas como tableros de *gō* y las ventanas abiertas con barrotes de madera gruesos como los brazos de un hombre, la finca de Todō se había convertido en una residencia estudiantil. Y, pese a que me sabe mal usar tal comparación, los estudiantes vivían como bestias. A día de hoy no se ven ventanas así, excepto en el castillo de Marunouchi, ya que incluso los barrotes de las jaulas de leones y tigres en el zoo de Ueno son más delgados.

En la residencia había sirvientes para los estudiantes que podían hacer recados para ellos. Los estudiantes vestían con un *obi* blanco y *hakama* a rayas, y sus recados de compra eran bastante previsibles. En esencia, pedían gelatina de judía dulce o boniatos asados. Hasta era posible que los pedidos se confundieran y trajeran lo otro. Por cada vez que hacían un recado, los sirvientes cobraban dos *sen*.

De entre estos sirvientes, había uno llamado Suezō. Pese a que los otros hombres estaban siempre con la boca abierta en un nido de barba, su mentón estaba perfectamente afeitado y los labios siempre cerrados. Pese a que las ropas de algodón rasposo de los

demás sirvientes solían estar sucias, él vestía para trabajar ropa limpia y, en ocasiones, de tela de altísima calidad.

No sé quién sembró el rumor, pero tengo entendido que hacía préstamos a los estudiantes que iban mal de dinero. La cantidad no solía rebasar los cincuenta *sen* o un yen, pero cuando sobrepasaba los cinco o diez yenes, hacía firmar al prestatario una nota y renovaba la deuda si no se saldaba. Así fue como se convirtió en un prestamista. Sigo sin saber cómo logró amasar tal cantidad de capital si sólo ganaba dos *sen* como honorario. Tal vez sea verdad que cuando uno hace acopio de todas sus fuerzas para obtener lo que quiere, nada es imposible.

Para cuando la Universidad se trasladó de Shitaya a Hongō, Suezō ya no era un mero sirviente. Se había mudado a Ike-no-Hata y, no obstante, los estudiantes más irresponsables seguían entrando y saliendo de su casa.

Cuando comenzó a trabajar como sirviente ya estaba en sus treinta, tenía una esposa y dos hijos a los que mantener, y era pobre. Como al final su negocio como prestamista prosperó y pudo mudarse, empezó a hartarse de su esposa, una mujer fea y pendenciera.

Entonces fue cuando Suezō recordó a alguien. A una mujer que vio de camino al trabajo por los callejones estrechos y de tierra de Neribei-chō. Había una casa cuyas baldosas que tapaban las zanjas estabas rotas y cuyas puertas estaban entreabiertas todo el año. Era una casa oscura y cuando pasaba por ahí de noche, debajo de los aleros, había estacionada una caseta móvil y, aunque esta no estuviera, el camino era tan estrecho que debía cruzarlo en diagonal. Lo que llamó la atención de Suezō fue la música del *shamisen*. Supo después que quien tocaba el instrumento era una joven muy hermosa de dieciséis años. Aunque el aspecto de la casa era pobre, la muchacha siempre iba arreglada y vestía un kimono elegante. Cuando estaba en la entrada de la casa, al ver a alguien acercarse, se apresuraba al interior. Como Suezō era perseverante, descubrió sin esfuerzo que la joven se llamaba Otama, su madre había muerto

y vivía sola con su padre, que trabajaba en esa caseta móvil como confitero en Akiba-no-Hara.

De pronto, la casa se transformó. La caseta debajo del alero ya no estaba cuando pasaba por delante de la casa de noche. Los alrededores de esa casa tan silenciosa, por decirlo en la jerga de la época, se habían modernizado, y las baldosas de las zanjas se habían reemplazado y habían colocado una puerta de celosía nueva. Una vez pudo ver unos zapatos occidentales colocados en la entrada. Poco después, habían colocado una placa nueva en la entrada cuyo título era el de un policía. Suezō, de compras por Matsunaga-chō y pasando por Nakaokachi-machi, supo también, aunque sin investigarlo expresamente, que el confitero ahora tenía un yerno. El nombre de la placa de la entrada pertenecía al yerno. Para el padre, que adoraba más a su hija que a sus propios ojos, encomendársela a un hombre con un rostro tan aterrador era como serle arrebatada por un demonio. No se sentía cómodo con esa intrusión en su vida, pero pese a que pidió consejo a varios conocidos, ninguno le dijo que rechazara la oferta.

Alguien dijo:

—Te lo dije. He intentado ayudarte a encontrar un buen pretendiente y dices que no quieres separarte de tu hija, así que el chico no ha podido decirte que no y se tiene que mudar con vosotros.

Otro exclamó:

—Si tanto te molesta, te diría que te mudaras bien lejos, pero como es policía podría averiguar donde habéis escapado y encontraros. No tenéis adónde huir.

Una mujer que tenía fama de ser inteligente le dijo:

—Tu hija es bonita y hasta el maestro te dijo que tenía un don para las artes. ¿Acaso no te dije que la enviaras a una casa de *geishas* para que aprendiera como *shitajikko*[10]? Un policía soltero tiene potestad para ir de casa en casa y llevarse a la chica que le guste si la encuentra. En estos casos, más que rendirte ante tu mala suerte, debes resignarte a ella.

Habían pasado tres meses desde que Suezō había escuchado estos rumores. Una mañana, vio que la puerta de la casa del confitero estaba cerrada y que había un cartel pegado: «Local en alquiler en Matsunaga-chō». Según las habladurías de los vecinos, que escuchó de pasada yendo de compras, el policía tenía una esposa e hijos en su ciudad natal. Al parecer, la cónyuge los había visitado sin previo aviso, creó un gran escándalo y un vecino tuvo que detener a Otama para que no se tirara al pozo. De entre todas las personas a quienes el padre había pedido consejo no hubo nadie que pudiera asesorarle legalmente, así que no se preocupó por ver los cambios en el registro familiar. El policía se había rascado la barba y aseguró que se encargaría de todos los trámites legales.

Había una chica que trabajaba en una papelería al norte de Matsunaga-chō, de cara redonda y blanca y cuello corto, a la que llamaban la Sin-cuello, que le dijo a Suezō:

—Pobrecita, la muchacha, es honesta y de verdad pensaba que se había casado con él, y resulta que lo único que quería era un sitio donde alojarse.

Y el padre de la Sin-cuello, un hombre rapado como los monjes, dijo acariciándole el pelo a su hija:

—Y pobre padre, también. Se sentía humillado ante sus vecinos, así que han tenido que mudarse a Nishitorigoe. Y, por si fuera poco, ahí apenas hay niños, así que tiene que seguir con su negocio en Akiba-no-Hara. Vendió su caseta a una tienda de segunda mano, aunque ha podido recomprarla una vez explicada su situación. Y, entre eso y la mudanza, ha gastado mucho dinero, así que estará pasando penurias. Bien que disfrutó de su tranquila jubilación en compañía del policía, un bebedor, pese a que él mismo rara vez bebe, mientras que la mujer y el hijo a duras penas sobrevivían.

Después de eso Suezō no volvió a pensar en ella hasta que comenzó a amasar una pequeña fortuna.

Suezō por entonces ya conocía a bastante gente de Nishitorigoe, así que solo tuvo que hacer unas pocas preguntas antes de averiguar el nuevo hogar del confitero, situado al lado de un garaje

de *rickshaws* y detrás de un teatro. Otama no se había casado. Envió a una persona para hacerle saber que un importante empresario quería convertirla en su amante y, pese a que al principio se negó, como era una chica de carácter débil, decidió conocer a quien sería su amo en Matsugen para poder cuidar de su padre.

V

Hasta ese momento, Suezō nunca había pensado en otra cosa que no fuera el dinero.

Al localizar a Otama, y aun sin saber su respuesta, comenzó a buscar una casa de alquiler para su amante cerca de su vecindario. De entre todos los apartamentos que encontró, vio dos que le gustaron. Una de las casas estaba en Ike-no-Bashi, entre su propia casa, vecina del famoso escritor Fukuchi Genichirō, y un restaurante de fideos muy popular llamado Rengyokuan.

La casa estaba orientada al sudoeste, un poco más allá del restaurante y apartada de la calle principal. Estaba rodeada por una cerca de cañas de bambú, con una conífera y dos o tres cipreses. De entre los árboles, podía verse una ventana con persianas de papel y bambú. Aún había una placa con nombre, por lo que cuando entró a verla todavía estaba habitada, y fue una mujer de unos cincuenta años quien le enseñó la casa. Le explicó, sin que él se lo pidiera, que su marido había sido el mayordomo de un famoso señor feudal en Chūgoku, para después pasar a ser funcionario en el Ministerio de Hacienda. Pese a que tenía unos sesenta años, era un maniático de la limpieza y le gustaba mucho caminar por Tokio, y aunque había buscado un hogar recién construido, tuvo que conformarse con un edificio antiguo y debían mudarse de inmediato. Hacía mucho tiempo que no vivían niños allí y la casa no estaba desordenada, pero el paso de los años era obvio y tenía que cambiar los paneles

de papel de las puertas y renovar las plataformas de los tatamis. Decidió ignorar esos percances y mudarse cuanto antes. A la mujer no le pareció mal y empezó a criticar a su marido por la espalda.

—¡Mire lo limpia que está la casa! Y aún así quiere mudarse… —dijo, mientras le enseñaba la casa más a fondo. Mirara donde mirara, estaba todo impecable.

Suezō decidió que le gustaba la casa y apuntó en una libreta el nombre de la actividad empresarial, el alquiler y la fianza.

La otra casa era un pequeño edificio a mitad de camino de la cuesta Muenzaka. No había ninguna placa con nombre y simplemente oyó que estaba a la venta, así que fue a visitarla. El propietario, el dueño de una tienda de empeños que venía de Yushima, quiso vivir en esa casa durante su jubilación, pero había muerto. Una señora anciana se había hecho cargo de la tienda. La casa vecina era de la profesora de costura, por lo que había mucho alboroto, pero comprendía perfectamente por qué había sido escogida como hogar ideal de un jubilado. La madera era de buena calidad y resultaba un lugar agradable. Desde la puerta de celosía de la entrada hasta el suelo pavimentado de granito, la casa estaba impoluta.

Una noche, Suezō estaba tumbado en el suelo sopesando qué casa comprar. A su lado, su esposa, que había intentado adormecer a los niños, se había quedado dormida y roncaba con la boca abierta. De noche, Suezō siempre pensaba en los préstamos y sus intereses y rara vez se dormía, y a su mujer parecía no importarle hasta qué hora su marido estaba en vela, ya que lo consideraba un tipo extraño. La miró.

—También es una mujer, pero sus caras son un mundo aparte —pensó para sí—. Hace mucho tiempo que no veo a Otama y por entonces era sólo una niña, pero ya había serenidad en su expresión y sentí esa necesidad imperiosa de abrazarla. Ahora debe de ser toda una mujer. Qué ganas tengo de verla. No como esta otra. Cree que no hago más que pensar en el dinero, ¡cómo se equivoca! Vaya.

Ya es época de mosquitos. Por eso no me gusta Shitaya. Tendré que colocar la mosquitera, no por esta, sino por los niños.

Volvió a pensar en las casas. Meditó, y cuando llegó a una conclusión, ya era la una de la madrugada pasada. La conclusión a la que llegó fue la siguiente:

—La casa de Ike-no-Bashi tiene vistas preciosas, pero esta casa también las tiene. El alquiler es barato, pero mantener una casa de alquiler costará mucho dinero.

Además, la casa estaba situada en una calle muy vistosa y cabía la horrible posibilidad de dejarse la ventana abierta un día y que su familia lo viera desde la calle. La casa de Muenzaka era más oscura, pero apenas había transeúntes, a excepción de estudiantes. No le apetecía tener que pagar tanto dinero, pero la madera era de buena calidad y, si pagaba un seguro, le devolverían el dinero que desembolsara al principio.

—Que sea la casa de Muenzaka —decidió—. Me imagino bañado y aseado, con todos los preparativos listos, y saldré por la noche y le daré alguna excusa a la señora. Entraré silenciosamente por la puerta de celosía sin que nadie se dé cuenta. ¿Y qué es lo que veré? Pues a Otama, con un gato u otro animal en la falda, esperándome con una expresión ansiosa en la cara. Estará perfectamente acicalada, por supuesto. Y le regalaré un kimono y todo lo que quiera. Pero espera, no puedo gastar mi dinero de forma insensata. En las tiendas de empeño hay buenos productos. A la hora de regalarle un kimono o algo para el pelo a una mujer, debo saber elegir bien y no como el resto de idiotas. Mi vecino, ese escritor Fukuchi, por ejemplo, siempre alardea de riquezas y lo acompañan *geishasde* Sukiya-machi cuando pasea por Ike-no-Bashi para dar envidia. Y, en realidad, tiene serios problemas económicos. Si los estudiantes lo supieran se quedarían pasmados, ya que los asombra con su habilidad con el pincel y las palabras. Ah, es cierto. Otama toca el *shamisen*. Me encantaría oírle tocar una melodía solo para mí, pero seguro que piensa que no es buena porque su reputación es únicamente la de la amante del policía. Se negará a tocar para mí

con la excusa de que no querrá que me ría de ella y, aunque se lo pidiera, se negaría. Seguro que es una chica tímida, se sonrojaría y estaría muy inquieta. ¿Qué ocurrirá la primera noche que estemos juntos?…

Se ahondó en pensamientos sin reprimirse. Pensó en esto y aquello, fragmentándose sus fantasías hasta que solo quedó la piel blanca de ella. Escuchó un susurro. Suezō se acostó, contentado. Su mujer estaba a su lado, roncando como siempre.

VI

Para Suezō, la reunión en Matsugen era una *fête*. Pese a que hay personas tacañas, aquellos quienes manejan dinero son impredecibles. Los hay que cuidan hasta el más pequeño detalle, como cortar en dos los papeles de baño y escribir postales con una caligrafía tan pequeña que es indescifrable sin un microscopio; los hay que son avariciosos en todos los aspectos habidos y por haber, aunque también hay quienes se dan un respiro y se permiten algún capricho.

Los tipos que suelen aparecer en las novelas y en las obras teatrales suelen ser tacaños absolutos. En realidad, existen hombres que no son tan absolutistas. Ya sea por una mujer o por alguna comida exótica, algunos tienden a relajar su bolsillo. Como ya he comentado en alguna ocasión, a Suezō le apasionaba la ropa y, pese a que por entonces solo era un sirviente, los días festivos descartaba su uniforme de mangas rectas y vestía un kimono propio de comerciantes. Esa era una de sus máximas ilusiones. Las raras veces en que los estudiantes se encontraban con Suezō vestido con sus mejores vestimentas se sorprendían. Aparte de eso, Suezō apenas tenía aficiones. Nunca se involucraba con *geishas* ni prostitutas, y nunca salía a beber fuera. Consideraba comer fideos en el Rengyokuan cuando iba solo un lujo, y sólo recientemente había decidido permitirse invitar a su mujer y a sus hijos a acompañarle, debido a que nunca se había preocupado por vestir tan bien a su

mujer como a sí mismo. Cuando su esposa se quejaba, Suezō siempre le decía:

—No seas estúpida, tú y yo somos muy distintos. Yo me reúno con gente importante, así que no tengo elección.

Desde que sus negocios como prestamista comenzaron a prosperar, empezó a visitar con más frecuencia los restaurantes, aunque siempre iba acompañado, nunca solo. Pero, como iba a reunirse con Otama, quería que la ocasión fuera ostentosa y *solennel*, así que decidió que el lugar de encuentro sería Matsugen.

A medida que se acercaba el día, Suezō se percató de que había un problema que requería su atención. Se trataba del atuendo de Otama. Por supuesto, si solo se tratase de ella, no habría problema alguno, pero también tenía que encargarse de su padre. La casamentera que intermediaba entre ellos no le dio más opciones, ya que el señor solo tenía una hija y debía darles su bendición, así que no tenía elección.

El padre había dicho:

—Otama es mi única hija y es muy importante para mí. No tengo más parientes, estamos solos. Apenas he tenido una esposa, que falleció y me condenó a una vida solitaria. Tenía más de treinta años cuando dio a luz a nuestra primogénita, Otama, y murió por complicaciones en el parto. Otras mujeres la amamantaban y a los cuatro meses contrajo el sarampión que afectó a la toda la ciudad. El médico dijo que no sobreviviría pero yo lo dejé todo de lado, incluso mi trabajo, para cuidar de ella, y se recuperó. Vivíamos una mala época, hacía solo dos años que habían asesinado al señor Ii[11] y a un señor inglés en Namamugi. ¡Cuántas veces pensé en suicidarme! ¡No tenía trabajo, no tenía nada! Pero su pequeña mano me acariciaba el pecho, me miraba con sus enormes ojos y reía, y no pude hacerle daño, ¡no podía matarnos! Sobrevivimos, un día tras otro. Cuando Otama nació, yo ya tenía cuarenta y cinco años, y las penurias por las que estaba pasando seguro que me envejecieron más, pero ya sabes lo que dicen. Cuando uno solo no puede alimentarse, debe alimentar a otro si quiere sobrevivir. Un amable

señor incluso prometió presentarme a una viuda adinerada que buscaba marido, aunque a cambio debía abandonar a mi niña. Pero no podía alejarme de mi queridísima hija, así que rechacé la proposición. El ser pobre ha atrofiado mis sentidos, y cuando vino ese impresentable y nos engañó, ¡cuánto sufrió mi hija! Por suerte, aún hablan bien de mi buena Otama. Por mucho que quiera entregarla a un buen caballero, nadie la acepta porque soy una carga como padre. Pese a que no quiero entregarla como amante de nadie, puedo aceptarlo si es un amo amable, como dices. Otama pronto cumplirá los veinte y ya está en edad de casarse. Voy a intentar comprometerme con vosotros. Voy a entregaros a mi queridísima Otama, así que permíteme que vaya con vosotros para conocer también al amo.

Cuando estas palabras llegaron a oídos de Suezō, al ser distintas de las que había previsto, no pudo evitar sentirse decepcionado. Había pensado en enviar a la casamentera a casa una vez hubiera cumplido con su deber de traer a Otama a Matsugen, para disfrutar con la muchacha en la intimidad. Si el padre los acompañaba, el ambiente sería mucho más formal. En parte, Suezō se consideraba también una persona formal y había puesto demasiado empeño en cumplir sus deseos, así que lo consideró un paso más para lograr sus objetivos y salir adelante con ese *tête-à-tête*. Aunque si contaba con la presencia del padre, el ambiente cambiaría de forma radical. Según la casamentera, ambos eran muy honestos y pese a que al principio se negaron rotundamente, un día Otama la llamó y la casamentera la regañó por no pensar en las necesidades de su padre, que pronto tendría que jubilarse y, al hablar, llegaron a un acuerdo y después convencieron al padre. Al principio, cuando escuchó la historia, Suezō se alegró de poder hacerse con una chica tan amable y honesta, pero al descubrir que era un dúo tan bien avenido comenzó a pensar en la reunión de Matsugen como en la primera toma de contacto de un joven con su futuro suegro. Ese nuevo ambiente le sentaba a Suezō como un cubo de agua fría a su cabeza acalorada.

Sin embargo, Suezō tenía que seguir con la farsa de que era un buen hombre, así que hizo llegar a la dirección que le había facilitado la casamentera dos trajes para la ocasión. Suezō razonó que, una vez hubiera conseguido a Otama, también tendría que ocuparse de su padre, así que estaba invirtiendo de antemano lo que hubiera tenido que hacer después.

Normalmente, en esos casos se suele enviar dinero para cubrir los gastos, pero Suezō lo hizo de otra manera. Él, que siempre vestía adecuadamente, explicó las circunstancias al sastre para que hiciera dos trajes pertinentes. La casamentera le pidió las medidas a Otama. Es lamentable que las acciones rastreras y tacañas de Suezō fueran recibidas con una sonrisa agradecida por parte de Otama y de su padre, que opinaban que el no enviarles dinero había sido una muestra de respeto.

VII

En la calle principal de Ueno hay pocos incendios y, como no recuerdo que haya habido alguno en Matsugen, imagino que la habitación de estilo japonés sigue intacta. Suezō pidió una habitación tranquila y pequeña, por lo que lo condujeron a una habitación de seis tatamis[12], a la izquierda de un pasillo orientado hacia el sur.

Un hombre que iba vestido con uniforme estaba cerrando las puertas de papel grueso.

—Hasta que no oscurezca podréis disfrutar de la puesta de sol —dijo la criada que los había acompañado.

Suezō se sentó de espaldas al *tokonoma*[13], de cuya pared colgaba un pergamino con un *ukiyo-e* de autenticidad cuestionable y un jarrón con una única ramita de jazmín, y examinó la habitación.

Lo que veía, a diferencia del segundo piso, era una valla de madera que tapaba el lago (que años después se convertiría en una pista de carreras de caballos y, más adelante, para carreras ciclistas), ideal para ocultarse de la calle principal. Entre el muro y la casa había un parche de tierra alargado y estrecho que no podía considerarse un jardín. Desde donde estaba sentado, Suezō veía dos o tres parasoles chinos con los troncos suaves y lustrosos como si hubieran sido pulidos con aceite. Veía, además, un farol de piedra dedicado al dios Kasuga. Aparte de eso, donde fuera que mirara, solo había cipreses. Aún había luz diurna y podía vislumbrarse la

nube de polvo blanca alzada por los pasos de los transeúntes, mientras que gracias al agua recientemente rociada, el verde de las plantas se mantenía brillante en ese lado del muro.

A continuación, la sirvienta le trajo té e incienso para alejar a los mosquitos y preguntó qué deseaba. Suezō respondió que se lo diría tras llegar sus invitados, le pidió que se marchara y fumó su pipa. Una vez sentado pensó que la habitación era demasiado cálida y que al pasar por la cocina y los baños notó un hedor, y pese a la suave brisa tuvo que usar el abanico sucio que le había dejado la criada.

Suezō, apoyado en la columna de la habitación mientras bufaba anillos de humo del tabaco, dejó volar su imaginación. Cuando vio por primera vez a Otama aún era una niña. ¿En qué clase de mujer se habría convertido? ¿Qué kimono llevaría para la ocasión? Sea como fuere, que viniera acompañada de su padre eran malas noticias. ¿Habría alguna posibilidad de que su padre se marchase pronto a casa? Oyó el sonido de un *shamisen* desde el segundo piso.

Escuchó los pasos de dos o tres personas en el pasillo, y la criada asomó la cabeza.

—Sus invitados —dijo.

—¡Adelante, entren, entren! —dijo la casamentera con su voz tan escandalosa como la de un grillo—. ¡El amo es muy simpático, sin compromisos!

Suezō se puso en pie. Cuando salió al pasillo vio al padre, encogido, titubeando en la esquina y, detrás, a Otama, serena, observando todo lo que les rodeaba con infinita curiosidad. La carita bonita y redonda que recordaba era ahora bella. Llevaba el pelo recogido en un peinado típico japonés y femenino y, siguiendo las normas protocolarias, no se había maquillado. Estaba muy distinta a como Suezō la había imaginado: era más bella aún. Suezō la miró como si pudiera absorberla con los ojos y sintió en su corazón una satisfacción indescriptible.

En cambio, Otama, que había decidido venderse para asegurar un buen futuro a su padre, había decidido que no le importaba el aspecto de su futuro amo, fuera cual fuere el desenlace, pero

cuando vio al hombre de piel morena, ojos audaces pero tiernos, su ropa de alta calidad pero discreta, no pudo evitar sentirse aliviada, cual condenado al que perdonan.

—Por favor, pase —le dijo Suezō a su padre respetuosamente mientras indicaba al interior de la habitación—. Adelante —invitó a Otama.

Entraron los dos a la habitación y Suezō pidió a la casamentera que lo acompañara a una esquina discreta, le dio un sobre de papel y le susurró algo al oído. La mujer sonrió respetuosamente, mostrando sus dientes sucios y teñidos de negro, riendo como si se estuviera burlando de alguien, hizo reverencias con la cabeza y se marchó.

Regresó a la habitación y vio que tanto el padre como la hija se habían apiñado en la entrada. Suezō los invitó a sentarse e hizo el pedido de comida a la criada. Enseguida les trajeron entrantes acompañados de sake, y Suezō llenó la copa del padre y, tras intercambiar unas palabras, supo que el hombre había vivido días mejores y que nada de lo que veía en esa habitación le pillaba desprevenido.

Al principio, Suezō pensaba que el padre no sería más que una molestia, pero poco a poco cambió de opinión cuando la conversación se volvió más personal. Y, pensó de golpe, si se esforzaba en demostrar que era una persona agradable y en mostrar sus virtudes, podría convencer a Otama de su buena voluntad y ganársela de ese modo.

Cuando llegó la comida, el ambiente se asemejaba al de una familia en plena excursión en la montaña. Con su esposa, Suezō podía incluso considerarse un *tyran* a quien su mujer en ocasiones le llevaba la contraria y en ocasiones obedecía, pero cuando vio la expresión vergonzosa y la piel enrojecida de Otama, quien le servía el sake con una sonrisa modesta, se sintió embriagado por una felicidad sin precedentes. Sin embargo, esa felicidad tenía una pequeña sombra y, sin poder evitarlo, Suezō se preguntó por qué no podía sentirse así en su propio hogar. Pero no se planteó los pasos

necesarios para mantener un ambiente tan perfecto, ni toda la dedicación que eso requeriría, ni si eso haría realmente feliz tanto a él como a su mujer.

De repente, al otro lado del muro, escuchó el ruido de los *hyōshigi*[14].

—¡Oh! ¡Qué estupenda clientela! —dijo una voz.

El sonido del *shamisen* del segundo piso se interrumpió y una criada dijo algo desde el balcón. Desde abajo, se escuchó:

—¡Adiós, Narita-ya y Otowa-ya[15], y a sus personajes, Kōchiyama y Naozamurai! —dijo el imitador de voces.

—¡Qué día más especial, es un imitador auténtico! —dijo la criada, tras abrir la puerta y traer más copas.

Suezō no la entendió.

—¿Los hay auténticos y los que no son auténticos? —preguntó.

—Así es. Últimamente hay un estudiante universitario que se está dando a conocer.

—¿Y toca un instrumento?

—Sí. Es idéntico a quien imita, pero sabemos reconocerle por la voz.

—Entonces, sólo hay uno que no sea auténtico.

—Auténticos sólo hay uno —rió la criada.

—¿Lo conoces en persona?

—Sí, viene a menudo a comer aquí.

—Debe de ser un estudiante con talento —dijo el padre.

La criada no dijo nada.

Suezō rió.

—Sea como fuere, no debe de ser un buen estudiante —dijo Suezō con una sonrisa irónica, pensando en los estudiantes que acudían siempre a su casa.

Muchos de ellos se hacían pasar por empresarios y se burlaban de los propietarios de los pequeños comercios, y empleaban la jerga de su supuesto oficio. Sin embargo, debía admitir que no hubiera imaginado nunca que un estudiante pudiera imitar voces.

Suezō se giró hacia Otama, quien escuchaba la conversación en silencio, y le preguntó:

—¿Tienes algún actor preferido?

—No, ninguno en particular.

—Nunca hemos ido al teatro —la interrumpió su padre—. En Ryūseiza, donde vivimos, tenemos uno muy cerca y, aunque vayan chicas a ver obras, Otama nunca ha ido con ellas. Esas chicas, a la que oyen bullicio, corren a ver qué pasa.

Pese a que no fue su intención, el padre no tardó en hacer cumplidos a su hija.

VIII

Llegaron a un acuerdo: Otama se mudaría a Muenzaka.

No obstante, la mudanza, que Suezō pensaba que sería fácil, trajo consigo complicaciones. Para empezar, Otama le había pedido a Suezō que su padre se mudase cerca para poder visitarlo a menudo y cuidar de él. Desde el principio, Otama había decidido que la mayor parte del dinero que ganase lo dividiría y se lo enviaría a su padre, que ya tenía más de sesenta años, y para que no tuviera dificultades, le contrataría a una sirvienta. Lo ideal era que no tuviera que vivir en esa horrible casa en Torigoe, que estaba puerta con puerta con el aparcamiento de *rickshaws*.

—Y ya que se muda —sugirió Otama—, preferiría que estuviera cerca.

Suezō, que pensaba que tras el primer encuentro sólo tendría que ofrecerle un hogar a ella, tuvo que ocuparse de su padre y del hogar de él para complacer a su hija.

Sin embargo, Otama comprendía que esa petición era egoísta y no quería causarle problemas a su amo, pero Suezō no podía ignorar un favor como ese. Quería mostrarle a Otama, que tanto lo había enamorado a primera vista, que era el hombre generoso que pretendió ser durante su primer encuentro, así que mientras Otama se estaba mudando a Muenzaka, decidió que su padre se mudaría a una de las casas de Ike-no-Hata. Y como Otama estaba dispuesta a gastar casi todo su dinero en el apartamento para su padre, Suezō

descubrió que no podía permitirlo pese a los gastos adicionales que eso supondría. Aceptó ese desembolso con tal tranquilidad que la casamentera lo miró con la boca abierta en más de una ocasión.

Si mal no recuerdo, el ajetreo de las mudanzas terminó a mediados de julio. La presencia y las palabras de Otama eran modestas, por lo que Suezō, que trataba el dinero con una severidad intimidante, estaba dispuesto a todo con tal de lograr su cariño y la visitaba todas las noches en Muenzaka. Como dicen a menudo los historiadores, esa era la cara oculta de todos los héroes.

Suezō la visitaba todas las noches, pero nunca se quedaba a dormir. Gracias a la casamentera pudo contratar a una criada llamada Ume de trece años, así que Otama se sentía como jugando a las muñecas. Apenas tenía con quién hablar y se aburría, y cuando oscurecía esperaba impaciente la llegada de su amo, y a la que se daba cuenta reía para sí. Incluso cuando vivía en Torigoe, su padre trabajaba hasta tarde y ella se quedaba sola, así que trabajaba un poco en casa y su padre se sorprendía cuando la veía tan atareada. Pese a que no se había llevado tan bien con las demás chicas, nunca se había aburrido. Ese fue el principio de un estilo de vida sin problemas económicos, pero monótono.

Pese a su aburrimiento, era feliz cuando su amo volvía por la noche y la halagaba. Para su padre, para quien esa relajación le había llegado de golpe tras una vida llena de penurias, a veces se preguntaba si no lo habría embrujado un espíritu. Recordaba con amor y nostalgia esas noches a solas con Otama, sentados debajo de la lámpara, en las que hablaban de todo lo que se les ocurriese y que ahora parecía un sueño. Esperaba día tras día a que viniera a visitarlo. No obstante, Otama no fue a verlo ni una sola vez.

Los primeros días, el padre había estado encantado con esa casa tan bonita, con la criada de pueblo a quien sólo le pedía que trajera agua del pozo y que hiciera las comidas, ya que él mismo se encargaba de limpiar y ordenar la casa, y le pedía que hiciera las compras y varios recados en Naka-chō. Por la noche, mientras ella cocinaba, él escuchaba los ruidos de la cocina y regaba las coníferas;

a veces, mientras fumaba un cigarrillo y los cuervos de Ueno graznaban, observaba el santuario y el bosque que había en la isleta del lago. Por encima de las flores de loto que flotaban en el agua se alzaba la niebla. El hombre se sentía satisfecho y agradecido, pero a la vez le parecía que le faltaba algo. Desde que Otama había sido un bebé él la había criado solo y se entendían sin palabras. Su amable hija lo había esperado siempre a que volviera a casa. Cuando se sentaba al lado de la ventana y observaba el paisaje del lago, veía pasar a los transeúntes, a las carpas saltar del agua, y a las mujeres occidentales con un pájaro entero en el sombrero, siempre abría la boca para decir:

—¡Otama! ¡Mira eso!

Le faltaba algo.

Al cabo de tres o cuatro días de su mudanza, su humor empeoró y criticaba para sí todas y cada una de las acciones de su criada. Hacía diez años que nadie lo asistía y era un hombre amable, así que nunca la regañaba. Sin embargo, todo lo que hacía le molestaba y no podía estar tranquilo. Después de todo, si se la comparaba con Otama, que todo lo hacía bien y con gracia, era fácil encontrarle fallos a una chica de pueblo. El cuarto día vio que, cuando le traía el desayuno, su pulgar estaba en la sopa.

—¡No vuelvas a servirme, vete de aquí! —exclamó.

Tras comer, miró por la ventana y vio que, pese a que estaba nublado, no parecía que fuera a llover, más bien daba la impresión de que el día iba a mejorar, así que decidió salir. Se preguntó si durante su ausencia Otama lo visitaría y se giró varias veces para mirar la entrada de su casa mientras paseaba por la orilla del lago. Se paró en un pequeño puente que estaba entre Kaya-chō y Shichiken-chō, en dirección a Muenzaka. Se preguntó si debía visitar a su hija, pero por algún motivo no pudo dirigirse hacia allí, ya que notaba una barrera extraña entre los dos. Si la relación hubiera sido de madre e hija esto nunca hubiera ocurrido, así que no entendía por qué él, su padre, tenía que sentirse así. No cruzó el puente y simplemente rodeó el lago.

De golpe, vio que se encontraba en la cuneta de la casa de Suezō. La casamentera le había señalado la casa desde la ventana cuando ya se había mudado. Era una casa elegante, con un muro de tierra rodeándola y cañas de bambú clavadas diagonalmente. La casa del erudito Fukuchi era vecina y, pese a que era un edificio amplio, era más vieja y, en comparación, la de Suezō era más ostentosa y solemne. Se detuvo y, como tenía un toque de queda para volver a su casa, contempló la entrada trasera de madera y en ningún momento sintió ganas de entrar. No estaba pensando en nada en particular, pero se sintió embestido por una sensación de soledad que lo dejó sin palabras. Si hubiera tenido que describirlo a la fuerza, eran las emociones de un hombre que se había visto forzado a vender a su hija como amante.

Pasó una semana y su hija aún no había ido. Tenía muchas ganas de verla y pensaba constantemente en Otama. Pensaba que al tener una vida más tranquila, habría olvidado a su padre y eso lo inquietaba. Intentó que esas sospechas cobraran vida y tonteaba con esas emociones, pero eran pensamientos superficiales y no podía pensar mal de su propia hija. A veces pensaba que tal vez así sería más fácil, pero no era más que la débil ironía que uno usa cuando piensa en cosas serias.

Sin embargo, el padre pensaba a veces cosas así. Cuando estaba en casa pensaba en muchas cosas, entre las cuales rondaban pensamientos como qué pasaría si su hija lo visitaba cuando él estaba fuera, ¡qué pena sería el no encontrarse! Se dijo a sí mismo que qué más le daba, que habría sido una pérdida de tiempo por su parte. ¡Qué más le daba a él! Al final, siempre que salía de casa pensaba en eso.

Iba al parque de Ueno durante el atardecer, descansaba en uno de los bancos, cruzaba el parque y observaba los *rickshaws* que estaban cubiertos por un baldaquín. Imaginaba que su hija lo visitaba y su expresión de sorpresa al no verlo allí. Se ponía a prueba entonces, intentando evaluar si se sentía bien pensando en cosas así.

Comenzó a frecuentar los teatros musicales e ir a las salas donde estaban los humoristas contando historias, y salía a escuchar a Komanosuke[16]. Incluso cuando estaba ahí no podía sacarse de la cabeza la imagen de su hija visitando una casa vacía. Y entonces se le ocurría que su hija podría estar con él en el teatro, y miraba alrededor a las chicas con el mismo peinado que ella. En una ocasión, durante el entreacto en la obra, estuvo seguro de ver a Otama. Vio a una chica acompañada de un hombre que llevaba puesto un sombrero de panamá, aún raro en esa época, y vestía un *yukata*. Ambos se sentaron en las galerías del segundo piso. La joven se apoyó en el pasamanos mientras se acomodaba y bajó la mirada donde se encontraba el público. Se fijó más en ella y descubrió que tenía la cara más redonda y era más pequeña que su Otama. Además, el hombre del sombrero de panamá estaba acompañado por otras tres mujeres sentadas detrás de ellos cuyos peinados delataban que eran jóvenes y no estaban casadas. Seguramente eran *geishas* o aprendices. El estudiante que se había sentado a su lado murmuró:

—¡Es el maestro Fukuchi!

Tras la función, a punto de regresar a casa, vio que una mujer llevaba una lámpara china grande y con el mango largo en el que estaba escrito en diagonal y con letras rojas «*Fukinuki-tei*», el nombre del teatro, que guiaba a las *geishas* y a las aprendices que seguían al hombre del sombrero de panamá. El padre volvió a su casa, a veces siguiéndolos, a veces adelantándolos.

IX

Otama nunca se había separado de su padre, y quería saber cómo estaba e ir a verlo. Sin embargo, su amo la visitaba casi todos los días, y le preocupaba dañar su relación si él iba a verla cuando no estaba en casa, por lo que se quedó todos los días en su casa sin poder ver a su padre.

El amo nunca se quedaba hasta la mañana. A menudo se quedaba al menos hasta las once. Con la excusa de que tenía un compromiso, se sentaba en ocasiones delante del brasero de carbón y fumaba un cigarrillo. No había un solo día que estuviera segura de que no fuera a ir a verla, por lo que no podía marcharse de casa. Podría haber ido durante el mediodía, pero su criada era demasiado joven y no podía dejarla sola en casa. Además, tenía la sensación de que si salía durante el día los vecinos la verían, y quería evitarlo a toda costa. Era tan tímida que, al principio, cuando quería ir a los baños públicos, le pedía a su criada que comprobara que no estuviese muy lleno.

Y, al tercer día de mudarse, le ocurrió algo que sobresaltó a Otama, que de por sí ya era asustadiza. El día que se mudó, tanto el verdulero como el pescadero le dieron una cartilla a cambio de aceptar sus servicios, pero cuando no le trajeron el pescado ese mismo día envió a Ume para que comprara algo para la comida. Otama no tenía intención de comprar pescado todos los días. Su padre no bebía alcohol pero comía cualquier cosa que no fuera

perjudicial para la salud, así que no tenía ninguna manía. Sin embargo, un día escuchó a alguien comentar que debido a su pobreza no habían comprado pescado en varios días. Para evitar que Ume pensara que no tenía dinero suficiente, y como su amo no era un hombre tacaño sino generoso, le pidió a la niña que trajera pescado.

No obstante, ese día Ume regresó con lágrimas en los ojos. Cuando preguntó qué había ocurrido, respondió:

—Entré en la pescadería, pero no al de nuestra cartilla. El dueño de la tienda no estaba, pero sí su mujer. Pensé que tal vez el dueño acababa de volver del río y que, tras dejar unos pescados en la tienda, estaría repartiéndolos por las casas. Había muchísimo pescado fresco. Vi un montón de caballas que tenían muy buen color y pregunté por el precio. Y la señora me dijo: «A ti no te he visto nunca, ¿en qué casa trabajas?», y le dije que en esta. La señora puso muy mala cara. «Vaya, vaya. Pues lo siento mucho, pero tendrás que irte de aquí. Dile esto a tu señora: en esta tienda no vendemos pescado a la amante del prestamista», y se giró y me ignoró.

Ume se había sentido tan mal que no tuvo fuerzas para ir a otra pescadería y había vuelto corriendo. Aun así, y con estragos, explicó toda la historia a su ama.

Otama palideció cuando escuchó el relato. Se quedó callada. El pecho de la ingenua joven se había alborotado, se había formado un entresijo de *chaos* en su corazón que no era capaz de deshilar, y esas emociones habían arremetido contra su cuerpo, arrebatándola de la pureza de su corazón con una presión inigualable, y toda la sangre se quedó en el pecho mientras que su rostro perdía color y la espalda quedaba cubierta de sudor frío. Y un pensamiento insignificante pasó de inmediato por su cabeza aun en esos momentos tan tensos, de si Ume seguiría trabajando para ella.

Ume observó el rostro blanco de Otama, y lo único que supo era que su ama estaba sufriendo, aunque no entendía el motivo. Había

regresado apurada y, pese a que aún no había comida en la mesa, tenía las monedas que le había dado en el *obi*.

—No puedo creer que existan mujeres tan crueles. ¿Quién iría a comprar pescado allí? Más allá hay un pequeño santuario del dios Inari, y hay otra pescadería. Iré ahí a comprar —dijo Ume amablemente, incorporándose.

Otama sintió que la niña se había convertido en su amiga y asintió, sonriendo un poco automáticamente. Ume salió de la casa corriendo.

Otama se quedó quieta, casi paralizada. La presión de su pecho se aplacó y notó lágrimas en los ojos, así que cogió un pañuelo de la manga del kimono. Su pecho dolía por esas emociones negativas, fruto de tanto tormento. No despreciaba a la pescadera, ni el que se encontrara en una situación en la que se le negara la compra de pescado. Tampoco estaba triste ni odiaba el que ahora le perteneciera a Suezō, de quien acababa de descubrir que era prestamista. Otama era consciente de que ser prestamista era un mal trabajo, aterrador incluso, y despreciado por muchos. Su padre solamente había pedido dinero prestado a la casa de empeños, e incluso cuando el cruel dependiente no le había querido entregar la suma deseada, su padre únicamente se había resignado, sin insistir. Para ella, el miedo a los prestamistas era tan real como el miedo a los fantasmas o a los policías, pero su antipatía hacia ellos no era tan intensa. ¿Qué era, entonces, lo que le hacía sufrir tanto?

Para Otama, esa sensación de dolor no tenía relación con odiar a las personas que dañaban a los demás. De detestar algo, sería el destino de su propia vida. Ella no había hecho nada malo y aun así pagaba, acosada por los demás. Eso era lo que más le dolía, era la causa de su desespero. Cuando la habían engañado y dejado de lado, era cuando había dicho por primera vez las palabras «¡Qué injusticia!». Y después, cuando había tenido que convertirse en una mantenida, volvió a sentir ese desespero. Ahora ya no era únicamente el ser una concubina lo que la atormentaba, sino el serlo de un prestamista despreciado por la sociedad. Sentía que la

resignación que le pesaba desde hacía tiempo por el paso de los años se evaporaba, se diluía, y que podía ver por fin los colores vivos y la silueta clara del pesar. Ese era el fundamento de los sentimientos de Otama, si así se me permite describirlo.

Finalmente, se puso en pie y abrió el armario, sacó de un bolso de piel falso un delantal de caniquí blanco que había tejido ella misma y lo ató a su cintura, suspiró profundamente y se dirigió a la cocina. Tenía uno igual, de seda, que nunca usaba para trabajar y solo lo vestía en ocasiones especiales. Era tan limpia que incluso se colocaba una toallita en el pelo para evitar manchar el cuello de los *yukata*.

Por entonces, Otama ya se había tranquilizado. Estaba más que acostumbrada a la resignación y, mientras su estado de ánimo siguiera en esa dirección, seguiría funcionando, cual motor bien lubricado con aceite.

X

Ocurrió una tarde. Suezō estaba sentado de cara al brasero.

Desde la primera tarde en que su amo había venido, Otama lo buscaba por la ventana con la mirada y colocaba un cojín delante del brasero, sobre el que Suezō se sentaba con las piernas cruzadas fumando un cigarrillo mientras hablaba.

Otama, como si estuviera aburrida o no supiera cuál era su lugar, pasaba la mano por el eje del brasero, jugueteaba con las pinzas y tímidamente respondía con monosílabos. De haberle pedido que se apartara del brasero para sentarse con él, se hubiera sentido incómoda. En parte, percibía ese brasero como un escudo que usaba para defenderse contra el enemigo. Mientras hablaban, Otama se entusiasmaba y hablaba mucho, casi siempre acerca de la vida con su padre, sus pequeños logros y fracasos. Suezō no escuchaba sus historias, sino su voz, que le recordaba el precioso canto de los grillos que se criaban en cautiverio, e inconscientemente sonreía. Después, Otama se daba cuenta de lo mucho que estaba hablando, se sonrojaba, callaba y volvía a los monosílabos.

Incluso para Suezō, que estaba acostumbrado a inspeccionar concienzudamente el comportamiento de los demás, esa actitud le parecía inocente como la claridad del agua limpia de los jarros de flores que, como ellas, no tenía nada que ocultar. Cuando estaba así con ella, cara a cara, Suezō sentía una relajación semejante a la de un baño de agua caliente tras un largo día de trabajo. Esta clase de

experiencia le era completamente nueva y desde que había empezado a frecuentar esa casa, se sentía como una bestia recién domesticada, como si estuviera asimilando una *culture* nueva.

Tres o cuatro días después de la mudanza, Suezō, que como siempre se había sentado con las piernas cruzadas delante del brasero, se dio cuenta de que Otama estaba de pie, inquieta y trabajando. Al principio siempre le rehuía la mirada y a duras penas le respondía a sus preguntas, pero esa noche en especial se comportaba de manera extraña.

—Te preocupa algo, ¿me equivoco? —preguntó Suezō mientras cogía un cigarrillo.

Había estado ordenando el cajón del brasero, que estaba medio sacado, y pretendía estar buscando algo. No apartó la mirada del cajón.

—En absoluto —respondió mirando a Suezō con los ojos muy abiertos. Eran los ojos de alguien que no sabe guardar un secreto.

Inconscientemente, Suezō frunció el ceño, pero intentó animar su rostro.

—No, nada de «en absoluto». Estás preocupada. Tienes cara de estar pensando: «¿Qué debo hacer? ¿Qué debo hacer?».

El rostro de Otama enrojeció de golpe y no dijo nada. Estaba buscando las palabras más adecuadas. Suezō sintió que podía ver cómo funcionaba su cabeza.

—Verá… Hace bastante que quiero visitar a mi padre, pero ha pasado mucho tiempo y aún no he ido.

Pese a que podía percibir el funcionamiento en su cabeza, no supo realmente qué estaba pensando ella. Otama, como hacen muchos insectos para protegerse de aquellos que son más grandes, tuvo que emplear *mimicry*: mintió.

Suezō rió, pese a que la regañó:

—¡No me lo puedo creer! Ike-no-Hata está a la vuelta de la esquina, ¿y aún no has ido? ¡Piensa en la mansión de Iwasaki! Es como si vivierais en la misma casa. En cuanto quieras ir, vamos. Pero bueno, vayamos juntos mañana por la mañana.

Otama jugaba con las cenizas del brasero y miró a Suezō con una expresión culpable.

—Pero estoy tan ocupada, tengo tantas cosas en mente…

—No es ningún problema, para este tipo de cosas no tienes ni que pensar. Aún eres una niña… —dijo con amabilidad.

Terminó la conversación. Al final, Suezō incluso dijo que si estaba preocupada, él mismo la iría a buscar por la mañana y que la acompañaría hasta la casa de su padre, que estaba a cuatro o cinco manzanas.

Otama pensó mucho en ello. Desde que conocía a su amo, este solo había sido amable, de confianza y considerado, y no podía evitar preguntarse por qué tenía un trabajo tan despreciable. No lo entendía. Incluso se le pasó por la cabeza la imposible idea de hablar con él y pedirle que dejara ese trabajo tan horrible. Sin embargo, no pensaba que fuera mala persona.

Suezō, que había averiguado que Otama escondía algo en el fondo de su corazón y había insistido para que se lo dijera, pensó que su confesión era tan solo una petición infantil. Cuando salió de la casa a las once y caminaba tranquilamente por Muenzaka, se preguntó si no escondería algo más. Suezō, que estaba acostumbrado a juzgar a los demás, se sentía inquieto. Algo había enfriado la actitud de Otama y no pudo evitar preguntarse si alguien había sido indiscreto, y contrastó sus sospechas. Por desgracia, no sabía ni quién había hablado con ella, ni qué le habían dicho.

XI

Al día siguiente, cuando Otama fue a visitar a su padre a Ike-no-Hata, este ya había terminado de desayunar. Otama, que no se había acicalado, se preguntaba si no lo estaría visitando demasiado temprano, pero su padre madrugaba por costumbre y había barrido la entrada, regado las plantas, se había aseado y estaba sentado en los nuevos tatamis desayunando solo.

Un par de casas más allá habían construido un local de entretenimiento y algunas noches había bullicio, pero los vecinos directos de su padre cerraban las puertas y eran silenciosos, especialmente por la mañana. A través de la ventana, entre las ramas de los pinos y las ramas danzantes del sauce, podía llegar a ver los lotos flotando en el lago. Y de entre toda esa naturaleza, vislumbraba amagos de rojo de las flores que esa misma mañana habían florecido. Como su casa estaba orientada al norte, le preocupaba el frío, pero en verano era el mejor sitio que uno pudiera desear.

Desde que Otama había tenido uso de razón, siempre había deseado poder hacer feliz a su padre, siempre había pensado en cosas que darle y ofrecerle, pero ese día vio que le había dado una buena casa y supo que su deseo se había materializado, y no pudo evitar sentirse feliz. Sin embargo, su felicidad estaba mancillada por algo, pero de no ser así su alegría hubiera sido absoluta. Por muy

feliz que fuera en esos momentos, el fundamento del mundo se basaba en las insatisfacciones, pensó irritada.

El padre dejó los palillos y le estaba dando un sorbo al té cuando alguien abrió la puerta. Estaba confuso porque hasta entonces nadie lo había visitado, dejó la taza y buscó la entrada con la mirada. Vio una figura acercarse al otro lado del doble biombo de bambú.

—¡Padre! —Era la voz de Otama.

Sintió la tentación de ponerse en pie de inmediato, pero se mantuvo sentado. Se preguntó qué responderle y pensó en decirle:

—¡Vaya, así que recuerdas a tu pobre padre!

Pero en cuanto su hija entró de repente y se sentó con una sonrisa radiante de felicidad su lado, descubrió que no pudo decir nada. Estaba defraudado consigo mismo, y miró la cara de su hija sin decir nada.

—Vaya, qué preciosa es —pensó orgulloso, como siempre lo había hecho.

Incluso en la pobreza nunca le había permitido trabajar duro porque quería que se mantuviera hermosa. Habían pasado diez días desde que la había visto y era como ver a una persona distinta. Su hija siempre había sido pulcra, pero en comparación a esa mujer que se había arreglado y cuidado, la niña que recordaba resultó ser un diamante en bruto. Igual que cuando los padres contemplan a sus hijos, o los ancianos a los jóvenes, no pudo negar su hermosura. Y, como padre o como anciano, no podía evitar que esa belleza le enterneciera el corazón.

El padre había intentado permanecer en silencio y con una expresión severa, pero no pudo evitar apiadarse.

Otama, que nunca se había separado ni un solo día de su padre y cuyo entorno aún era nuevo para ella, embriagada con la necesidad de verlo y su ausencia durante diez días, a pesar de querer hablar con él, no pudo decir palabra y solo miraba a su padre con alegría en los ojos.

—¿Puedo llevarme la bandeja? —preguntó la criada con rapidez y voz aguda, que se había asomado sin avisar.

Otama, que no estaba acostumbrada a ese dialecto, no entendió lo que decía. La criada, cuyo pelo estaba recogido en un moño en la nuca, con la cabeza pequeña pero cara obesa, tenía las facciones desproporcionadas. Miró a Otama sin discreción alguna y sin esconder su sorpresa.

—Llévate la bandeja y trae té, el verde que está en esa estantería —dijo su padre, alargándole la bandeja. La criada lo cogió y entró en la habitación sin permiso.

—No hace falta que uses el té bueno por mí…

—¡No digas sandeces! También tengo dulces —dijo, alzándose y buscando en el armario. Sacó una lata de aluminio y llenó el bol que había en la mesa de *senbei*[17] de huevo.

—Puedes comprar esto por el vecindario. Es una buena zona, y en una de las calles secundarias venden conservas en soja de Joen.

—¡Vaya! ¿Recuerdas aquella vez que me llevaste al teatro? Joen hablaba de cuando lo invitaron a comer y dijo que esa comida estaba tan buena como la que vende en su tienda. ¡Cuánto nos reímos! Qué hombre más gordo, tenía que colocarse la ropa siempre que iba a sentarse. ¡No podía parar de reír! Cómo me gustaría que estuvieses igual de gordo.

—¡Nunca engordaría tanto como Joen! —dijo el padre mientras le acercaba el bol a su hija.

Llegó el té y comenzaron a hablar de todo lo que se les pasaba por la cabeza como si nunca se hubieran separado. Algo nerviosamente, el padre preguntó:

—¿Cómo os lleváis? ¿Va tu amo a visitarte a menudo?

—Sí —respondió Otama, inquieta.

No iba a visitarla «a menudo», sino más bien todas las tardes. De haber sido su esposa, si su padre le hubiera preguntado cómo estaban, hubiera respondido con una sonrisa que perfectamente, que no se preocupara. Pero en esa situación era difícil responder.

—Nos llevamos bien. No hace falta que te preocupes —le dijo tras pensarse la respuesta.

—Entonces, me parece bien —dijo el padre, aunque supo que le ocultaba algo.

Tanto la pregunta como la respuesta eran tremendamente forzadas. Hasta ahora siempre habían sido honestos mutuamente y nunca habían tenido secretos. Aunque no les gustara, notaban que el otro escondía algo, como si estuvieran saludando a un desconocido. Cuando fueron engañados por su supuesto yerno y fueron humillados delante de todos, sabían que la culpa había sido de él y podían hablar libremente el uno con el otro. Ahora la situación era distinta, puesto que su relación había sido alterada bruscamente por una decisión instantánea y, pese a que ahora no sufrían de pobreza, había una sombra que les oscurecía las conversaciones y un sabor amargo.

Tras un rato, el padre decidió que quería una respuesta más concreta.

—¿Qué clase de persona es? —preguntó, intentando darle un nuevo enfoque a la pregunta.

—Verás… —dijo Otama ladeando la cabeza, como si estuviera hablando consigo misma—. No es una mala persona. Ha pasado poco tiempo, pero nunca dice nada brusco.

—Oh —dijo el padre, confundido—. Claro que no es una mala persona.

Otama miró a su padre, con el corazón palpitando con fuerza. Lo había visitado con la intención de contarle lo que sabía, y ahora era el momento oportuno. Pero se sentía demasiado aliviada por saber que su padre estaba tranquilo y a salvo, no podía preocuparlo de esa manera. Así fue como decidió no decir nada, pese a que eso levantaría un muro aún más sólido entre los dos, sería un secreto —una sombra— bien guardado detrás de otro secreto, que se llevaría consigo a casa.

—Dicen que es un hombre que se gana la vida haciendo muchas cosas, así que no sé qué clase de persona es y me preocupa un poco. Sí, supongo que es algo así. Es un caballero, claro. Pero no sé si solo lo aparenta, aunque si así es como la gente lo percibe con

sus acciones y sus palabras, no tiene por qué ser malo, ¿verdad? —dijo, mirando a su padre.

Por muy honesta que sea una mujer, es capaz de esconder su verdadero corazón y hablar de otros temas mejor que un hombre. Y son las que hablan mucho en esos casos quienes son más honestas.

—Ya veo, es posible. Pero hablas como si no confiaras en él.

Otama rió.

—Soy más lista que antes. No voy a permitir que me tomen por tonta. ¿No es mejor así?

El padre vio que su hija, normalmente muy tranquila, parecía hablar como si una espada apuntase hacia ella, y se sintió inquieto.

—Claro. Una y otra vez nos han engañado, pero así es el mundo. Aunque considero que es mejor que te engañen a ser tú quien engañe a los demás. Sea cual sea tu profesión, no debes ser injusto con los demás y debes agradecer a quienes te han ayudado.

—No te preocupes. Siempre me has enseñado que debo ser honesta, y lo soy. Pero, aun así, sufro todas las noches pensando que van a engañarme. Yo no voy a mentir ni a engañar, pero tampoco permitiré que nadie me humille.

—¿Significa esto que desconfías de tu amo?

—Así es. Él piensa que no soy más que un infante. Es la clase de hombre que piensa que puede salirse siempre con la suya, y no es mentira, pero no soy un bebé como él piensa.

—¿Qué quieres decir? ¿Estás diciendo que has descubierto que te ha mentido hasta ahora?

—Sí. Lo mencionó la casamentera, ¿recuerdas? Dijo que su esposa murió y dejó atrás a sus hijos y, según su historia, quería una esposa aunque no fuera oficialmente. Tiene una reputación que mantener, ya que venimos de un distrito pobre. Pero tiene una esposa, él mismo me lo dijo con una tranquilidad pasmosa, aunque yo me quedé de piedra.

El padre la escuchaba con los ojos como platos.

—Ya veo, nos engañó a través de la casamentera.

—Por eso mismo está escondiéndome de su mujer. Y si es capaz de mentirle a ella, ¿cómo puedo creerme lo que me diga? ¡No me dejaré engañar!

El padre estaba tan asombrado de ver el cambio en su hija, que se había convertido en una mujer madura, que olvidó quitar las cenizas de su pipa. De repente, Otama pareció recordar algo.

—Debo irme. Como ya he venido una vez sabré volver, así que intentaré visitarte todos los días. Hasta que el amo no me dio permiso no me atrevía a venir. Anoche se lo pedí y por eso he venido esta mañana. La criada que tengo en casa aún es una niña, así que tengo que ayudarla a preparar la comida.

—Si tienes el permiso de tu amo, quédate a comer aquí.

—No puedo, no estaría tranquila. Debo irme. Adiós, padre.

En el momento en que Otama se puso en pie, la criada fue hasta la entrada a colocarle bien las sandalias. Aunque una mujer no sea especialmente observadora, suele mirar bien a las otras mujeres con las que se cruza. Un filósofo dijo que las mujeres tienden a considerar que las demás, aunque sean desconocidas, son rivales. Y esa mujer de campo que ponía el pulgar en las sopas no pudo evitar espiar la conversación de Otama, que era tan bonita.

—En ese caso, vuelve pronto. Recuerdos a tu amo —dijo el padre, aún sentado.

Otama sacó de su *obi* negro un monedero y le dio dinero envuelto en papel a la criada, se puso las sandalias y salió por la puerta.

Cuando entró por la puerta su intención había sido la de confiar en su padre, compartir sus preocupaciones y dejar que se preocupara por ella, pero misteriosamente salió con buenos ánimos. Ahora su padre estaba tranquilo y no tenía que preocuparse excesivamente por nada, le había mostrado que ella era fuerte y confiaba en sí misma. Algo en su pecho se había despertado de un sueño profundo, y esa chica que siempre se había apoyado en los demás se acababa de independizar. Mientras caminaba por el banco del río, no pudo evitar sonreír orgullosa.

El sol brillaba fuertemente en la colina de Ueno y el pequeño santuario en la isla en el lago brillaba carmín, pero Otama caminó sin abrir el parasol que había llevado consigo.

XII

Una noche, cuando Suezō regresó por Muenzaka, vio que su esposa estaba despierta tras adormecer a los niños. Normalmente, cuando se dormían ella también sucumbía al sueño, pero esa noche estaba sentada, con la cabeza gacha y solemne. Pese a que se dio cuenta cuando Suezō entró por la cortina mosquitera, no se giró para mirarlo.

Su lecho era el que estaba más al fondo, un poco apartado del de su mujer e hijos. Al lado de su almohada había un cojín para sentarse, un cenicero y una taza de té. Suezō se sentó encima de la almohada y, mientras fumaba, dijo con voz amable:

—¿Qué ocurre? ¿Por qué no duermes?

Su esposa no dijo nada.

Él no insistió. Había intentado hacer las paces con ella, pero si no reaccionaba no estaba dispuesto a preocuparse. Siguió fumando con parsimonia.

—¿Dónde estaba? —Su mujer, de repente, alzó la mirada. Desde que habían contratado una criada, había empezado a cuidar su lenguaje pero cuando estaban solos seguía usando vulgarismos. Al menos lo trataba de usted.

Suezō la miró fríamente, pero no dijo nada. Intuía que sabía algo pero no el qué, así que no podía responder. Él no era de los que desembuchaba fácilmente lo que otros querían saber.

—Da igual, ¡lo sé todo! —dijo con voz aguda y llorosa al final.

—Qué cosas más raras dices. ¿Qué dices que sabes? —respondió con sorpresa, pero con innegable amabilidad.

—¿Acaso no tiene vergüenza? ¡No se haga el tonto! —más que dejarse tranquilizar por el tono de su marido, pareció enfurecerse más y su voz se agudizó aún más. Se secó las lágrimas con las mangas de su camisón.

—No sé qué decirte, ¿a qué te refieres? ¡No sé de qué me hablas!

—Oh, ya veo. Sólo le he preguntado dónde ha estado. ¡Y sé que ha hecho algo horrible! Dice que se va a trabajar, ¡pero tiene una amante!

Su cara, de nariz chata, estaba roja como si estuviera hirviendo y su peinado se había deshecho, por lo que tenía mechones pegados a la cara. Con los ojos pequeños y llenos de lágrimas, miraba de hito en hito a Suezō. Se arrodilló y se arrastró hacia él, y cogió con fuerza la mano de su marido que sujetaba el cigarrillo.

—Suéltame —dijo Suezō, apartando su mano y apagando las cenizas que habían caído encima del tatami.

Su esposa lloraba desconsoladamente y volvió a coger la mano de Suezō.

—¡Es despreciable! Qué más da cuánto gane porque sólo lo usa para usted, no me da ropa nueva y bonita y me deja sola a cargo de los pequeños, ¡y encima tiene la desfachatez de mantener a una amante!

—Te he dicho que me sueltes —dijo Suezō, soltándose por segunda vez—. Despertarás a los críos, y seguro que la criada también nos escucha desde su habitación —dijo con voz peligrosa.

El hijo pequeño se dio la vuelta, aún dormido, y murmulló algo en sueños. Su mujer bajó la voz.

—¿Qué debo hacer? —preguntó, apoyando su cara en el pecho de Suezō y llorando silenciosamente.

—No tienes que hacer nada. Eres buena persona, por eso te han tomado el pelo. ¿Quién te ha dicho nada de una amante o una mujer secreta? —dijo Suezō mientras miraba el peinado deshecho de

su mujer, preguntándose distraídamente por qué, si era tan fea, se molestaba en hacerse algo que le quedaba mal. Mientras sus sollozos se calmaban, notó contra él sus pechos cálidos, que eran grandes y habían amamantado a sus hijos—. ¿Quién te ha dicho tal cosa?

—¿Qué más da eso? Es la verdad. —La presión de sus pechos se incrementó.

—No es verdad, así que sí que importa. Dime, ¿quién lo ha dicho?

—No importa. Ha sido la señora de Uokin.

—¿Qué dices? ¡Habla más claro! ¡No murmulles y habla!

Su esposa apartó la cara del pecho de Suezō y rió con amargura:

—Se lo he dicho. Ha sido la señora de Uokin.

—Ah, esa. ¡Lo que pensaba! —Suezō miró a su esposa, que a duras penas se había recompuesto, con amabilidad mientras encendía otro cigarrillo—. Y dicen que los periódicos son los nuevos jueces de esta nuestra sociedad moderna, pero hasta ahora nunca lo había comprobado por mí mismo. Al parecer, esas habladurías han hecho eso mismo. ¡Pero si siempre se mete en los asuntos de los demás! No puedes creerte lo que te diga esa mujer. Te voy a contar la verdad.

Su mujer se sentía desorientada, como si una niebla enturbiara su juicio, pero incluso en esos momentos se preguntó si no le estaría mintiendo. Aun así, observó atentamente a Suezō. Como cuando le había hablado de los juicios de la sociedad actual, Suezō usaba palabras difíciles cuando leía el periódico, y ella se sentía confusa, así que terminaba dándole la razón.

Suezō iba dando caladas al cigarrillo y aspirando el humo, estudiando el rostro de su mujer mientras hablaba.

—Además, tú ya lo sabes. Cuando los estudiantes frecuentaban más por aquí, había un chico llamado Yoshida que venía mucho. Llevaba gafas teñidas de oro y ropas desaliñadas. Ahora trabaja en un hospital de Chiba, pero me debe más dinero del que podrá pagar en dos o tres años. Cuando vivía en la residencia comenzó a salir

con una mujer que mantenía en una pequeña habitación en Nanamagari. Al principio, le enviaba dinero todos los meses, pero desde este año no le ha enviado nada, ni siquiera una carta. Por eso esa mujer me pidió que me pusiera en contacto con él. El motivo por el que la conozco es porque Yoshida no quería que lo vieran venir siempre a casa, por lo que me pidió hablar de los préstamos en Nanamagari. Por eso nos conocemos. Fue bastante molesto, pero le hice el favor. Además, me debe dinero; y ella insistió mucho. Y cuando pensaba que eso era todo, seguía queriendo más. Me dijo que quería mudarse a un sitio bonito pero más barato y me pidió que le echara una mano. La ayudé a mudarse a la casa de los padres de un vendedor de empeños, en Kiridōshi. Por eso a veces voy a su casa a fumar dos o tres cigarrillos, y eso habrá dado que hablar al vecindario. Ahí vive la profesora de costura y las chicas se reúnen a menudo, por lo que cotillean. ¿Qué clase de imbécil escondería a una amante en ese lugar? —preguntó, riendo con arrogancia.

Los ojos de su mujer se iluminaron y lo escuchó atentamente, y con una voz dulce dijo:

—Seguro que es verdad lo que dice, pero si visita el hogar de esa mujer a menudo quién sabe lo que ocurriría. Por el dinero, ¿qué clase de cosas podría llegar a hacer? —Se le olvidó añadir un «querido» al final de la frase.

—No digas tonterías. Te tengo a ti, ¿y acaso soy la clase de hombre que busca a otras mujeres? ¿He hecho algo sospechoso alguna otra vez con otra mujer? Ya tenemos una edad como para pelearnos por cosas así. No digas tonterías.

Inventarse una explicación había sido más fácil de lo que se había imaginado, por lo que estaba cantando de alegría en su interior.

—A las mujeres les gustan mucho los hombres como usted, por eso me preocupo.

—Tonterías. Eso les pasa solo a los ególatras.

—¿A qué se refiere?

—A que solo tú puedes llegar a querer a alguien como yo. Vaya. Son pasadas la una de la mañana. Vamos, vamos a dormir.

XIII

La explicación de Suezō, que había sido una mezcla entre la verdad y la mentira, calmó por un tiempo los celos y los nervios de su esposa, pese a que no fuera más que un *palliatif*. Pero para aquellos que vivían en Muenzaka, seguía siendo motivo de escándalo y cotilleos.

—Hoy han visto al amo entrar en una casa —le decía la criada a la esposa.

Pero Suezō nunca se quedaba sin excusas. Cuando le preguntaba por qué salía a trabajar tan tarde, respondía:

—¿Quién querría hablar de dinero a primera hora de la mañana?

Cuando le preguntaba por qué había cambiado sus hábitos de trabajo, decía:

—Porque ahora mi negocio es más grande que antes.

Antes de que Suezō se mudara a Ike-no-Hata, se encargaba personalmente de todas las transacciones. Ahora, además de tener una oficina cerca de su casa, tenía una sucursal para que los estudiantes que quisieran préstamos no tuvieran que ir expresamente a su casa. Si querían ir a Nezu para verse con prostitutas podían ir a la oficina, pero si querían irse con las de Yoshiwara podían acercarse a la sucursal. Así, los estudiantes podían irse a Nishi-no-Miya, un restaurante-burdel en Yoshiwara, y ponerse en contacto con la sucursal para pasarlo bien aunque no tuvieran

dinero. Era, por así decirlo, un contrabando de la desfachatez del hombre.

Suezō no volvió a tener más discusiones con su mujer durante un mes. Es decir, el plan de Suezō tuvo éxito durante ese tiempo. No obstante, esa estratagema falló por algo que Suezō no pudo predecir.

Por suerte, estaba en casa. Otsune, su esposa, fue con la criada a comprar mientras la mañana refrescaba. Al volver, cuando pasaban por Naka-chō, la criada tiró de la manga de Otsune.

—¿Qué ocurre? —le regañó, mirando a la criada.

Ella no dijo nada y simplemente apuntó con el dedo a una mujer que estaba de pie al lado izquierdo de una tienda. Otsune la miró, sospechosa, y se detuvo. En ese momento, la mujer se dio la vuelta. Sus miradas se cruzaron.

Al principio, Otsune pensó que era una *geisha*. Era joven, y juzgó de inmediato que ninguna otra *geisha* podía ser más hermosa. Pero se dio cuenta de que le faltaba algo para ser una *geisha*, algo que no podía describirse con palabras. Por decirlo de un modo algo dramatizado, las *geishas* visten el kimono con mucha elegancia y saben llevarlo con orgullo. Por culpa de ese orgullo, pierden la capacidad de llevarlo con humildad. Lo que hizo que Otsune supiera que no era una *geisha* era esa falta de orgullo.

La mujer que estaba delante de la tienda se dio cuenta de que alguien se había detenido a mirarla, así que se dio la vuelta, pero cuando vio que no era una persona de la que tenía que preocuparse volvió a girarse. Llevaba un parasol, apoyado en las rodillas dobladas, y buscaba en un pequeño monedero que había sacado de su *obi* unas moneditas de plata.

La tienda en cuestión estaba al sur de Naka-chō y se llamaba Tashigaraya. Era un nombre muy peculiar, por lo que varios se habían reído ya, aludiendo al acto obsceno que se obtenía al leer el nombre de la tienda al revés. Vendía sobres rojos con letras doradas que contenían polvos para limpiarse los dientes. La pasta de dientes aún no se había importado y ese era el mejor producto del mercado,

que olía a peonías. La mujer frente a la tienda no era una desconocida, sino Otama, que había ido a comprar los polvos después de visitar a su padre por la mañana temprano.

Cuando Otsune dio cuatro o cinco pasos más, la criada susurró:

—Mi señora, es ella. La mujer de Muenzaka.

Otsune asintió, callada, y la criada pensó que era extraño que no tuviera una reacción más fuerte. A la vez que llegaba a la conclusión de que esa mujer no era una *geisha*, comprendió instintivamente que era la famosa mujer de Muenzaka. Lo supo en parte porque la criada nunca le hubiera detenido ni cogido de la manga solo para enseñarle una mujer hermosa. Pero hubo algo que le llamó mucho la atención: el parasol que Otama tenía en las rodillas.

Los hechos ocurrieron hacía poco más de un mes. Su marido volvió de Yokohama y le regaló un parasol. El mango era demasiado largo y la tela, en comparación, muy pequeña. A una extranjera alta llevar tal parasol le quedaría bien, como cargar con un juguete, pero Otsune, que era de estatura pequeña y robusta, parecía más bien una parodia, un paquete empañado al extremo de una vara. Por eso nunca lo había usado. La tela del parasol era blanca, estampada a cuadros de color índigo. Otsune supo de inmediato que el parasol de la mujer delante de Tashigaraya era idéntico.

Cuando giraron la esquina de la licorería en dirección al lago, la criada dijo a modo de consuelo:

—Mi señora, no es una mujer tan bonita. Su cara es plana y es demasiado alta.

—No hables así de los demás —replicó seriamente, caminando rápido y sin decir más. La criada la siguió, algo dolida por ese trato.

Otsune sentía que su pecho iba a estallar y no podía pensar en nada.

¿Qué iba a hacer con su marido? ¿Qué iba a decirle? No se le ocurría nada. Aun así, sentía que quería pegarle, incriminarle. Entonces, recordó algo. ¡Qué feliz se había sentido cuando su marido le regaló ese parasol! Era la primera vez que le compraba algo sin que tuviera que pedírselo expresamente. Claro que se había

preguntado por qué se habría molestado, pero había imaginado que su marido se había vuelto más amable. Se le ocurrió que compró el suyo cuando fue a comprar el de esa mujer. Supo que fue así. Y a pesar de todo se había sentido agradecida, guardando ese parasol y dándole las gracias.

Y no solo se trataba del parasol. Seguramente también le había dado a esa mujer el kimono y los complementos para el pelo. El parasol que tenía ella era de satén, distinto al de esa mujer, que era importado, y todo lo que llevaba puesto también era diferente. Y no solo se trataba de ella. Siempre había querido darles kimonos a sus hijos, pero Suezō nunca se los había comprado. Siempre había dicho que el niño podía llevar uno con las mangas ajustadas. Y decía que era un desperdicio darle uno a la niña mientras fuera tan pequeña. ¿Acaso había esposas e hijos de señores que ganaban decenas de miles de yenes que iban tan mal vestidos como su familia? Y si su marido los había ignorado había sido por culpa de esa mujer. La excusa de la chica de Yoshida que estaba en Nanamagari tenía que ser una mentira y ya entonces la había estado engañando. Sabía a ciencia cierta que esa era la verdad. Tenía más dinero del que se pensaba y, mientras él excusaba su ropa de buena calidad con darse prestigio, en realidad ocultaba el tener a otra mujer. Ella nunca lo acompañaba a ninguna parte, así que seguramente era la amante quien iba con él.

¡Qué tortura! De repente, mientras pensaba, su criada la llamó de golpe.

—¡Mi señora! ¿Adónde va?

Otsune se detuvo en seco. Había estado a punto de pasar de largo su propia casa.

La criada se rió sin molestarse en disimularlo.

XIV

Esa mañana, cuando Otsune salió a comprar tras recoger los restos del desayuno, Suezō había estado fumando mientras leía el periódico, pero cuando Otsune volvió, él había salido. Otsune no sabía qué le hubiera dicho de haber estado en casa, pero seguramente lo que se le pasase por la cabeza. Se sintió defraudada.

Tenía que preparar la comida. Tenía que coser los kimonos de sus hijos. Automáticamente, comenzó a trabajar y las ganas de atacar a su marido se desvanecieron. Hasta ahora siempre había sido muy brusca, imaginando más de una vez cómo le golpearía la cabeza contra un muro de piedra. Sin embargo, cuando sentía impulsos de recurrir a ese muro, le podía su propia buena voluntad. Además, su marido, con su lengua astuta, era capaz de convencerla con un razonamiento lógico, pero algún día no se dejaría convencer, pese a que su ira se calmaría inevitablemente. Tenía la sensación de que ese día no sería bueno para comenzar esa discusión. Comió con sus hijos. Apaciguó las peleas de los niños. Cosió los kimonos. Preparó la cena. Bañó a los niños, y se bañó ella después. Prendió humo para que los mosquitos no entraran en su casa mientras cenaba. Esperó a que sus hijos volvieran a casa después de salir a jugar tras la cena. Cuando la criada preparó las camas y colocó la mosquitera, Otsune obligó a los niños a que se lavaran las manos y a dormir. Colocó el incienso antimosquitos donde solía cenar Suezō y

puso la tetera en el brasero en la otra habitación. Siempre hacía lo mismo cuando su marido no volvía a casa por las noches.

Hizo todo eso sin pensar. Al fin, pudo sentarse dentro de la mosquitera con un abanico. Le vino a la mente su marido, que a estas horas estaría en casa de esa mujer a la que había visto por la mañana. Se sintió intranquila, inquieta. Mientras pensaba en qué hacer, sintió ganas de ir hasta la casa en cuestión cruzando Muenzaka. Un día, de camino a Fujimura, cuando fue a comprar los dulces de judía roja que tanto gustaban a sus hijos, pasó por delante de la casa de la profesora de costura y se fijó en la casa vecina y supo que esa mujer vivía en la casa de la puerta de celosía.

Sintió ganas de ir hasta ahí. ¿Se vería luz desde fuera? ¿Podría oír sus voces? Solo por eso quiso ir para comprobarlo. Pero no, no podía hacerlo. Para salir de casa tenía que pasar por la habitación de la criada en el pasillo. Y en esa época del año siempre quitaban las puertas de papel. Seguramente aún estaría despierta, cosiendo. Le preguntaría adónde iba y, como tenía que responderle, si le decía que iba a comprar, Matsu, su criada, se ofrecería para ir en su lugar. Por eso, por mucho que quisiera ir, no podía salir. ¿Qué debía hacer? Cuando volvió a casa esa mañana, deseó con todas sus fuerzas que su marido hubiera estado, y se preguntó qué le hubiera dicho de habérselo encontrado. De cruzárselo, sin duda le hubiera dicho sinsentidos y, entonces, él le diría algo para calmarla y volvería a mentir. Tenía la lengua muy afilada y aunque discutieran, nunca podría ganarle.

¿Debía callarse? Pero entonces, ¿de qué serviría eso? Él se ocuparía de su amante y seguiría ignorando a su familia. ¿Qué debía hacer?

Siguió pensando en lo mismo una y otra vez, como un pez que se muerde la cola. Por entonces estaba muy confusa y no entendía nada. Sin embargo, sabía que no podía agredir a su marido, así que dejó esa intención de lado.

Entonces, Suezō volvió a casa. Otsune apretó con fuerza el mango de su abanico, con un silencio forzado.

—Vaya, ya vuelves a poner una cara extraña. ¿Qué ocurre? —Pese a que su mujer no le hubiera saludado al entrar en casa, no estaba enfadado. Estaba de buen humor.

Otsune no dijo nada. Quería evitar un enfrentamiento, pero cuando vio a su marido recién llegado, su dolor se incrementó y no pudo soportarlo.

—¿Otra vez estás pensando en tonterías? ¡Déjalo ya! —Suezō puso su mano en el hombro de ella, lo sacudió un poco y se sentó.

—Estoy pensando qué debo hacer. Quiero regresar a mi casa, pero no tengo hogar y tengo hijos.

—¿Qué dices? ¿Que qué debes hacer? ¿Por qué tienes que hacer nada? Todo va perfectamente.

—Claro, usted puede decir que todo va perfectamente. Qué más le da lo que me ocurra a mí.

—Qué sandeces dices. ¿Qué va a ocurrirte a ti? Nada. Que se quede todo como está.

—Búrlese, si quiere. Para qué iba a estar con alguien como yo si no le importa que exista o deje de existir. Claro. No, claro que le importa. Preferiría que desapareciera.

—Estás diciendo tonterías. ¿Que quiero que desaparezcas? ¡Te equivocas! Si no estuvieras, sufriría. Cuidas de los niños, ¡eres muy útil!

—Puede pedirle a esa hermosa mujer que venga y cuide de ellos. Serían sus hijastros.

—No te entiendo. Tienen dos padres, ¿por qué iban a ser hijastros?

—Claro que es así. ¡Qué optimista es! ¿Pretende que sigamos igual que hasta ahora?

—Claro que sí.

—Ya veo. Regalándonos a la guapa y a la fea los mismos parasoles.

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Me estás hablando de una obra de teatro?

—Claro que sí. Es obvio que yo no podría protagonizar nunca una obra de teatro.

—Quiero que me hables claramente y no de obras de teatro. ¿Qué dices de unos parasoles?

—Lo sabe.

—¿Cómo voy a saberlo? No sé de qué me hablas.

—En ese caso, se lo diré. ¿Recuerda el que me compró en Yokohama?

—¿Qué pasa con ese parasol?

—No lo compró sólo para mí.

—¿Si no fue para ti, para quién iba a ser?

—No, no digo eso. Lo compró para esa mujer de Muenzaka y, de repente, me recordó y compró el mío. —Había estado pensando en el parasol durante mucho tiempo, pero ahora que lo explicaba detalladamente se sintió más desesperada que antes.

Suezō casi exclamó «¡Me has descubierto!», pero logró mantener la compostura y decir con voz desdichada:

—¡Qué tonterías son esas! ¿Qué dices? ¿Que le he regalado el mismo parasol a la mujer de Yoshida?

—¡Claro que sí! Es exactamente el mismo parasol —gritó, su voz cada vez más estridente.

—¡Qué locura! Estoy harto. Haz el favor de tranquilizarte. Ahora lo entiendo todo. Cuando compré el parasol en Yokohama era aún una muestra, pero ahora seguramente podrá comprarse por Ginza. Esto es como en las obras, el acusado que es inocente. Y, además, ¿qué dices? ¿Has visto a la mujer de Yoshida? Veo que la has reconocido.

—Claro que sí. No hay quien no la conozca. Es una joya —dijo con odio en la voz.

Suezō podía pretender ser inocente e intentar engañarla, pero Otsune lo veía todo claro, casi podía ver cómo había ocurrido todo ante sus ojos. Suezō no podía ahora convencerla ni engañarla más.

Suezō se preguntaba por qué la había visto y si habían hablado, pero sabía que no era un buen momento para preguntar, así que no

insistió.

—¿Una joya? ¿Se le puede llamar así? Yo creo que su cara es muy plana.

Otsune calló. Sin embargo, se sintió un poco mejor ahora que su marido había criticado a la mujer que tanto odiaba.

Esa noche, tras la discusión tan acalorada que acababan de tener, llegaron a una tregua. No obstante, Otsune seguía sintiendo en su corazón una espina clavada.

XV

El ambiente de la casa de Suezō se enfrió y la tensión era cada vez más asfixiante. En ocasiones, Otsune se quedaba mirando a la nada, embobada, y no cumplía con sus obligaciones. Dejó de prestar atención a sus hijos y, cuando le pedían algo, los regañaba con severidad. Cuando se daba cuenta de lo que hacía, les pedía perdón y lloraba a solas. Cuando la criada le preguntaba qué debía cocinar para comer, no respondía o le decía que hiciera lo que quisiera. En la escuela, los demás niños rechazaban a los hijos de Suezō diciéndoles que eran los hijos de un prestamista, pero como Suezō era elegante y su mujer los sabía cuidar bien, siempre iban muy limpios; sin embargo, ahora su pelo estaba lleno de suciedad y sus ropas, las que llevaban al colegio y que ahora nunca se quitaban ni para jugar, se estaban deshilachando. La criada se quejaba de la actitud de su señora a sus espaldas, y cual caballo que se aparta para comer la hierba del camino en contra de las órdenes de su jinete, empezó a descuidar su trabajo, así que el pescado que estaba en los armarios comenzó a podrirse y las verduras a secarse.

A Suezō le gustaba que las cosas en casa estuvieran en orden y no podía evitar sentirse incómodo en su propio hogar. Sin embargo, era consciente de por qué había ocurrido eso y asumía la culpa, así que no se atrevía a quejarse. Normalmente, cuando Suezō tenía algo que criticar, lo decía con un tono jovial y bromista para que el

aludido simplemente reflexionara, pero cuando lo intentó con su mujer, el humor de esta empeoraba.

Suezō no decía nada, solo observaba a su mujer. Descubrió algo inesperado. La actitud extraña de Otsune desmejoraba cuando él estaba en casa y, cuando no, trabajaba como si hubiera despertado de un largo sueño. Lo descubrió tras escuchar a sus hijos y a la criada, y cuando ató cabos se sorprendió al principio, pero su mente astuta ya estaba creando explicaciones. Esa enfermedad se manifestaba siempre que le miraba a la cara, que ahora no soportaba. La actitud de Suezō no fue distante, como para evitar que pensara que había ocurrido algo malo entre ellos o que la despreciaba, pero cuando él estaba en casa, su humor se agriaba como si la medicina estuviera enfermándola aún más.

No podían seguir así. Decidió darle un giro a la situación.

Empezó a irse de casa más temprano de lo habitual, y regresaba tarde. Sin embargo, esa actitud agravó aún más la situación. La primera vez que se fue de casa temprano, su mujer se había sorprendido tanto que no dijo nada. Pero cuando regresó más tarde de lo común, no lo miró con despecho como siempre, sino que gritó como si se le hubiera acabado la paciencia:

—¡¿Dónde demonios ha estado?!

Y, seguidamente, rompió a llorar.

Desde ese día, cuando salía pronto de casa, siempre le preguntaba en un intento de detenerle:

—¿Adónde va ahora?

Si le decía adónde iba, lo acusaba de mentiroso. Si la ignoraba e intentaba irse igualmente, le pedía que se quedara con ella un momento porque tenía que preguntarle algo. Le cogía del kimono y no lo soltaba, le impedía salir bloqueando la salida, intentaba retenerlo incluso delante de la criada. Suezō tenía la costumbre de bromear para no complicar los temas más serios, pero cuando intentaba librarse del agarre de su mujer a veces la criada lo había visto tirarla al suelo. En otras ocasiones, Suezō se quedaba en casa y le preguntaba con dulzura qué le ocurría.

Otsune le decía:

—¿Qué es lo que quiere que haga?

O incluso:

—¿Qué será de mí en el futuro?

Siempre eran problemas imposibles de resolver en un solo día. En resumen, el remedio de irse de casa temprano y regresar tarde de Suezō no funcionó para curar la enfermedad de su mujer.

Suezō siguió reflexionando. Sabía que cuando él estaba en casa, ella estaba de mal humor. Pero cuando intentaba irse, ella lo retenía. En otras palabras, quería que se quedara en casa para poder mantenerse de mal humor.

Entonces recordó algo que le ocurrió una vez. Fue en Izumi-bashi cuando le prestaba dinero a los estudiantes, uno de los cuales se llamaba Ikai. Pretendía importarle bien poco su apariencia, llevaba zuecos altos de madera y caminaba con el hombro izquierdo más alto que el derecho. Siempre evitaba pagar a Suezō y firmar las renovaciones, pero una vez se lo encontró en una esquina en Aoishiyoko-chō.

—¿Adónde vas? —le preguntó.

—Pues voy a visitar a mi maestro de artes marciales. Pronto iré a verte acerca de aquello. —Y se escabulló.

Suezō pretendió seguir caminando, pero regresó a la misma esquina y lo espió. Lo vio entrar en un restaurante de alta categoría. Tras asegurarse del lugar, cumplió con sus recados y esperó fuera un rato antes de decidir entrar en el restaurante. Ikai se sorprendió cuando lo vio, pero siguió con la farsa de ser un galán, lo invitó con dos *geishas* y lo obligó a acompañarlo.

—Dejémonos de negocios y bebamos mucho —dijo, forzándolo a beber.

Esa fue la primera vez que a Suezō lo habían acompañado *geishas*, y hubo una mujer que lo impresionó mucho. Oshun, se llamaba. Ebria, se sentó delante de Ikai e, irritada como estaba, comenzó a insultarlo. Él no había dicho nada durante el discurso, y recordaba todas y cada una de las palabras de ella.

—Ikai, te haces el duro, pero eres un perdedor. Te lo diré una vez, a las mujeres no nos gustan los hombres que no son capaces de pegarnos cuando nos lo merecemos. ¡Que no se te olvide!

Tal vez no hablaba solo de *geishas*, sino de las mujeres en general. Últimamente, Otsune lo forzaba a que estuviera con ella con muecas de insatisfacción y miradas de confrontación. Parecía que quisiera que le hiciera algo. Que le pegara. Así era. Quería que le pegara. No le cabía duda. La había forzado a trabajar muy duro, como al ganado, y con poca comida. Se había transformado en una bestia y por eso había perdido su feminidad. Pero entonces se habían mudado y ahora tenían a una criada que la llamaba «mi señora», por lo que se había humanizado un poco y ahora era una mujer propiamente dicha. Y por eso, como Oshun, ahora quería que le pegaran.

Pero él no sabía cómo le afectaba eso. No le había importado nunca lo que opinasen los demás mientras ganara dinero. Cuando había sido un pobretón, llamaba «amo» a los demás y les hacía reverencias. Aunque lo pisasen o aunque le dieran patadas, pensaba que nada importaba mientras recaudara fondos. Así había entrado en esa sociedad. Todos los días, fuera donde fuere, delante de quien fuera, se postraba en el suelo como una araña.

Por lo que había observado de la sociedad, aquellos quienes tenían poder abusaban de sus inferiores y acosaban a los débiles. Cuando se emborrachaban, pegaban a sus mujeres y a sus hijos. Pero él no tenía ni superiores ni inferiores. Se lanzaría a los pies de quien fuera con tal de hacerse más rico. No le importaba la existencia de aquellos que no eran como él. Al fin y al cabo, no le servían de nada. Los ignoraba sin más. No se tomaría la molestia de pegar a nadie. De molestarse, prefería pensar en sus cuentas. El trato hacia su mujer siempre había sido así.

Otsune quería que él le pegase. Le sabía mal por ella, pero no iba a hacerlo. De tratarse de un deudor, lo hubiera estrangulado hasta estrujarle la última gota, pero no iba a pegar a nadie. Esa fue la conclusión de Suezō.

XVI

Cada vez paseaba más gente por Muenzaka. En septiembre comenzaba de nuevo el curso universitario, así que los estudiantes que habían vuelto a sus pueblos natales regresaron al vecindario de Hongō.

Pese al frío matutino y vespertino, al mediodía seguía haciendo calor. En la casa de Otama las persianas descoloridas de bambú estaban echadas, imposibilitando ver el interior. Otama, aburrida, observaba la calle, apoyada en la columna que tenía abanicos clavados con las obras de arte de Kyōsai y Zeshin[18]. Después de las tres de la tarde, los alumnos pasaban por la calle en grupos de dos o tres. Seguidamente, en la casa de la profesora de costura las chicas comenzaban a chismorrear, como los estruendosos píos de una bandada de pájaros. Eso haría que Otama sintiera curiosidad y mirara hacia fuera, preguntándose qué clase de persona estaría paseando.

A esos estudiantes más adelante se les conocería como «mozos», y los pocos caballeros que quedaban estaban a punto de graduarse. A Otama no le interesaban los hombres atractivos de piel blanca y rostro sofisticado, ya que eran vanidosos y superficiales. Y quienes no fueran así, pese a inteligentes, no atraían a las mujeres por su apariencia tosca. Aun así, cada día, Otama observaba a los estudiantes a través de la ventana.

Un día, notó que algo germinaba dentro de ella y se sobresaltó. Debajo del umbral de su consciencia se había formado un pequeño embrión de pensamientos que repentinamente acababa de salir a la superficie.

Con intención de hacer feliz a su padre, y sin otro objetivo más que ese, lo había obligado a aceptar su decisión de convertirse en una mantenida. Había decidido no degradarse más de lo necesario y había usado «el altruismo» como excusa para sentirse mejor consigo misma. Y, sin embargo, desde que supo que su amo era un prestamista, notaba que sus acciones carecían de significado. Y cuando notaba que esos pensamientos eran demasiado para ella, sentía la necesidad de contárselo todo a su padre para compartir con él su dolor. Aun así, cuando fue a Ike-no-Hata y vio la vida tranquila de la que disfrutaba su padre, no fue capaz de envenenar su vaso de sake. Por mucho que sufriera, decidió cargar con el peso ella sola. Y, a la vez que tomaba esa decisión, Otama, que siempre había dependido de los demás, supo lo que era ser independiente.

Desde ese momento, Otama comenzó a ser más consciente de todos sus actos y palabras. Su actitud con Suezō, que hasta entonces había sido honesta y directa, cambió hasta ser automatizada. Cuando estaba con él, escondía sus verdaderos sentimientos y se separaba de su propio cuerpo, observándose desde lejos, y su yo más honesto se reiría de Suezō y de su otro yo que estaba bajo su control. La primera vez que se dio cuenta de lo que hacía se sorprendió. Sin embargo, se acostumbró a esa sensación y supo que así debían ser las cosas.

A partir de entonces, Otama trató a Suezō con una cordialidad postiza mientras que su corazón se alejaba de él. Dejó se sentirse agradecida y complacida, y ni siquiera le importaba el no estar tratándolo bien. Y pese a que no tenía méritos de los que pudiera presumir ni talentos propios, odiaba pensar que se había convertido en un objeto de Suezō. Cada vez que veía pasar a los estudiantes, imaginaba que uno de ellos era noble y se preguntaba si alguno

sería capaz de rescatarla de sus penurias. Y cuando se dio cuenta por primera vez de los sueños que estaba teniendo, se sobresaltó.

Fue entonces cuando Otama vio por primera vez a Okada. A través de la ventana, no era más que un estudiante cualquiera. Sin embargo, pese a que era un chico muy atractivo y que llamaba mucho la atención, Otama se percató de que no era presumido ni vanidoso, e instintivamente se encariñó de él. Y desde ese día lo esperaba siempre, preguntándose si lo volvería a ver.

No sabía su nombre, ni dónde vivía, pero cruzaban la mirada a menudo, y le cogió cariño. Un día, ella le sonrió con la tranquilidad de quien está relajada, en un momento en el que estaba desinhibida. Pese a eso, no era la clase de chica que quisiera tener un amante de manera consciente.

La primera vez que Okada se quitó el sombrero y la saludó, el corazón de Otama dio un brinco y supo que se había ruborizado. La intuición femenina es aguda. Otama sabía que había hecho ese gesto sin pensárselo y no con segundas intenciones. Disfrutaba de esa nueva *époque* en la que se encontraban, comunicándose únicamente en silencio y separados por una ventana. Una y otra vez visualizaba en su mente ese pequeño intercambio.

Pese a que una amante que vive en la casa de su amo tiene muchas ventajas, tiene también inconvenientes que solo ella conoce. Un día, un hombre de más de treinta años que vestía su túnica al revés se presentó en su casa con la excusa de que quería volver a su hogar en Shimousa, pero no podía caminar por una herida en el pie y le pidió que lo ayudaran. Otama envolvió diez *sen* en papel y le pidió a Ume que se lo diera.

—¿Diez *sen*? —dijo, sonriendo—. ¡Te habrás equivocado! ¡Asegúrate! —dijo, tirándoselo.

Ume se ruborizó, lo recogió y dio media vuelta, pero el hombre ya había entrado en la casa sin permiso y se sentó delante del brasero, en el que Otama estaba colocando carbón. Dijo muchos sinsentidos. Habló de cuando había estado en la cárcel y, cuando

parecía que estaba presumiendo, se puso sentimental. Desprendía hedor a alcohol.

Otama reprimió sus ganas de llorar por miedo. Delante de él envolvió dos billetes de cincuenta *sen*, que por aquel entonces eran verdes y tenían forma de naipes, y sin decir nada se los entregó. El hombre sonrió, más satisfecho de lo que esperaba.

—Son mitades, pero como son dos me doy por satisfecho. Chica, eres muy guapa, seguro que te espera una buena vida —dijo, y salió de la casa cojeando.

Desde ese incidente, Otama se había sentido vulnerable, así que aprendió a «comprar a sus vecinos». Preparaba platos de verduras y enviaba a Ume para que se los entregara a la profesora de costura, su vecina, que también vivía sola.

La profesora se llamaba Otei y, pese a que tenía más de cuarenta años, parecía más joven, con la piel blanca. Hasta los treinta había trabajado como sirvienta en la mansión de los Maeda y, pese a que se había casado, había perdido a su marido poco después. Hablaba con elegancia y tenía una caligrafía preciosa. Cuando Otama dijo que quería aprender, le prestó varios cuadernos.

Una mañana, Otei llamó a la puerta trasera para agradecerle a Otama las verduras del día anterior. Hablaron un rato y, de repente, Otei le dijo:

—Conoces a Okada, ¿verdad?

Otama todavía no conocía el nombre de Okada. Aun así, supo de inmediato que se refería al estudiante, que había visto cómo la saludaba y, pese a que no estaba bien, tenía que pretender que lo conocía. Titubeó un instante, imperceptible para Otei, y dijo:

—Sí.

—¡Qué talante tiene! Y dicen que su comportamiento es ejemplar.

—Lo conoces bien —dijo Otama, atrevidamente.

—Tanto la señora de Kamijō como los demás estudiantes de la residencia dicen que no tiene parangón —dijo antes de marcharse.

Otama sintió como si el cumplido hubiera sido para ella.

—Kamijō. Okada —se repetía para sí misma una y otra vez.

XVI

Con el tiempo, las visitas de Suezō aumentaron. Dejó de ir sólo por la noche e iba a horas irregulares.

El motivo era que su esposa Otsune lo perseguía constantemente y le gritaba que hiciera algo, así que se veía obligado a huir a Muenzaka. Siempre que eso ocurría, Suezō le decía a su mujer que no pasaba nada, que podían seguir como hasta entonces, a lo que ella respondía que no podía irse con sus padres ni dejar atrás a sus hijos, y se quejaba de su edad y de todo lo que no quería cambiar en su vida. Suezō decía que no hacía falta cambiar nada, repetía que podían seguir como hasta entonces. Otsune se enfadaba más y más y no atendía a razones. Así que Suezō sólo podía huir.

Para él, que siempre pensaba en las cosas con lógica y matemática, las palabras de Otsune carecían de sentido. Le daba la impresión de estar viendo a una persona que quiere salir de una habitación que tiene tres paredes y que carece de una cuarta que está justo detrás de ella. Solo se le ocurría decirle que diera media vuelta. Otsune, que nunca había vivido tan bien, no tenía tensión ni opresión alguna. La única diferencia que se le ocurría era la presencia de la mujer de Muenzaka, algo que no había previsto. Sin embargo, al contrario que otros muchos hombres, no era más frío ni más cruel con su esposa. Al contrario, era más amable y paciente. Aún no había encontrado la salida de esa habitación.

Por supuesto, el razonamiento de Suezō era egoísta. Pese a que ahora tenían más posesiones materiales y que ni la actitud ni el trato con su mujer había cambiado, era injusto asumir que Otsune no cambiaría de parecer tras conocer la existencia de Otama. ¿Acaso no era Otama una espina en el ojo de Otsune? ¿Y acaso él intentaba tranquilizarla o tenía siquiera esa intención en mente? Otsune no era una mujer razonable y no veía las cosas como él, para ella no había salida alguna. En el umbral donde ella buscaba seguridad para el presente y esperanza para el futuro no veía más que una sombra negra y pesada.

Un día, durante una discusión, Suezō salió de casa. Eran poco más de las diez de la mañana. Su intención fue ir directamente a Muenzaka, pero vio a su criada y a los niños por la calle, así que se apartó de Shichiken-machi, encaminándose hacia Kiridōshi, y deambuló sin rumbo fijo, fingiendo que tenía prisa, desde Tenjin-machi hasta Goken-machi. Decía improperios por el camino. Cuando cruzó el puente de Shōhei-bashi, vio que se acercaba una *geisha* desde el otro lado. Pensó que se parecía a Otama, pero cuando se la cruzó vio que tenía muchas pecas en la cara. Juzgó que, efectivamente, Otama era más hermosa, se sintió aliviado y satisfecho. Se detuvo en medio del puente y observó a la *geisha* alejarse. Seguramente había salido a comprar y la perdió de vista cuando se adentró en una calle secundaria.

Cruzó el puente de Megane-bashi, que por entonces aún era una novedad, y deambuló por Sugihara. A la orilla del río, debajo de un sauce, vio bajo un enorme parasol a una chica de unos doce o trece años bailándole a un chico un baile tradicional llamado *kappore*. Alrededor había muchos espectadores. Suezō se detuvo y observó la danza, y un señor que vestía una túnica de librea intentó chocarse con él, pero se apartó. Suezō, que tenía la vista muy ágil, se giró para mirarlo y, en cuanto cruzaron la mirada, el hombre le dio la espalda y se alejó corriendo.

—¡Mira por dónde vas! —murmuró, poniendo una mano en su manga y buscando. Por supuesto, no le había robado nada.

Efectivamente, el ladrón no sabía que Suezō, que acababa de tener una discusión con su mujer, estaba tenso y se percataba de cosas en las que normalmente no se hubiera fijado. Sus sentidos, de por sí afinados, se habían elevado tanto que Suezō había visto la intención del ladrón antes de que se le hubiera pasado por la cabeza el propósito de robarle. En esas ocasiones, la restricción de Suezō, de la que siempre se había sentido orgulloso, se debilitaba un poco. Aunque no lo suficiente como para que nadie se diese cuenta. De haberse fijado en Suezō alguien muy observador, se hubiera percatado de que estaba más hablador de lo habitual. Además, en el trato que tenía con los demás y en sus palabras aparentemente amables, había nerviosismo y artificialidad.

Pensó que hacía bastante rato desde que se había ido de su casa, pero cuando se dio la vuelta para regresar por la orilla del río, miró su reloj. Aún no eran las once de la mañana. Aún no había pasado ni media hora.

De nuevo sin un rumbo fijo, fue de Awaji-chō hasta Jinbō-chō, caminando como si tuviera un destino en mente. Poco antes de llegar a la esquina de la calle de Imagawa, vio el cartel de un restaurante donde anunciaban *ochazuke*[19]. Por veinte *sen* podía llenar su bandeja, coger verduras encurtidas y servirse té. Conocía el sitio y pensó en comer ahí, pero era demasiado temprano. Pasó por el lado y giró a la derecha hasta la ancha calle que lo llevaría hasta Manaita-bashi. Antes, la calle no era tan ancha cuando bajaba hasta Surugadai. La zona por la que acababa de venir Suezō se parecía más bien a la zona de Fukuro-machi y, más adelante, había una estrecha calle secundaria que los estudiantes de Medicina habían bautizado «apéndice vermiforme». Pasó por delante de un templo con el nombre de Yamaoka Tesshū inscrito. Como Fukuro-machi, Manaita-bashi era una zona amplia que les recordaba a un apéndice.

Suezō cruzó el puente de Manaita-bashi. A su derecha había tiendas que vendían pájaros y podía escucharse el canto alegre de todos ellos. Se detuvo delante de una, que a día de hoy aún existe, con loros y periquitos en jaulas con aleros altos colgados en la

tienda. En el suelo había jaulas en fila con palomas blancas y zuritas de Corea y, más al fondo, vio jaulas amontonadas con pequeños pájaros cantores. Tanto a la hora de cantar como a la de volar, eran los más revoltosos y muchos de ellos eran de colores llamativos, pero los más animados eran amarillo claro, importados de las Canarias. Mientras los observaba, se percató de los pequeños y coloridos bengalíes rojos. Suezō pensó en comprarlos para Otama porque intuyó que le gustarían. Tras preguntarle el precio al propietario, que no parecía tener interés en vender, compró un par de bengalíes. Al pagar la cantidad requerida, el dueño le preguntó cómo iba a llevárselos a casa. Cuando Suezō insistió y preguntó si la jaula iba incluida en el precio, le dijo que no. Compró una jaula y le pidió al dueño que pusiera los pájaros dentro. Con algo de brusquedad introdujo su mano arrugada en la jaula que contenía todas las aves, atrapó dos, y los metió dentro. Suezō preguntó si sabía si eran machos o hembras, y el dueño musitó una respuesta ininteligible.

Suezō cogió la jaula de los bengalíes y se encaró hacia Manaita-bashi. Esta vez estaba más relajado, y a veces se detenía para levantar la jaula y observar a los pájaros. La ira que se había prendido al salir de casa tras la pelea se había aplacado, y salió a la superficie la amabilidad que rara vez mostraba. Los pájaros de la jaula, tal vez asustados por el balanceo, se agarraban fuertemente a la percha, con las alas dobladas, y no se movían. Cada vez que los miraba, se sentía más impaciente por llegar a Muenzaka y colgarlos en la ventana de la casa.

Cuando cruzaba la calle Imagawa, volvió a pasar por delante del restaurante de *ochazuke* y comió. Colocó la jaula con los bengalíes detrás de la bandeja que le había traído la criada y los iba mirando, encantado, mientras pensaba encandilado en Otama y comía ese humilde almuerzo con gusto.

XVII

Irónicamente, los bengalíes que compró Suezō para Otama fueron el motivo por el que Otama y Okada comenzaron a hablar.

Cuando recuerdo esta historia, pienso en el clima de ese año. En esa época, mi padre, ahora fallecido, había cultivado plantas otoñales en el patio trasero de nuestra casa, en Kitasenju. Un sábado, cuando volví a casa de mis padres desde Kamijō por el ducentésimo décimo día[20], compró muchas cañas de bambú, las cuales ató a cada una de las patrinias y astaráceas. Sin embargo, ese uno de septiembre pasó sin incidencias, pese a los malos augurios de siempre y los días oscuros y turbulentos que siguieron. En ocasiones, hacía tanto calor y había tanta humedad que se decía que volvía a ser verano. El viento del sureste era cada vez más fuerte, pero pronto amainaba. Mi madre dijo que el ducentésimo décimo día lo pagaríamos a plazos.

Un domingo por la tarde, volví de Kitasenju a Kamijō. Todos los estudiantes estaban fuera, así que la residencia estaba tranquila. Entré en mi habitación y, mientras me relajaba, escuché el sonido de una cerilla en la estancia contigua. Me sentía solo, así que llamé sin pensar:

—¡Okada! ¿Estás ahí?

—Sí —respondió, pero su voz era extraña. Nos llevábamos muy bien y no nos molestábamos en ser cordiales, pero aun así era una respuesta muy inusual.

Pensé que como yo mismo me había relajado, Okada también había estado reposando. Tal vez se había concentrado para algo. Mientras me preguntaba eso, sentí curiosidad por ir a verlo. Volví a llamarlo:

—Oye, ¿te importa si entro en tu habitación?

—Claro que no. He vuelto de casa hace poco y no estaba haciendo nada. He escuchado cómo volvías a tu habitación y he decidido encender la luz. —Esta vez su voz era clara.

Salí al pasillo y abrí la puerta corredera de Okada. Justo en ese momento, abrió la ventana que daba al Portal Rojo de la Universidad y apoyó los codos en el escritorio, mirando al oscuro exterior. A través de la ventana con barrotes de hierro verticales se veían también en el balcón dos o tres tuyas orientales que esparcían polvo alrededor.

Okada se dio la vuelta y me miró.

—Hoy también hay mucha humedad. Y, además, hay dos o tres mosquitos que no dejan de molestar.

Me senté al lado del escritorio, con las piernas cruzadas.

—Ya veo. Según mi padre, es una deuda que le debemos al ducentésimo décimo día.

—Vaya. No me importaría que fuera por eso. Ya veo, tiene sentido. El tiempo ha estado imprevisible, nublado y soleado después, así que no sabía si salir o quedarme aquí, y antes de darme cuenta me he dormido. Estaba leyendo el *Kinpeibai* que me prestaste. Estaba aturdido, así que decidí dar un paseo después de comer, y me ha ocurrido algo interesante —dijo sin mirarme a la cara, sino hacia a la ventana.

—¿Qué te ha pasado?

—He matado una serpiente —me miró.

—¿Has salvado a una doncella?

—No. He salvado a un pájaro. Pero tiene que ver con una doncella.

—Interesante. Cuéntame más.

XIX

Okada me explicó lo siguiente.

Las nubes se movían rápidamente, el viento se alzaba fuerte, a ráfagas, levantando el polvo de las calles y se calmó solo pasado el mediodía. Okada había estado leyendo una novela china que le había dado dolor de cabeza y había salido sin rumbo alguno de Kamijō y, como de costumbre, se dirigió a Muenzaka. Tenía la cabeza en otro sitio. En casi todas las novelas chinas, en especial en el *Kinpeibai*, después de diez o veinte páginas de predecible descripción, había siempre una escena escandalosa, como una promesa.

—Después de leer ese libro debo de poner cara de tonto mientras camino —dijo Okada.

Después de un rato, tras la pared de piedra de la mansión de Iwasaki, justo en la bajada, vio que había varias personas reunidas a su izquierda. Era una casa que siempre se detenía a mirar, y ese fue el único detalle que no compartió conmigo. Las que rodeaban el sitio eran unas diez mujeres, la mayoría jóvenes, y hablaban con tanto alboroto como un conjunto de pajarillos. Okada no podía ver nada y, sin demasiada curiosidad, se salió de su camino dos o tres pasos para acercarse.

Todas las chicas estaban observando lo mismo, y siguió sus miradas para averiguar el motivo de su nerviosismo. Se trataba de una jaula de pájaros colocada en la ventana de la casa. La

consternación de las chicas estaba justificada. Okada se sorprendió al ver el interior de la jaula. Un pájaro estaba aleteando violentamente, volando frenético dentro de la estrecha pajarera. Cuando averiguó el por qué del nerviosismo vio que había una gran serpiente con el cuello dentro de la jaula. La serpiente había metido la cabeza, como si de una cuña se tratara, entre los finos barrotes de bambú, sin romperlos. Estaba ensanchando la entrada con el resto del cuerpo. Para verlo mejor, Okada se acercó dos o tres pasos. Se quedó justo detrás de las chicas que estaban alineadas para observarlo. Las muchachas parecían haber llegado al acuerdo de tratar a Okada como un héroe y le abrieron paso para que avanzara. Entonces, Okada vio otra cosa. Había más de un pájaro. Aparte del que volaba histéricamente dentro de la jaula, había otro del mismo color que estaba siendo devorado. Pese a que no estaba del todo dentro de la boca, sino que tenía un ala fuera, estaba quieto como un muñeco de trapo, tal vez muerto de miedo.

En ese momento, la que parecía ser la dueña de la casa, más mayor que las demás chicas, habló con Okada, muy asustada y titubeando. Le preguntó si podía ayudarla con la serpiente.

—Estas chicas han venido de la casa vecina, interrumpiendo su trabajo, y se han juntado todas por mí, pero esto no es algo que pueda solucionar una mujer —dijo ella.

Una de las chicas dijo:

—Esta mujer escuchó el ruido de los pájaros y, cuando abrió las persianas, vio la serpiente y chilló, así que dejamos de lado el trabajo y vinimos todas, pero no podemos hacer nada. La profesora no está en casa y, como es ya anciana, tampoco podría ayudarnos.

La profesora de costura no descansaba los domingos sino uno de cada seis días, así que por ese motivo ellas estaban ahí.

Okada, que me estaba contando esto, me dijo:

—La dueña de la casa es una verdadera joya.

Sin embargo, no me dijo que ya la había saludado cuando pasaba por delante y que ya la conocía de antes.

Antes de decir nada, Okada se colocó debajo de la jaula, observando a la serpiente. Había llegado a la jaula colgada en la ventana a través de la casa de la maestra de costura, pasando por entre las casas, por debajo de los aleros del tejado. El cuerpo de la serpiente estaba apoyado como una cuerda en la cruceta del alero y su cola estaba escondida tras la columna, en la esquina. Era una serpiente muy larga. Seguramente vivía en el césped o en los árboles de la mansión Kaga, y por culpa del tiempo extraño había salido y se había encontrado con los bengalíes. Okada se preguntaba qué hacer. Entendía por qué las mujeres no habían podido hacer nada.

—¿Tiene algo afilado? —preguntó.

La dueña le dijo a una de las chicas:

—Trae un cuchillo de la cocina.

Se dio cuenta de que la chica era una criada porque, pese a que vestía con un *yukata*, como las costureras, tenía las mangas del mismo atadas con una fina cuerda lila. La niña miró a su ama, obviamente reticente a usar el cuchillo del pescado para una serpiente.

—No pasa nada. Te compraré otro cuchillo —dijo la dueña. La chica, satisfecha, entró en la casa y regresó con el cuchillo.

Okada lo cogió con impaciencia, se quitó las sandalias y colocó un pie encima del alféizar de la ventana. Era muy atlético. Su mano izquierda se cogió a una cruceta del alero. Sabía que pese a que la hoja del cuchillo era nueva, no estaría lo suficientemente afilada, así que no podría cortar la serpiente de un golpe. Empujó con la hoja a la serpiente para moverla a la cruceta, y comenzó a cortar con el cuchillo de arriba a abajo. Penetrar las escamas de la serpiente era como romper cristal. Por entonces la serpiente ya había devorado la cabeza del pájaro, y cuando notó la herida comenzó a ensortijarse como una ola, sin soltar a su presa y sin intentar salirse de la jaula. Okada no dejó de serrar con el cuchillo, asestándolo cinco o seis veces más, y finalmente ese cuchillo no tan afilado cortó por la mitad a la serpiente como carne en una tabla. La mitad inferior, que

no había parado de convulsionarse, cayó de un golpe encima de las asparagáceas debajo del tejado. La mitad superior, apoyada en el dintel de la ventana, cayó con la cabeza aún dentro de la jaula. La cabeza, agrandada por el pájaro a medio engullir, estaba sujeta por los barrotes de bambú doblados como arcos, y el peso de la serpiente inclinó la jaula unos cuarenta y cinco grados. Dentro de ella todavía había sobrevivido un pájaro y, sorprendentemente, aún tenía energía, aleteando con vigor.

Okada soltó la cruceta y bajó. Las chicas habían estado mirándolo, conteniendo la respiración, y dos o tres de ellas se marcharon después de que todo acabara.

—Deberíamos bajar la jaula y sacar la cabeza —dijo Okada mirando a la dueña. La mitad de la serpiente ya no se movía y la herida aún sangraba, manchando el alféizar de la ventana, y ni la dueña ni la criada eran lo suficientemente valientes como para soltar la cuerda que sujetaba la jaula.

Justo en ese momento, una voz tosca dijo:

—¿Les bajo esa jaula?

Todos se giraron hacia la voz. Era un recadero de la licorería. Mientras Okada se había estado ocupando de la serpiente, el chico había estado paseando por Muenzaka pese al mal tiempo durante ese domingo. Había observado la matanza, botella de sake atada a una cuerda y libro de cuentas en mano. Cuando la mitad inferior de la serpiente cayó al jardín, dejó la botella y el libro en el suelo, y cogió piedras pequeñas, tirándoselas a la herida, observando siempre los movimientos ondeantes de la cola que no acababa de morir.

—Lamento mucho pedírselo —dijo la dueña. La criada lo guió hasta el interior de la casa. En seguida apareció por la ventana, subió al alféizar donde estaban las macetas de los lirios japoneses y, estirando su cuerpo al máximo, logró soltar la cuerda que ataba la jaula. La criada no se la quiso coger, así que con la jaula aún en las manos bajó de la ventana y salió de la casa.

El chico le dijo a la criada:

—Yo llevo la jaula, así que tú tendrás que limpiar la sangre, y también ha caído en el tatami —le aconsejó con arrogancia.

—Sí, límpialo todo, rápido —dijo la dueña. La criada entró en la casa.

Okada miró la jaula que llevaba el recadero. El pájaro vivo se había colocado en la percha, temblando. Más de la mitad del otro pájaro estaba dentro de la boca de la serpiente. Aun mientras trataban de cortarla por la mitad, había intentado tragarse a su víctima.

El recadero miró a Okada.

—¿Sacamos a la serpiente?

—Sí, pero si no movemos el cuello de la serpiente hasta media jaula, romperemos los barrotes que aún estén intactos —dijo Okada con una sonrisa.

El recadero sacó el cuello con maña, e intentó liberar al pájaro por la cola con la punta de los dedos.

—Ni muerta quiere soltar a su presa.

El resto de las chicas que se habían quedado, al ver que no había más espectáculo, volvieron juntas a la casa de la costurera.

—Bueno, creo que volveré a casa —dijo Okada, mirando a su alrededor.

La dueña parecía estar aturdida, mirando al vacío, pero observó a Okada cuando escuchó sus palabras. Hizo ademán de querer decir algo, pero se contuvo y apartó la mirada. Justo en ese momento, vio que había un poco de sangre en la mano de Okada.

—Ah, se ha manchado la mano —dijo. Llamó a su criada y le pidió que le trajera un cubo de madera con agua.

Cuando Okada me contó la historia no entró en detalles acerca del comportamiento de la mujer, pero dijo:

—Me sorprendió que se diera cuenta de esa mancha de sangre en mi meñique.

Mientras Okada se lavaba las manos, el chico, que estaba intentando sacar el pájaro de las mandíbulas de la serpiente, exclamó:

—¡Oh, vaya!

La dueña, que había estado al lado de Okada con un pañuelo limpio y doblado entre las manos, posó una de ellas en el marco de la ventana abierta y miró hacia fuera.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

El recadero, con las manos abiertas dentro de la jaula, dijo:

—¡Casi se escapa el pájaro que sigue vivo por el agujero!

Okada terminó de lavarse las manos y, mientras se las secaba con el pañuelo de la mujer, le dijo al chico:

—No muevas la mano.

Entonces le preguntó a la dueña si tenía un trozo de hilo resistente para asegurarse de que el otro pájaro no se escapara de la jaula.

La mujer se lo pensó, y dijo:

—¿Y una de las cuerdas para atar el pelo?

—Perfecto —respondió Okada.

La mujer le pidió a la criada que trajera de uno de los cajones de la cómoda una de esas cuerdas. Okada lo cogió y ató los barrotes de bambú que se habían roto.

—Creo que no puedo hacer más que esto —dijo, dirigiéndose hacia la puerta.

—Muchísimas gracias —dijo la dueña, titubeando, y lo acompañó a la salida.

Okada llamó al recadero.

—Chico, ya sé que has hecho mucho, ¿pero podrías tirar también esa serpiente?

—Claro. La tiraré a una cuneta muy profunda que está al final de la cuesta. ¿Alguien tiene una cuerda? —dijo, mirando a su alrededor.

—Tenemos una. Tráela, por favor —le dijo la dueña a su criada.

—Adiós —dijo Okada en ese momento, bajando la cuesta y sin mirar atrás.

Okada, que me lo había estado contando todo, de repente se me encaró y dijo:

—¿Ves? Como ya he dicho, me he esforzado mucho por una doncella.

—Ya veo. Matar una serpiente por una mujer es una historia digna de ser leyenda, pero algo me dice que el relato no termina ahí —le dije con toda la honestidad del mundo.

—¡No digas sandeces! De no haberse terminado, no te lo hubiera contado —dijo Okada con serenidad. Sin embargo, pensé que si realmente ese era el fin de su historia, acabaría teniendo remordimientos.

Tras escuchar el relato de Okada, que realmente parecía un mito, se me ocurrió un pensamiento que no dije en voz alta. Me preguntaba si tal vez Okada, que había estado leyendo el *Kinpeibai*, había conocido a su *Kinren*, la amada.

No sólo los estudiantes conocían la historia de Suezō, el sirviente de la residencia que se había convertido en un prestamista. Incluso aquellos estudiantes que nunca le habían pedido dinero prestado conocían su nombre. Pero los había quienes no sabían que la mujer de Muenzaka era su amante. Okada era uno de ellos. Por entonces yo aún no conocía la historia de ella, pero sí sabía que era la vecina de la profesora de costura. Solo en referencia a esto sabía yo más que Okada.

XX

Ocurrió el mismo día que Okada mató a la serpiente.

Otama, que hasta entonces solo había saludado a Okada, por el mero hecho de haber intercambiado unas palabras con él, notó que algo en su pecho había cambiado radicalmente, tanto que se sorprendió a sí misma. Las mujeres a veces desean ciertos artículos que nunca se les ocurriría comprar. Por ejemplo, un reloj, un anillo, la clase de artículos detrás de los mostradores que las mujeres se detienen a admirar. No se desplazan hasta la tienda expresamente, pero siempre se detienen si tienen un motivo por el que pasar por ahí. El deseo de obtenerlo y la decisión de no comprarlo se fusionan y se convierten en un leve dolor agridulce que no llega a ser cortante. A las mujeres les gusta disfrutar de ese sentimiento. Y, no obstante, el artículo que decide comprar y que al final adquieren les hace sufrir. Se sienten tan mal que no descansan tranquilas. Y pese a que saben que pronto podrán tenerlo entre sus manos, están impacientes. A veces, incluso lo compran impulsivamente, pese al calor, al frío, a la noche oscura, a la lluvia o la nieve. Las mujeres que incluso cometen hurto no son tan distintas. No son más que mujeres que no distinguen la diferencia entre anhelar un producto y querer comprarlo.

Para Otama, Okada había pasado de ser algo que anhelaba a algo que quería poseer.

Gracias a que Okada la había ayudado con los pájaros, se sentía más cercana a él. Al principio, iba a pedirle a Ume que le trajera un regalo de agradecimiento. Cuando consideró qué darle, pensó en los *manjū*[21] de los Fujimura. Pero le faltaba intelecto a ese regalo, era un regalo que haría cualquier persona. En ese caso, si le tejía un reposabrazos, tal vez pensaría que no era más que una colegiala con un flechazo. No se le ocurría nada. Y en el caso de querer expresar sus sentimientos, ¿sería una buena idea enviárselo a través de Ume? Había impreso algunas tarjetas con su nombre en Naka-chō recientemente, pero adjuntarla al regalo no le parecía suficiente. Quería escribirle algo personalmente, pero no podía. Solo había terminado la escuela primaria y no había tenido tiempo para practicar, sentía que sus habilidades eran insuficientes. De habérselo pedido a su vecina, que había estado sirviendo en una casa noble, le hubiera dicho que sí. Pero no era lo que quería. No pretendía escribirle una carta que pudiera ser para cualquier otro, y no quería mostrársela a nadie. ¿Qué iba a hacer?

Del mismo modo que uno va y vuelve por el mismo camino, Otama pensaba en resolver el problema y volvía al mismo punto de partida. Mientras, se maquillaba e iba dando instrucciones del trabajo que debía hacerse en la cocina, pero en cuanto se despistaba, volvía a pensar en ello. En ese momento llegó Suezō. Mientras Otama le servía sake, seguía pensando.

—¿En qué estás pensando, tan concentrada? —la regañó.

—Oh, no estoy pensando en nada —dijo, con una sonrisa falsa, pero con el corazón latiéndole desbocado.

Durante ese tiempo había estado practicando para que los astutos ojos de Suezō no fueran capaces de saber que le ocultaba algo. Como en un sueño, se vio regalándole una caja con pasteles, y le dijo a Ume que se diera prisa y fuera a comprarlos. Después recordó que no había adjuntado ni la tarjeta con su nombre ni una carta, y despertó de su ensoñación.

Al día siguiente, Okada no había salido a pasear, o no la había buscado con la mirada, por lo que Otama no pudo ver ese rostro tan

anhelado. Pero al día siguiente, como siempre, Okada pasó por delante de la ventana. Buscó con la mirada a través de ella pero no la vio, ya que el interior de la habitación era oscura pese a que ella sí lo estuviese mirando. El día después, en la franja horaria en la que Okada salía a pasear, Otama cogió la escoba para las hojas y limpió la entrada pese a que no estaba sucia, y movió de izquierda a derecha el otro único par de sandalias que poseía.

—¡Oh, ya lo hago yo! —dijo Ume, que acababa de salir de la cocina.

—Tranquila, ocúpate de la comida. No tengo nada que hacer —respondió.

Justo en ese momento pasó Okada, que se quitó el sombrero y la saludó con una reverencia. Con la escoba aún en las manos, la cara roja y la espalda totalmente recta, no pudo decir nada y vio cómo Okada se alejaba de ella. Otama dejó ir la escoba como si fueran tenazas ardiendo, se puso las sandalias, corrió dentro de casa, y se sentó al lado del brasero, avivando el fuego.

—¡Soy tonta! —pensaba para sí. No había podido abrir la ventana porque el día había refrescado, y había salido de la casa a propósito para pretender barrer, y pese a que lo había esperado, llegado el momento, no había podido decirle nada.

Incluso con el amo, pese a que no estuviera bien, cuando quería decirle algo, no había nada que no pudiera contarle. Entonces, ¿por qué no había podido hablar con Okada? Había cuidado tan bien de ella que debía agradecérselo y si ese día no había sido capaz de decirle nada, nunca hablarían de nada. Quería pedirle a Ume que le trajera algo en agradecimiento, pero si no podía mirarle a la cara y decirle nada, sería inútil. ¿Por qué no le había salido la voz? Claro. Seguramente porque se había concentrado demasiado buscando palabras. ¿Qué podía decirle? No podía llamarlo «señor Okada», ya que era demasiado personal. Tampoco podía mirarlo a los ojos y decirle: «Hola». Visto de ese modo, era comprensible que se hubiera quedado paralizada. Incluso ahora que podía pensar con tranquilidad, no sabía qué palabras usar. Pero el motivo era que se

sentía estúpida. No tenía nada que decirle, por eso no podía hablar con él. Tendría que haber salido de casa nada más verle. Seguro que Okada se hubiera detenido por ella.

Y en ese momento, le hubiera podido decir:

—Muchas gracias por ayudarme el otro día. —O algo por el estilo.

Mientras pensaba en eso y avivaba el fuego, vio que la tapa de la tetera se movía violentamente, por lo que la apartó para dejar escapar el vapor.

Desde ese momento comenzó un debate interno acerca de si debía ir ella personalmente o si debía enviar a su criada. Al anochecer, el día se enfriaba, por lo que no podía dejar la ventana abierta. La limpieza del jardín siempre se había hecho por las mañanas, pero desde ese día Ume también barría por las tardes, por lo que Otama no podía hacerlo. Comenzó a ir a los baños públicos más a menudo con la intención de cruzarse con Okada, pero la distancia entre su casa y los baños era demasiado corta y no tenía ocasión de verlo. Y cuando pensó en enviar a la criada, ya habían pasado demasiados días y no podía hacerlo.

Otama no hacía más que pensar en ello y, al final, tuvo que rendirse. Pese a todo lo que había hecho por ella, aún no le había dado las gracias. Estaba en deuda con él porque no le había agradecido algo tan básico. Okada debía saber también que ella estaba en deuda con él. Tal vez era mejor seguir así que darle las gracias de manera torpe.

A raíz de esa deuda, Otama quería tener un motivo más para poder acercarse a Okada cuanto antes. No obstante, no se le ocurría el modo de hacerlo, así que le daba vueltas día sí y día también.

Otama era una mujer de carácter fuerte y durante ese corto tiempo que estuvo con Suezō había sufrido la sorna de quienes la rodeaban y la envidia secreta por su estatus de amante. Pese a que podía tacharlos a todos de ignorantes, en el fondo era una buena mujer y no la habían atacado tanto, así que no se atrevía a visitar a un estudiante, a Okada, a su residencia.

Durante esos días de otoño a veces podía abrir la ventana, pero pese a que se saludaba con Okada, y pese a las amables palabras que habían intercambiado y del pañuelo con el que se había limpiado las manos, su relación distante apenas cambió en todo ese tiempo, ni antes ni después del incidente. Eso frustraba mucho a Otama.

Aunque Suezō la visitara y se sentaran al lado del brasero, no hacía más que imaginarse a Okada en lugar de Suezō. La primera vez que eso le había ocurrido, se enfadó consigo misma por esa traición, pero cada vez lo hacía más a menudo y con más tranquilidad, aunque estuviera en medio de una conversación con Suezō. Se había liberado de Suezō y siempre que cerraba los ojos pensaba en Okada.

A veces lo reencontraba en sus sueños. Estaban juntos, sin complicados procedimientos de por medio. Y justo cuando pensaba: «¡Qué feliz soy!», Okada se transformaba en Suezō. De la sorpresa se despertaba, exaltada e incapaz de volver a conciliar el sueño, y rompía a llorar.

Noviembre llegó en un santiamén. Subieron de nuevo las temperaturas, así que nadie se sorprendería si dejaba las ventanas abiertas, y podía ver casi todos los días a Okada. Habían pasado dos o tres días en los que no lo había podido ver por culpa de las lluvias frías y eso la había deprimido. Sin embargo, al ser tan buena, no castigaba de ningún modo a Ume, ni miraba con mala cara a Suezō. Solo apoyaba los codos en el marco del brasero y se quedaba callada, ensimismada en sus pensamientos.

Ume le preguntó un día:

—¿Qué le ocurre?

Pero el hecho de poder ver a Okada varios días seguidos emocionaba a Otama y estaba inusualmente exaltada, y una mañana salió de su casa para ir a visitar a su padre a Ike-no-Hata.

Pese a que siempre se aseguraba de ir a verlo al menos una vez por semana, nunca se había quedado más de una hora en su casa. Su padre no se lo permitía. Siempre la trababa bien cuando iba. Si

tenía algo de buena calidad lo sacaba para comerlo mientras bebían té. Y, una vez hecho eso, le decía que volviera a su casa. El motivo no era la impaciencia, sino porque pensaba que no estaba bien retenerla cuando la había forzado a trabajar. La segunda o tercera vez que Otama lo había visitado, al ser por la mañana y sabiendo que su amo no iría a verla a esa hora, tenía la intención de quedarse con su padre, que no lo había permitido.

—Tal vez no haya ido a visitarte hasta ahora. ¿Acaso puedes predecir que no vaya a verte a raíz de algún asunto inesperado? De tener el permiso de tu amo y tiempo entre las manos no me importaría, pero no puedes quedarte mucho tiempo si vienes de camino de la compra. Puede que tal vez te acuse de perder el tiempo.

Siempre que lo visitaba se preocupaba por si su padre había averiguado algo acerca de la verdadera profesión de Suezō, ya que sabía que lo despreciaría. Sin embargo, seguía en la ignorancia. Sin duda, era por su nueva afición. Desde que se había mudado a Ike-no-Hata, había empezado a coger libros prestados y los leía durante el mediodía con las gafas puestas. Siempre se trataba de libros basados en hechos reales u obras de teatro. En esos momentos leía el *Mikawa Gofūdoki* y, al tener varios tomos, había decidido disfrutar únicamente de esos libros. Cuando le habían propuesto leer obras de ficción, los había acusado de estar escritos a base de mentiras y ni siquiera les había echado un vistazo. Al caer la noche se le cansaban los ojos y dejaba de leer e iría al teatro, donde no acusaría de falsedad lo que escuchaba ni criticaba a los comediantes ni a los maestros de títeres.

A menos que fuera un artista que le gustara mucho, nunca se molestaba en ir a Hirokoji. No disfrutaba de ningún otro pasatiempo, y no le gustaba charlar con otras personas, así que no tenía amigos. Por eso era factible que no supiera nada de las actividades de Suezō.

Aun así, en el vecindario había habladurías acerca de la hermosa mujer que visitaba al señor jubilado, y comenzaba a saberse que era la famosa amante del prestamista. Si sus vecinos hubieran sido

personas parlanchinas, tal vez hubiera escuchado esos terribles rumores. Pero, por fortuna, a un lado de su casa vivía un funcionario de un museo que practicaba caligrafía inspirado por las obras artísticas de maestros calígrafos; y al otro lado, vivía un maestro tallador de los pocos que quedaban en el oficio que no se dedicaba a fabricar sellos para estampar. No había peligro de que ninguno de los dos alterara la tranquilidad del padre. En esa época, en esa fila de casas, los únicos comercios eran la tienda de fideos Rengyokuan, una tienda de *senbei* y, más adelante, más allá de Hirokoji, una tienda de peines.

El padre sintió la presencia de su hija entrar por la puerta y escuchó el ruido de sus sandalias antes de siquiera oír su amable voz, y supo que ahí estaba, así que dejó de lado el libro de *Gofūdoki* y la esperó. Se quitó las gafas y cuando vio el hermoso rostro de su hija se sintió tan feliz como si estuviera disfrutando de un festival. Siempre que lo visitaba se quitaba las gafas. Pese a que así la veía con aún más nitidez, no podía evitar pensar que había algo separándolo de su hija. Siempre había muchas cosas que quería decirle a Otama, y muchas se le olvidaban y solo las recordaba cuando ya se había ido. Sin embargo, nunca olvidaba preguntar por Suezō.

Otama vio el rostro animado de su padre y lo escuchó hablar de las obras de Acha-no-Tsubone y comió una galleta de arroz enorme de una tienda que acababa de abrir cerca de Hirokoji.

—¿Aún no tienes que volver a casa? —le iba preguntando su padre.

—No te preocupes —le respondía ella, riendo.

Se quedó hasta el mediodía. Sabía que si le decía a su padre que últimamente Suezō la visitaba durante horas inesperadas, su padre insistiría más en que se marchara.

Se había vuelto más agresiva, y le importaba muy poco que Suezō la fuera a visitar cuando no estaba en casa.

XXI

Los días se enfriaban y las tablas colocadas delante del fregadero de Otama quedaban cubiertas de escarcha blanca durante la niebla matutina. Por culpa de la cuerda del pozo, que era muy profundo, y del agua fría, Otama se apiadaba de Ume, por lo que le compró guantes. La niña no los usaba por la molestia de tener que ponérselos y quitárselos todo el tiempo cuando trabajaba en la cocina, así que los guardó como si se trataran de un valioso regalo y lavaba con las manos desnudas. Al hacer la colada y fregar los suelos, y pese a que Otama le había dado permiso para usar agua caliente, las manos de Ume se estaban agrietando.

Eso preocupaba a Otama y le dijo:

—No puedes quedarte con las manos mojadas todo el tiempo. En cuanto las saques del agua tienes que secártelas bien de inmediato. Cuando acabes de trabajar, tienes que usar el jabón, ¿de acuerdo?

Le había comprado una pastilla de jabón. Y aun así las manos de Ume empeoraban y Otama sufría por ella. Se preguntaba por qué a ella no le había pasado nunca, ya que también había hecho los mismos trabajos que Ume.

Otama, que siempre se levantaba nada más despertarse, fue un día interrumpida por Ume.

—Debería quedarse en la cama. Hay hielo en el fregadero.

Y Otama se quedó entre las sábanas del futón. Los educadores siempre les habían dicho a los jóvenes que se durmieran al tumbarse

y que se incorporaran al despertarse para evitar pensamientos obscenos. Si los jóvenes se quedaban entre las sábanas, imaginarían cosas como flores venenosas que florecen en medio de un fuego. En esas ocasiones, las fantasías de Otama no tenían límites. Sus ojos adquirían un nuevo brillo, y sus párpados y sus mejillas enrojecían como si hubiera bebido alcohol.

El día anterior el cielo había estado despejado y por la noche lleno de estrellas, y el día había amanecido con niebla. Se quedó en el futón mucho rato, permitiéndose esa holgazanería, y miró a través de la ventana que Ume había abierto hacía mucho rato, sintió los rayos del sol y al fin se levantó. Ató con un cinto fino una bata gruesa de invierno y se limpió los dientes en el pasillo con un bastoncillo, saliendo de la habitación. En ese momento, escuchó la puerta abrirse.

—Bienvenido —dijo la voz dulce de Ume. Oyó a alguien entrar en casa.

—¡Buenos días, dormilona! —Era la voz de Suezō, que estaba sentado al otro lado del brasero.

—¡Oh! ¡Lo siento mucho! ¡Ha venido muy temprano! —dijo, tirando rápidamente el mondadientes.

Su rostro, enrojecido por la vergüenza, le recordaba a una cesta de camelias y era lo más hermoso que había visto Suezō en su vida. Desde que Otama se había mudado a Muenzaka, día tras día se había hecho más hermosa. Al principio le había gustado el rostro tierno y juvenil de la joven, y ahora se había transformado en una criatura fascinante. Suezō observó ese cambio y se convenció de que era porque Otama, al fin, se había enamorado de él, de quien había aprendido ese sentimiento. Sin embargo, los ojos de Suezō, tan sagaces para muchas cosas, habían malinterpretado hasta el punto de la ridiculez el estado mental de la mujer a la que amaba. Al principio, Otama lo había servido fielmente y, por culpa de todos los cambios que había experimentado y tras preocupaciones y reflexiones, se había convertido en una mujer astuta, con el corazón frío que poseen las mujeres que han tratado con muchos hombres.

Suezō se sintió contento y estimulado por ese trato indiferente de Otama. Y, a la vez que Otama se fortalecía, se volvía también más descuidada. No obstante, ese descuido solo incrementaba el deseo de Suezō, que se sentía inmensamente fascinado por ella. Como Suezō no sabía a qué se debía ese cambio, su atracción era más intensa.

Mientras Otama se arrodillaba y sacaba una tinaja de latón, dijo:

—Querido, ¿puede mirar hacia allí, por favor?

—¿Por qué? —dijo, encendiendo un cigarrillo.

—Porque debo lavarme la cara.

—¿Y qué más da? Lávate.

—Es que si me mira, no podré hacerlo.

—Qué difícil me lo pones. ¿Te va bien así? —Suezō se encaró al pasillo, aún fumando—. ¡Qué corazón más tierno! —pensaba.

Otama solo se bajó el cuello del kimono y se lavó rápidamente la cara. Fue más descuidada que en otras ocasiones, pero como no tenía imperfecciones en la piel que ocultar con maquillaje ni nada que esconder, no le importaba que la viesen.

Al principio Suezō le daba la espalda, pero al final terminó girándose. Otama, que estaba de espaldas y lavándose la cara, no se dio cuenta, pero cuando miró al espejo vio el rostro de Suezō, aún fumando su cigarrillo.

—Oh, qué malo es usted —dijo, peinándose el pelo.

Debajo del cuello holgado del kimono, desde la nuca hasta la espalda, podía ver un triángulo de piel blanca y, como tenía los brazos alzados, podía verle la piel nívea, carnosa por encima de los codos, una visión de la que Suezō nunca se cansaría. Entonces se le ocurrió que su silencio solo apremiaría a Otama para que terminara rápido y, con la intención de tranquilizarla, dijo:

—No tengas prisa. No he venido porque tuviera ningún asunto urgente. Cuando preguntaste la última vez te dije que vendría por la tarde, pero debo irme a Chiba. Si todo va bien podré volver durante el día de mañana, o pasado como muy tarde.

Otama, que se estaba peinando, con una expresión intranquila dijo:

—Vaya.

—Sé buena y espérame —dijo Suezō con un tono bromista, guardando su caja de cigarrillos. Entonces, se alzó y se dirigió a la entrada.

—¡Oh, no le he ofrecido té! —exclamó Otama, tirando el peine al cajón rápidamente, pero cuando llegó a la entrada Suezō ya se había ido.

Ume le trajo una bandeja de la cocina con el desayuno y la dejó en el suelo.

—¡Lo siento mucho! —exclamó Ume, con las manos en señal de disculpa.

Otama estaba sentada al otro lado del brasero, apartando las cenizas con unas tenazas del fuego.

—¿Por qué te disculpas? —le preguntó con una sonrisa.

—Por haber tardado tanto en preparar té.

—Ah, por eso… Lo dije como despedida. El amo no pensará mal de ti —dijo Otama, cogiendo los palillos.

Ume observó el rostro de su ama comiendo el desayuno y, pese a que rara vez estaba de mal humor, ese día parecía estar muy contenta. Desde que le había preguntado «¿Por qué te disculpas?» con una sonrisa, esta aún seguía con su rostro, algo enrojecido. Ume no podía averiguar el por qué de esa alegría porque era demasiado simple para comprender algo tan complejo. Sencillamente se dejó contagiar por el buen humor y se alegró también.

Otama miró a Ume fijamente y, con una sonrisa aún más amplia, dijo:

—Imagino que querrás volver a tu casa.

Ume la miró, sorprendida. Pese a que ya se encontraban en la era Meiji, aún quedaban muchas costumbres de la era Edo[22] en los hogares más tradicionales, por lo que aunque los familiares de los sirvientes vivieran en la misma ciudad, estos no podían visitarlos a menos que fuera durante el Día de los Sirvientes[23].

—Como hoy no va a venir el amo, si quieres, puedes ir y quedarte a dormir —añadió Otama.

—¿De verdad? —Ume no lo preguntaba porque no la creyese, sino porque se consideraba indigna de tal amabilidad.

—¿Por qué iba a mentirte? Nunca te haría eso, igual que nunca te he humillado ni tratado mal. No hace falta que limpies los restos del desayuno, puedes irte en seguida. Hoy pásalo bien y quédate a dormir. A cambio, vuelve mañana temprano.

—¡Sí! —exclamó Ume, con la cara roja de felicidad.

Ume visualizó el descampado de tierra en la entrada de su casa con los dos o tres carros y a su padre, conductor de *rikhshaw*, sentado en el cojín que a duras penas cabía entre las estanterías y el brasero donde su padre se sentaba cuando no tenía que trabajar y donde descansaba su madre cuando tenía tiempo, con sus mechones sueltos a cada lado de la cara y con las mangas del kimono siempre atados con una cuerda. Estas imágenes se le aparecían en sucesiones rápidas, como dibujos pintados en su pequeña cabeza.

Cuando Otama terminó de comer, Ume se llevó la bandeja. Aunque le había dicho que no tenía que recoger, pensó que al menos tenía que lavar los platos y llenó un cubo de agua caliente, y limpiaba los platos y las tazas, cuando entró Otama con un sobre entre las manos.

—Oh, veo que estás limpiando. Como es tan poco ya lo haré yo. Ayer te recogiste el pelo, así que sigue estando bien. Rápido, ponte el kimono. Y como no tengo ningún regalo, dales esto —dijo, entregándole un sobre.

Dentro había un papel con forma de naipe verde: medio yen.

Tras despedirse de Ume, Otama se ató las mangas con una cuerda fina, se colocó bien los bajos del kimono con dignidad y fue a la cocina. Lavó los platos y tazas que Ume había dejado como si fuera un pasatiempo. Otama había hecho esa tarea durante mucho tiempo. Podía hacer un trabajo mejor y más rápido que el de Ume, pero ese día limpió con más lentitud que un niño jugando con su

juguete. Limpió un plato durante cinco minutos. La cara de Otama estaba animada y sonrojada, y en sus ojos había una mirada distante.

En su mente podía ver imágenes muy positivas. Las mujeres titubean mucho a la hora de tomar una decisión, pero una vez se deciden, no son como los hombres, que se detienen y dudan de sí mismos y se cuestionan, sino que son como los caballos con *oeillères*, que se dirigen solo hacia adelante. Donde los hombres vacilan y se pierden, ellas no se detienen. Se atreven a avanzar e incluso, a veces, sorprendentemente, tienen éxito.

Otama había intentado acercarse a Okada y, de haber sido observada por una tercera persona, tal vez se hubiera impacientado por los constantes titubeos de ella. Pero ese día Suezō se iba a Chiba y se había despedido de ella y, como un barco de vela con el viento a su favor en dirección al puerto, se sintió revitalizada. Además, había enviado a Ume con sus padres. Suezō ya no la molestaría esa noche, ya que estaba en Chiba. Ume también se quedaba a dormir fuera.

Desde ese momento hasta la mañana del día siguiente, sabía que nadie la controlaría y estaba tan contenta que no cabía en sí de gozo. Y con ese entusiasmo, seguro que cumpliría su objetivo, seguro que era un buen augurio. Sin duda Okada pasaría por delante de su casa. A veces pasaba dos veces, de ida y de vuelta, y si por algún motivo no lo veía al principio, lo vería a la vuelta. Ese día hablaría con él, pasara lo que pasara. Si de verdad lo hacía, seguro que él no pasaría de largo. Sabía que era una mantenida de mala reputación. Y, por si fuera poco, la de un prestamista. Pero sabía que era más bella que cuando había sido virgen, y no al contrario. Además, había aprendido con el tiempo, y a pesar de las malas experiencias, que los hombres se sentían atraídos por ella. Seguro que Okada no pensaba que ella era una mala mujer. Seguro que no. De haber sido así, nunca se hubieran mirado a la cara ni le habría saludado día tras día. También había sido así el día que mató esa serpiente por ella. De no haber sido su casa, tal vez hubiera

pasado de largo. Además, ella lo quería tanto, aunque nadie más lo supiera, que dudaba que nunca hubiera percibido su interés. Tal vez dar a luz era más fácil que planear todo eso.

Mientras pensaba, el agua del cubo se había enfriado, pero Otama ni se dio cuenta.

Guardó la bandeja en la estantería y se sentó al lado del brasero, pero estaba intranquila y no quería quedarse quieta. Usó las tenazas para remover las cenizas que Ume había colocado, se levantó y se puso el kimono. Decidió visitar a una peluquera que vivía en Dōbō-chō. La peluquera que visitaba a Otama en casa, que era una buena mujer, le había recomendado ese sitio para ocasiones especiales, pero aún no había ido ni una sola vez.

XXII

De entre los cuentos occidentales que se leen a los niños hay uno que trata de un clavo. No recuerdo muy bien la historia, pero por culpa de ese clavo que no sujetaba bien la rueda de un carro, el hijo de un campesino sufría una serie de desgracias. En mi historia, el clavo es una caballa hervida en sopa de *miso*.

Pese a que intentaba no morir de hambre a base de la comida de la residencia y del comedor de la Universidad, siempre hubo un plato que me ponía el pelo de punta. Sin importar lo bien ventilada que esté la habitación ni lo limpia que esté la bandeja, siempre que veo ese plato, recuerdo los hedores de ese comedor. Cuando me sirven pescado hervido y servido con algas y pasteles de trigo, sufro una *hallucination* por culpa del olor. Y cuando el pescado es caballa hervida en sopa de *miso*, esa sensación llega a su auge.

Y ese plato fue precisamente el que nos sirvieron un día en el comedor de Kamijō. Normalmente, siempre cogía los palillos con entusiasmo, pero ese día titubeé. La criada me miró, y dijo:

—¿No le gusta la caballa?

—No es que no me guste. Frita, me la como. Pero hervida en *miso*…

—Vaya, la casera no lo sabía. ¿Quiere que le prepare unos huevos? —dijo, e hizo ademán de alzarse.

—Espera —dije—, la verdad es que no tengo mucho apetito, así que daré un paseo. Dile algo a la casera, pero no que no me ha

gustado el plato. No quiero causarle molestias.

—Me sabe tan mal…

—No digas tonterías.

Me alcé y me vestí cuando la criada se llevó la bandeja. Llamé en voz alta a la habitación de al lado.

—Eh, Okada, ¿estás?

—Estoy, ¿quieres algo? —Se oyó la voz clara de Okada.

—Nada en particular, estaba pensando en salir a pasear y de vuelta comer *sukiyaki*[24], ¿te apuntas?

—De acuerdo. Hay algo de lo que quiero hablarte.

Me puse el sombrero que estaba colgado de un clavo en la pared, y salí de Kamijō con Okada. Imagino que eran pasadas las cuatro de la tarde. Sin importarme la dirección que tomábamos, tras salir de la entrada de Kamijō, giramos a la derecha.

Bajamos por la cuesta de Muenzaka.

—Mira, está ahí —dije, dándole un codazo a Okada.

—¿Qué? —dijo, pero sus ojos ya estaban mirando a la casa de la izquierda.

Delante de la casa se encontraba Otama. Su agotamiento era obvio y, pese a ello, estaba preciosa. Pero incluso las chicas bonitas se maquillan. A mis ojos, parecía distinta a la de siempre aunque no sabría decir por qué y, sin embargo, desprendía una belleza que no reconocía en ella. Me sentí deslumbrado por lo radiante de su rostro.

Los ojos de Otama no se despegaban de la cara de Okada. Él, algo nervioso, se quitó el sombrero como saludo y comenzó a caminar más deprisa.

Como yo no era más que un espectador, no sentí vergüenza de ir girándome y ver que Otama seguía mirando a Okada, encandilada.

Okada siguió bajando la cuesta sin aflojar el ritmo. Yo lo seguí, callado.

En mi pecho sentía emociones contradictorias. La raíz era mi deseo de estar en el lugar de Okada. Sin embargo, no quería aceptarlo. En mi corazón me preguntaba a mí mismo si de verdad era tan despreciable con la intención de apagar esa llama. Pero me

enfurecía no poder mantenerme bajo control. El que quisiera estar en el lugar de Okada no era porque me sintiera atraído por ella. Simplemente sabía que si una mujer tan hermosa me quisiera, yo sería feliz. Y, en el caso de desearla, querría seguir manteniendo mi libertad. No habría huido como Okada. La hubiera visitado, hablado con ella. No hubiera sacrificado mi inocencia, solo querría conversar con ella. La hubiera amado como a una hermana pequeña. La hubiera apoyado en lo que me necesitase. La hubiera rescatado de la suciedad.

Mi mente había divagado ya demasiado.

Llegamos a una encrucijada al final de la cuesta, en silencio. Cuando pasamos de largo la comisaría, al fin pude decir algo.

—Te la estás jugando…

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

—¿Cómo que a qué me refiero? ¿Acaso no has estado pensando en esa mujer durante todo este rato? Me he girado varias veces para mirarla, y no ha hecho más que mirarte a ti. Incluso ahora, seguro que está mirando hacia aquí. Es como en esa cita de Saden[25]: «La vio pasar y la despidió con la mirada», solo que en tu caso es la mujer quien lo hace.

—No hables más de ella, ¿quieres? Eres la única persona con la que he hablado de todo esto, así que no me tomes el pelo.

Mientras decía eso llegamos al borde del lago y nos detuvimos.

—¿Vamos hacia allá? —dijo Okada, señalando al norte, al otro lado del lago.

—De acuerdo —dije, caminando por el borde izquierdo del lago. Después de diez pasos, miré las casas de dos pisos que se alzaban a mi izquierda—. Ahí viven el maestro Fukuchi y el señor Suezō —dije, como hablando para mí mismo.

—Es un contraste algo extraño, aunque dicen que el maestro Fukuchi no es de fiar —replicó Okada.

Sin sentirme avergonzado, le llevé la contraria.

—Creo que cuando te metes en política da igual lo que hagas porque alguien hablará mal de ti. —Supongo que quería recalcar la

diferencia entre Fukuchi y Suezō.

Nos separamos del tabique de madera de la casa de Fukuchi y, en dirección al norte, la segunda o tercera casa tenía un cartel en el que ponía: «Se vende pescado de agua dulce».

Cuando lo vi, dije:

—Es como una invitación a que nos comamos todos los peces del lago, ¿no te parece?

—Yo también lo he pensado. Pero no estarás pensando que el protagonista de *Ryōzanbaku*[26] habrá abierto esta tienda.

Mientras hablábamos de eso, cruzamos un pequeño puente en dirección al norte del lago. Allí había un joven que parecía un estudiante que miraba algo fijamente, de pie al lado de la orilla. Al ver que nos acercábamos, nos dijo:

—¡Hola!

Se trataba de Ishihara, un entusiasta de las artes marciales que no leía nada que no estuviera relacionado con su especialidad y, pese a que no lo conocíamos mucho, nos caía bien.

—¿Qué haces aquí de pie? ¿Qué miras? —pregunté.

Ishihara no respondió, y señaló al lago. Tanto Okada como yo miramos al cielo del atardecer, de un gris ceniza, hacia donde señalaba. En esa época crecían juncos por toda Nezu, desde Komizo hasta donde estábamos nosotros tres, en Migiwa. Los juncos secos se habían esparcido hasta el centro del lago y flotaban en medio, como los trapos sucios de las flores de loto también marchitas, como un puñado de esponjas alineadas, en el que las hojas y los tallos se pliegan entre sí, izándose en ángulos agudos, dando una impresión algo desolada al paisaje. De entre este color *bitume* de los tallos entretejidos y el reflejo negro y opaco del agua, aparecieron lentamente diez gansos salvajes. Los había también que no se movían.

—¿Llegarías si les tirases una piedra? —le preguntó Ishihara a Okada.

—Llegar, llegaría, pero otra cosa es que acierte —respondió Okada.

—¡Demuéstramelo!

Okada titubeó:

—Ahora van a dormir. Me da pena tirarles piedras.

Ishihara rió.

—¡No sé por qué sientes tanta compasión! Si no les das tú, lo haré yo.

Okada cogió una piedra de mala gana.

—En ese caso, lo haré yo para que puedan huir.

Tiró una pequeña piedra silenciosamente. Miré dónde cayó y vi cómo le acertaba al cuello de un ganso, que se dejó caer. Al mismo tiempo, dos o tres gansos graznaron y batieron sus alas, deslizándose por la superficie del agua. Pero ninguno echó a volar. El ganso con el cuello flácido ni se movió.

—¡Le has dado! —exclamó Ishihara.

Miró a la superficie del agua y añadió:

—Iré a por ese ganso, y necesitaré que me ayudéis.

—¿Cómo vas a cogerlo? —preguntó Okada. Sin darme cuenta, yo también esperaba ansioso su respuesta.

—Ahora no puedo ir. En media hora oscurecerá, y entonces iré a cogerlo. No hace falta que vayáis vosotros también, pero venid en media hora y haced lo que os pida. Nos comeremos el ganso juntos —dijo Ishihara.

—Parece divertido —dijo Okada—. ¿Pero qué quieres que hagamos durante media hora?

—Yo estaré caminando por aquí. Vosotros idos, y venid después. Si estamos los tres, llamaremos la atención.

Le dije a Okada:

—Vamos a dar una vuelta al lago.

—De acuerdo —dijo él, empezando a caminar.

XXIII

Okada y yo llegamos al final de Hanazono-chō, y nos dirigimos a las escaleras de piedra del santuario de Tōshōgu. Durante un rato, nadie habló.

—También hay gansos desafortunados —dijo Okada, como hablando para sí mismo. Por algún motivo sin lógica alguna, volví a pensar en la mujer de Muenzaka—. Solo tiré la piedra en su dirección, no para darles… —dijo, esta vez mirándome.

—Ya —respondí, pese a que pensaba en la mujer—. Aun así, quiero ir a ver cómo Ishihara lo coge —añadí tras un rato.

Esta vez fue Okada quien dijo:

—Ya.

Comenzó a caminar, absorto. Tal vez pensaba en el ganso.

Bajamos las escaleras de piedra y nos dirigimos al sur, en dirección al santuario de Benten. Por algún motivo la muerte de ese ganso había nublado nuestros corazones de oscuridad, fragmentando así nuestros intentos de conversar.

Cuando pasamos por delante del arco de la entrada de Benten, Okada parecía estar obligándose a sí mismo a desviar el tema.

—Tengo que hablar contigo.

Me dijo algo que me pilló de imprevisto.

Esto es lo que me dijo. Planeaba venir a mi habitación a contármelo esa noche, pero como justo lo había invitado, decidió

acompañarme. Había pensando en decírmelo mientras comíamos, pero ya no era posible. Decidió resumírmelo mientras caminábamos.

Había decidido irse al Occidente antes de graduarse, había recibido el pasaporte del Ministerio de Asuntos Exteriores y había notificado a la Universidad su intención de no graduarse. Un profesor alemán llamado *Professor W.*, que había venido a Asia para estudiar las enfermedades endémicas, le había ofrecido un contrato y cuatro mil marcos para el viaje de ida y vuelta a Alemania y un salario de doscientos marcos al mes. Había estado buscando a un estudiante que pudiera hablar alemán y que leyera los caracteres chinos con fluidez, por lo que el profesor Bälz lo había recomendado. Fue a visitarlo e hizo un examen. Tuvo que traducir dos o tres líneas del *Somon* y del *Nankyō*, y cinco o seis del *Shōkanron* y del *Byōgenkōron*[27]. Lamentablemente, en el *Somonapareció* el término «triple calentador», que no pudo leer completo. Pero aprobó el examen y firmó el contrato de inmediato. El doctor W. lo llevaría a Leipzig, alma máter también del doctor Bälz, y lo ayudaría a aprobar sus exámenes del doctorado. Como tesis, le permitirían usar la bibliografía que él mismo había traducido para el doctor W.. Okada iba a marcharse de Kamijō a la mañana siguiente y se mudaría a casa del doctor W., en Tsukiji, donde lo ayudaría a empaquetar toda la documentación que había ido recolectando en China y Japón. Después, acompañaría al doctor W. en una investigación a Kyūshū, y ahí embarcarían en un barco de la *Messagerie Maritime*.

A veces me detenía y le decía cosas como: «¡Qué sorpresa!» o «¿Lo dices en serio?».

Quería escucharlo atentamente, por lo que caminábamos despacio. Cuando terminó de hablar y miré el reloj vi que sólo habían pasado diez minutos desde que nos separamos de Ishihara. Y en ese tiempo ya habíamos dado la vuelta a dos terceras partes del lago. Estábamos llegando al final de Naka-chō.

—Si vamos ahora será demasiado pronto —dije.

—¿Qué te parece si vamos al Rengyokuan a comer fideos? —propuso Okada.

Estuve de acuerdo y nos dirigimos hacia allí. Era el mejor restaurante de fideos de la zona, desde Shitaya hasta Hongō.

Mientras comíamos, Okada dijo:

—Es una lástima no graduarme después de todo el esfuerzo, pero el Gobierno japonés nunca me concedería una beca, por lo que si no voy ahora puede que nunca pueda ir a Europa.

—Claro que sí, es una oportunidad única. ¿Y qué más da la graduación? Si obtienes el doctorado allí es lo mismo, y aunque no lo consigas, no importa.

—Yo también lo creo. Tendré mejores cualificaciones. De momento, me conformo con eso.

—¿Y ya lo tienes todo listo? Parece que los preparativos serán complicados…

—En absoluto, iré con lo que tengo. El profesor W. dice que los trajes que hacen en Japón no me servirán allí.

—Vaya… Leí en *Kagetu Shinshi* que Narushima Ryūhoku, el editor, un día simplemente decidió subirse en un barco cuando estaba en Yokohama.

—Yo también lo leí. Se fue sin decir nada a su familia, pero al menos yo he avisado a la mía.

—Vaya. ¡Qué envidia! Irás con el profesor W., así que no tendrás ningún problema. Me pregunto cómo será la comida allí… No me lo puedo ni imaginar.

—Yo tampoco sé lo que me espera, pero ayer vi al profesor Shōkei Shibata y, como he aprendido mucho de él, le expliqué los detalles y me ha dado una copia de su guía por Europa.

—¿Cómo? ¿Tiene un libro así?

—Sí, pero no está a la venta. Al parecer lo escribió para patanes.

Mientras hablábamos, miré el reloj y vi que sólo faltaban cinco minutos para los treinta. Salimos deprisa del Rengyokuan y fuimos donde nos esperaba Ishihara. El lago estaba envuelto en la oscuridad y solo el rojo del santuario de Benten podía verse entre la penumbra de la niebla.

Ishihara, que nos había estado esperando, nos condujo a la orilla del lago.

—Ahora es el momento. Los otros gansos se han ido moviendo. Empezaré ahora. Vosotros quedaos aquí y dadme indicaciones. Mirad bien. A unos cinco metros y medio hay un tallo de loto roto encarado a la derecha. Y si miráis recto hay otro, más bajo, que va a la izquierda. Debo ir recto, en medio. Si veis que me desvío, tenéis que darme indicaciones, como «a la derecha» o «a la izquierda».

—Ya veo. Como el método de *Parallaxe*. Pero ¿y si el agua es profunda? —preguntó Okada.

—No me llegará a los hombros —dijo Ishihara, desnudándose rápidamente.

Cuando miramos por dónde pasaba Ishihara, vimos que el barro apenas le llegaba por encima de las rodillas. Parecía una garza, alzando cuidadosamente una pierna tras otra. Cuando pensábamos que el lago se ahondaba, volvía a elevarse. Seguía caminando entre los dos tallos de loto.

De repente, Okada dijo:

—Derecha.

Ishihara se desvió un poco a la derecha.

Entonces, Okada dijo:

—Izquierda.

Ishihara se había desviado demasiado a la derecha. Después, Ishihara se detuvo y se agachó. Se dirigió hacia nosotros. Cuando pasó por el loto más lejano que habíamos usado como referencia, vimos que en su mano derecha tenía la presa.

Llegó a la orilla, cubierto de barro sólo hasta medio muslo. El ganso era mucho más grande de lo que habíamos esperado. Ishihara se lavó rápidamente las piernas y se vistió. En esa época apenas paseaba gente por esa zona, por lo que nadie había visto a Ishihara entrar ni salir del lago.

—¿Cómo vamos a llevárnoslo? —pregunté.

Ishihara, aún vistiéndose, respondió:

—El abrigo de Okada es el más grande, así que si no te importa, lo envolveremos en él. Lo cocinaremos en mi casa.

Ishihara había alquilado una habitación de una familia. La esposa del propietario no tenía muchas virtudes, pero si le daban una parte del ganso no diría nada a nadie. Llegaríamos a su casa girando en Yushima, al final de un callejón por detrás de la mansión de los Iwasaki. Ishihara nos explicó el plan brevemente. Había dos caminos por los que podíamos ir hasta la casa de Ishihara desde donde nos encontrábamos. Uno era llegando por el sur, por Kiridōshi, y el otro por el norte, por Muenzaka. Ambas rutas rodeaban la casa. La diferencia entre ambas en distancia era mínima, ese no era el motivo de nuestra preocupación. El problema era la comisaría, y había una en cada recorrido. Cuando comparamos las ventajas y desventajas de cada una, acordamos evitar el ajetreado camino de Kiridōshi y pasar por la calle de Muenzaka, que era más tranquila. Decidimos que la mejor manera era que Okada llevara el ganso debajo de su abrigo entre los dos para que no resultara sospechoso.

Okada accedió, algo resignado, a llevar el ganso. Lo llevara como lo llevara, sobresalían dos o tres plumas del bajo del abrigo. Además, ahora había un bulto extraño, por lo que la silueta de Okada parecía un cono. Ishihara y yo teníamos que encontrar la manera para que Okada no llamara la atención de nadie.

XXIV

—Mira, caminemos así.

Empezamos a caminar los tres, Ishihara y yo flanqueando a Okada. Desde el principio, lo que nos preocupaba era la comisaría que se encontraba en la encrucijada de Muenzaka. Con intención de prepararnos psicológicamente, Ishihara nos soltó un gran sermón. Lo que entendí yo era que nuestra psique no podía tambalearse, ya que entonces se formarían grietas y nos pillarían con las manos en la masa. Ishihara mencionó un proverbio chino, «el tigre no se come al ebrio». Me hizo plantearme si nos estaba repitiendo algún sermón que había oído de su profesor de artes marciales.

—Vamos, que la policía es el tigre y nosotros tres, los ebrios —se burló Okada.

—¡*Silentium*! —gritó Ishihara. Nos estábamos acercando a la esquina que nos llevaría a Muenzaka.

Cuando giramos, llegamos a una calle secundaria y las casas de Kaya-chō y las de la orilla del lago quedaron atrás, escondidas tras varios carruajes. Vimos desde esa misma esquina al policía, de pie en la encrucijada.

De golpe, Ishihara, que caminaba pegado al lado izquierdo de Okada, dijo:

—¿Conoces la fórmula para calcular el volumen de un cono? ¿Qué? ¿No la sabes? No es difícil. Como el volumen es un tercio del área de la base multiplicada por la altura, si la base es un círculo,

puedes conseguir el volumen con un tercio del radio al cuadrado multiplicado por π y por la altura. Si recuerdas que π equivale a 3.1416, es fácil. Me sé el valor de π hasta el octavo decimal. Es 3.14159265. En realidad, los números que van después no sirven para mucho.

Mientras decía eso, pasamos por la encrucijada. La comisaría estaba en el lado izquierdo de la calle secundaria de donde habíamos venido. El policía estaba delante, observado a un *rickshaw* que iba de Kaya-chō a Nezu, mientras que a nosotros apenas nos prestaba atención.

—¿Por qué has empezado a hablar del volumen de los conos? —le pregunté a Ishihara, pero justo en ese momento vi que en medio de la cuesta había una mujer que nos observaba, y el corazón me dio un vuelco. Durante todo el camino desde el extremo norte del lago, había estado pensando en ella más que en el agente. No sabía por qué, pero supe que había estado esperando a Okada. Y no me había equivocado. Se había alejado dos o tres casas más allá de la suya.

Intentando evitar llamar la atención de Ishihara, miré tanto a la mujer como a Okada, cuya piel morena estaba más roja que de costumbre. Entonces, colocó la mano encima de la visera de su sombrero, como recolocándolo. La mujer se quedó quieta cual estatua. Lo miraba con los ojos bien abiertos, reflejando un anhelo infinito.

Escuché de fondo la respuesta de Ishihara, pero no entendí ni una sola palabra. Seguramente me dijo que la forma que había adquirido el abrigo de Okada le habría recordado un cono y que por eso había hablado de esa fórmula.

Ishihara también miró a la mujer, pero no le dio más importancia aparte de la de ocurrírsele que era hermosa. Ishihara siguió hablando:

—Os he explicado los secretos de mantener la psique firme, pero como no estáis entrenados, cuando ha llegado el momento, he sabido que no podríamos llevarlo a cabo. Entonces, lo que he hecho

es desviar la atención. Podría haber hablado de cualquier cosa, y por algún motivo he pensado en la fórmula del cono. Pero da igual, el plan ha funcionado. Gracias a la fórmula del cono, habéis mantenido una actitud *unbefangen* y hemos pasado sanos y salvos delante del policía.

Llegamos a la casa de los Iwasaki y fuimos a una habitación orientada al este. Veníamos de una calle tan estrecha que dos *richshaws* individuales no hubieran podido cruzar a la vez, por lo que lo peor ya había pasado. Ishihara se movió del lado de Okada y caminó delante, como un guía. Me giré una vez más, pero no volví a ver a la mujer.

Okada y yo nos quedamos hasta bien entrada la noche en el cuarto de Ishihara. Podría decirse que acompañamos a Ishihara mientras este bebía sake y comía el ganso. Okada no mencionó el viaje a Europa, así que tuve que reprimir mis ganas de hablar con él sobre el tema. En cambio, tuve que escucharles hablar de las regatas en las que habían participado.

Cuando volvimos a Kamijō, por culpa del agotamiento y del alcohol, me despedí de Okada sin poder hablar más y me fui a dormir. Al día siguiente, cuando volví de la Universidad, Okada ya no estaba.

Igual que cuando un clavo puede cambiar el rumbo de una historia, una caballa hervida en *miso* servida para cenar en Kamijō fue lo que causó que Okada y Otama jamás volvieran a verse. Hay una historia más allá, pero el resto no está recopilada dentro de esta novela titulada *El ganso salvaje*.

Mientras escribía esta historia, contaba con los dedos cuántos años han pasado desde entonces, y son treinta y cinco. Una mitad de esta historia es parte de lo que observé mientras estaba con Okada, y la otra mitad la adquirí cuando él ya se había ido e inesperadamente me hice amigo de Otama y me lo contó ella. Igual que un estereoscopio junta dos imágenes, una a la derecha y otra a la izquierda, en una sola proyección, esta historia es el reflejo de la mezcla de lo que primero vi y después escuché.

Tal vez algún lector me pregunte:

—¿Y cómo conociste a Otama? ¿Y cuándo escuchaste esa historia?

Pero la respuesta a esa pregunta, como bien he dicho antes, no está dentro de este relato. No poseo los requisitos que podrían convertirme en el amante de Otama, así que ruego al lector que no se deje llevar por especulaciones absurdas.

Notas

[1] *El sogunado o bakufu Tokugawa. También conocido como período Edo (v. nota 22), fue el último de los gobiernos militares feudales de Japón. Instaurado tras la victoria de Tokugawa Ieyasu en la batalla de Sekigahara en 1600, el régimen quedó totalmente asentado a partir de 1615 y pervivió hasta 1868*. **<<**

[2] *Daimyō. Gran señor feudal*. **<<**

[3] *Era Meiji (Meiji Jidai, en japonés): 23 de octubre de 1868-30 de julio de 1912.* **<<**

[4] *Kawakami Bizan (5 de marzo de 1869-15 de junio de 1908). Novelista y poeta japonés. Su nombre real era Kawakami Akira.* **<<**

[5] *Hasta la era Meiji las mujeres se teñían los dientes de negro mediante una técnica llamada ohaguro. Esta práctica llegó a consolidarse como un distintivo del estatus de mujer casada*. **<<**

[6] *Mochi. Pastel de arroz tradicional*. **<<**

[7] *Se refiere a la historia De Jonker van Roderijke, de J. B. Christemeijer*. **<<**

[8] *Kinpeibai. Clásico naturalista chino escrito por Lanling Xiaoxiao Sheng y publicado por primera vez en 1610. También se conoce comoJin Ping Mei o El ciruelo en el vaso de oro*. **<<**

[9] *Daitettsuiden. Da Tie Zhui Chuan, de Wei Xi*. **<<**

[10] *Shitajikko. Aprendiz de geisha*. **<<**

[11] *Ii Naosuke (29 de noviembre 1815-3 de marzo 1860). Señor feudal que jugó un importante papel en la apertura de Japón a Occidente durante el sogunado.* **<<**

[12] *Superficie equivalente a 9.92 m²*. **<<**

[13] *Tokonoma. Parte más importante de las salas japonesas decoradas al estilo tradicional, con tatamis, y empleadas a menudo para reuniones en situaciones formales. El tokonoma está constituido por un cubículo —en ocasiones traducido como alcoba— que descansa sobre una pequeña plataforma y en cuya pared se cuelgan habitualmente kakemono (rollos desplegables con pinturas o caligrafías) y se colocan bonsáis o arreglos florales de ikebana. Según el protocolo nipón, el invitado principal se sienta dando la espalda al tokonoma.* **<<**

[14] *Hyōshigi. Instrumento de percusión, de madera, clásico japonés*.
<<

[15] *Narita-ya (1838-1903) y Otowa-ya (1844-1903). Actores de kabuki.* **<<**

[16] *Komanosuke Takemoto. Famosa recitadora (gidayû) en el teatro de marionetas jōruri.* **<<**

[17] *Senbei. Galleta de arroz*. **<<**

[18] *Kawanabe Kyōsai (18 de mayo 1831-26 de abril 1889) y Shibata Zeshin (15 de marzo 1817-13 de julio 1891). Artistas de ukiyo-e.* **<<**

[19] *Plato tradicional que consiste en arroz blanco con algún acompañamiento y té verde vertido por encima*. **<<**

[20] *Día 210 desde el comienzo de la primavera, que hace referencia al comienzo de la época de tifones*. **<<**

[21] *Manjū. Pasteles de judía roja*. **<<**

[22] *Era Edo (Edo Jidai, en japonés). 24 de marzo 1603-3 de mayo 1868*. **<<**

[23] *Día de los Sirvientes. Días 15 de enero y 15 de julio*. **<<**

[24] *Sukiyaki. Plato tradicional japonés con carne, verduras y tofu cocidos al vapor. Se cocinan en un recipiente normalmente hecho de arcilla que se coloca encima de un brasero de mesa. El caldo, hecho de salsa de soja, azúcar y mirin, se vierte por encima de los ingredientes, que se recogen una vez cocidos y se mezclan con un huevo crudo batido*. **<<**

[25] *Cita de Zuo Zhuan (Crónica de Zuo, o Comentario de Zuo), de Zuo Qiuming (389-468 a.C).* **<<**

[26] *Ryōzanbaku. A la orilla del agua (también conocida como Los forajidos del pantano, Todos los hombres son hermanos, Hombres de los pantanos, o Los pantanos del Monte Liang). Novela clásica china escrita por Shi Nai'an.* **<<**

[27] *Libros clásicos de medicina tradicional china*. **<<**